

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador  
Departamento de Antropología, Historia y Humanidades  
Convocatoria 2016-2018

Tesis para obtener el título de maestría de investigación en Antropología

“Los desastres como generadores de crisis y oportunidades de cambio.  
El caso del terremoto en el Mercado en Tarqui en Manta – Ecuador”

Meranyely Vanessa Vera Costa

Asesora: Mercedes Prieto  
Lectores: Jéssica Torres y Alfredo Santillán

Quito, agosto de 2021

## **Dedicatoria**

A todas las almas que creen como yo que en la memoria está la semilla de algo nuevo y que, si se acompaña con atención el dolor ajeno, se puede ser testigos del milagro del renacimiento.

## Tabla de contenidos

<b>Resumen</b> .....	VI
<b>Agradecimientos</b> .....	VIII
<b>Introducción</b> .....	1
<b>Capítulo 1</b> .....	8
<b>¿Son los desastres oportunidades para el cambio?</b> .....	8
1.1 Liminialidad y <i>Communitas</i> .....	10
1.2 La resolución de la crisis en el momento liminal del desastre .....	11
1.3 La saturación del presente y la resolución de la crisis.....	13
1.4 El drama social: la narrativa de futuro como estrategia de recuperación .....	17
1.5 Reflexiones finales .....	20
<b>Capítulo 2</b> .....	25
<b>Terremoto de Manta, la liminialidad en el Mercado en Tarqui</b> .....	25
2.1 El Mercado en Tarqui .....	26
2.1.1 Ubicación geográfica .....	26
2.1.2 Historia del Mercado en Tarqui: conformación de su estructura, jerarquías y vínculos .....	28
2.1.3 Organización de los comerciantes .....	34
2.2 Memorias del terremoto.....	37
2.3 Reflexiones finales .....	42
<b>Capítulo 3</b> .....	45
<b>El Mercado en Tarqui: retomando la cotidianidad</b> .....	45
3.1 El proceso de recuperación de la cotidianidad del Mercado en Nuevo Tarqui.....	47
3.2 Sentidos encontrados: adaptaciones con rechazos .....	51
3.3 Cotidianidad con nostalgias .....	56
3.4 Reflexiones finales .....	60
<b>Capítulo 4</b> .....	64
<b>Miradas de futuro</b> .....	64
4.1 Visión de futuro.....	66
4.2 Reflexiones finales .....	76
<b>Conclusiones</b> .....	81
<b>Lista de referencias</b> .....	85
<b>Entrevistas</b> .....	86

## **Ilustraciones**

2. 1 Mapa del Ecuador con la ubicación del cantón Manta y la parroquia Tarqui.....	26
2. 2 Ubicación del Mercado en Tarqui .....	27
2. 3 Comercio en las afueras del antiguo Mercado, Av. 109.....	33
2. 4 El Mercado después del terremoto .....	37
3. 1 Ubicación de la Plaza Comercial Nuevo Tarqui .....	47
3. 2 Pabellón de carnes, Mercado en Nuevo Tarqui.....	50
3. 3 Pasillo principal, Mercado en Nuevo Tarqui .....	50
3. 4 Pasillo principal, Mercado en Nuevo Tarqui .....	51
3. 5 El Mercado inundado tras la primera lluvia del año 2019 .....	53

### **Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis**

Yo, Meranyely Vanessa Vera Costa, autora de la tesis titulada “Los desastres como generadores de crisis y oportunidades de cambio. El caso del terremoto en el Mercado en Tarqui en Manta – Ecuador” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de investigación en Antropología concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, agosto de 2021.



---

Meranyely Vanessa Vera Costa

## **Resumen**

Esta investigación se centra en el estudio de la recuperación de la cotidianidad de los comerciantes del antiguo Mercado, ubicado previo al terremoto de abril de 2016, en la parroquia Tarqui, cantón Manta, Ecuador.

Mi argumento plantea que, pasada la emergencia que se suscita en el marco de un terremoto, de consecuencias devastadoras para la comunidad afectada por las pérdidas materiales, humanas y de referencias culturales, se activa una estructura temporal que evidencia un vínculo social que ha dejado de existir y da paso a otro, en donde los individuos son todos igualmente damnificados.

La crisis se instala debido a que la cotidianidad se diluye, el futuro resulta ilegible y se pierde la percepción de pertenencia a una comunidad más grande que proporcione el marco de referencia, dando paso a la incertidumbre; de la cual los individuos buscan salir, direccionando sus acciones hacia la recuperación de la normalidad. Tomo el trabajo de Sergio Visacovsky (2017) sobre la relación entre desastres y crisis sociales, para explorar la importancia de la cultura en la recuperación de la comunidad afectada por un desastre y crisis. En este sentido, analizaré si los sujetos buscan volver a la normalidad que conocían, replicando incluso las vulnerabilidades, las injusticias sociales y el abandono de la estructura ya conocida; o si el desastre es la oportunidad de construir una nueva normalidad. Relacionado con esto, presto especial atención a saber cómo la posibilidad de imaginar un futuro prometedor, desde un presente devastado, es crucial para que los esfuerzos direccionados a la reactivación de la comunidad sean efectivos y se puedan sostener en el tiempo.

A partir de este análisis, busco posicionar mis reflexiones en un ámbito político, donde la búsqueda de las alternativas para hacer frente a las dinámicas de la globalización direccionadas a desaparecer las prácticas comunitarias de abastecimiento de alimentos en centros poblados sin tradición agrícola, vienen dadas por grupos sociales que aún mantienen su relación con el campo y logran dinamizar la economía, dando lugar al comercio directo entre las familias que venden y las familias que compran.

En tiempos donde la narrativa de progreso no contempla espacio para lo comunitario, los mercados en Manta, sobreviven haciendo circular en la comunidad no sólo sus productos, sino también la seguridad del casero que dará trato preferencial y el encuentro que brinda la oportunidad de revitalizar la cultura.

## **Agradecimientos**

Quiero agradecer antes que nada a la comunidad de comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, quienes estuvieron dispuestos a abrirme las puertas a una de las memorias más dolorosas de sus vidas, en cuanto vieron que mi motivación genuina era tratar de entender cómo uno continúa la vida después de semejante pérdida; fue gracias a su calidez que ahora me siento parte de su comunidad emocional.

Agradezco a los sabios mayores, enamorados de Manabí, de sus costumbres y sus historias. A José Elías Sánchez, a mis padres y a sus amigos, quienes no escatimaron al desentrañar los comienzos de Tarqui y su Mercado en largas conversaciones, llenas de nostalgias y recuerdos. A mi familia y mis amigos dentro y fuera de FLACSO, quienes sostuvieron con amor, ayuda de la más diversa índole e inyecciones de confianza en el ser humano y su bondad, todos estos años de esfuerzo y perseverancia.

Y finalmente y con mucho cariño, a mi asesora, profesores de FLACSO y a Marcita, sin cuya fe y compromiso esto no sería posible.



## **Introducción**

El presente estudio se centra en la recuperación de la cotidianidad de la comunidad de comerciantes del antiguo Mercado, ubicado, previo al terremoto de abril de 2016, en la parroquia Tarqui, cantón Manta, Ecuador.

El desaparecido Mercado en Tarqui, se caracterizaba por encontrarse en el corazón de la vida comercial de la ciudad, como se conocía hasta antes del terremoto a Tarqui. Considerada por los ciudadanos más antiguos del cantón como el lugar donde se originó Manta, la parroquia Tarqui no solo contiene la historia del desarrollo socio económico de los habitantes; sino que, a partir de terremoto, también representa en la memoria colectiva el recordatorio constante de que la vida, las relaciones que la conforman, junto con los paisajes y todo aquello que se da por sentado, pueden desaparecer a causa de un evento repentino.

Mi estudio empieza con el terremoto debido a que la comunidad de comerciantes del Mercado, asentada hasta antes del desastre en Tarqui; tuvo que afrontar la pérdida total de todos sus referentes materiales y de la vida normal como la conocían, cayendo en una crisis que al parecer se instaló desde el terremoto como parte de su vida diaria.

Con el afán de hacer frente a la falta de certezas, los comerciantes, prohibidos de reconstruir el Mercado en el mismo lugar debido al riesgo que esto representa, se organizaron en las mismas asociaciones que los agrupaban previo al terremoto y se instalaron de manera informal, en la periferia de lo que fue el Mercado en Tarqui, como una salida temporal de la emergencia. De esta forma, lograron restablecer poco a poco una cotidianidad basada en hacer lo que conocían, con algún grado de creatividad debido a que el lugar donde se asentaron no era el mismo que ocuparon por años. Esta salida a la crisis de la emergencia, no significó necesariamente resolver la incertidumbre de un futuro desdibujado, pues comprendían que en cualquier momento debían salir de la vía pública.

A lo largo de los capítulos que conforman esta investigación, se verá qué, el cambio al Nuevo Tarqui significó para los comerciantes salir de la incertidumbre asociada al espacio temporal donde se asentaron; para instalarse en un espacio permanente que la Municipalidad y el Gobierno central destinaron exclusivamente para su actividad, logrando de esta manera, retomar una normalidad que les aseguraba la continuidad del Mercado y su futuro como

comerciantes. Lo anterior, les daba la oportunidad de identificarse nuevamente como comunidad de comerciantes del Mercado, a la vez que dejaban atrás la amenaza de desaparecer. No obstante, a poco de haberse instalado, se dieron cuenta que el Mercado en Nuevo Tarqui resultaba innecesario para la ciudad, debido a que, con el terremoto, se crearon en los barrios periféricos de la ciudad, réplicas pequeñas de lo que fue la zona comercial de Tarqui.

Nuevamente, se presenta la amenaza de la inestabilidad y de la no continuidad para este grupo de individuos; y con ella, la sensación de imposibilidad de un futuro. Teniendo en cuenta lo que dice Visacovsky (2019) en relación a que en estos escenarios “los esquemas interpretativos hasta entonces eficaces, pueden dejar de funcionar” (Visacovsky 2019, 15) dejando a la comunidad nuevamente vulnerable, sin referentes para enfrentar esta nueva crisis.

Mi argumento plantea que, pasada la emergencia que se suscita en el marco de un desastre, como es el caso de un terremoto de consecuencias devastadoras para la comunidad afectada por pérdidas materiales, humanas y de referencias culturales; se activa una estructura temporal que evidencia un vínculo social que ha dejado de existir y da paso a otro, en donde los individuos son todos igualmente damnificados. A partir de aquí, la comunidad se ve sumida en una crisis, debido a que, como lo hace notar Visacovsky (2017), la cotidianidad se ha diluido y la visión de futuro desaparece, y en su lugar se instala un alto grado de incertidumbre frente al devenir, a la vez que desaparece la percepción de pertenencia a una comunidad más grande que los contenga y que les brinde un marco normativo. En palabras de este autor, “se torna difícil para los individuos y el grupo social actuar de un modo apropiado y con algún sentido de orientación” (Visacovsky 2019, 8).

En concreto, planteo que el terremoto como desastre, instala en la comunidad un estado liminal, en donde el grupo social compone una *communitas* como salida a la crisis ocasionada por la incertidumbre generada por la falta de estructuras sociales; y asociada al imperativo de la sobrevivencia.

Una vez superado el momento liminal, la comunidad pasa orgánicamente a la búsqueda de una normalidad que, de no incluir la percepción de pertenencia a una cultura y la recuperación de una visión de futuro, genera una crisis de sentido con repercusiones visibles en la vida material del grupo social.

Esta es una etnografía sobre el terremoto como disparador de desastre y crisis; que desarma algo mucho más complicado de reconstruir que la infraestructura material. Al presentarse en contextos de vulnerabilidad, el terremoto se instala como un desastre que rompe la percepción de continuidad de la comunidad y en palabras de Visacovsky (2017), instala la sensación de un tiempo congelado, en donde el orden que se considera normal o deseado se ve afectado por una descomposición o desequilibrio, y debe ser restaurado.

Sin embargo, lo que no queda claro es si en el caso de los desastres y crisis, donde la situación disruptiva sobrepasa la capacidad de afrontamiento de la comunidad, esta ¿intenta innovar las estructuras sociales existentes previo al desastre, o replica incluso las jerarquías y desigualdades?; ¿La innovación solo puede entenderse como la superación del orden de cosas previo al terremoto?; ¿Qué papel juega la visión de futuro en la superación de la crisis de incertidumbre que se presenta tras dejar la *communitas*?; ¿Pueden convivir antiguas y nuevas estructuras es un contexto de recuperación post desastre?.

La investigación se propone contestar estas preguntas al presentar el carácter de los desastres como disparadores de crisis que necesariamente, traen consigo el movimiento de las estructuras conocidas, en torno de las cuales se organizaba la vida subjetiva y, por lo tanto, material de la comunidad; con la inherente oportunidad de restablecerlas, actualizarlas o cambiarlas. Para ello, se estudiará lo experimentado por una comunidad afectada por un desastre, para verificar si, una vez que se supera la emergencia y se conforma el momento liminal sostenido por la *comunitas*; es suficiente adherirse a lo familiar y conocido, para recuperar la tan anhelada normalidad individual y de la comunidad, y de esta forma viabilizar la salida de la crisis que representa este momento de discontinuidad que resulta ilegible para todos.

Esta propuesta se enmarca en los estudios de desastres que abarcan los temas relacionados con las implicancias de estos en cuestiones de desarrollo y cambio social, perspectiva que Anthony Oliver-Smith (1995) propone abordar basándose en tres enfoques: 1) el enfoque centrado en el comportamiento y en la organización durante el evento; 2) el enfoque centrado en las implicaciones de los desastres en los cambios sociales y 3) el enfoque centrado en las dimensiones históricas de la producción de la vulnerabilidad y el riesgo. Es en este marco, en que Oliver-Smith (1986) desarrolla uno de sus trabajos pioneros basado en el terremoto que

dio lugar a la desaparición de la ciudad de Yungay en Perú; donde plantea la hipótesis de que la recuperación luego de un desastre se basa en el restablecimiento de estructuras preexistentes, y qué de existir cambios sociales, estos no serían significativos.

Otros autores, como Sergio Visacovsky (2017); Víctor Turner (1974); Anthony Wallace (1957), ven en los desastres eventos que dan a la comunidad la oportunidad de realizar cambios necesarios para actualizar o revitalizar la cultura, de manera de poder superar sus vulnerabilidades estructurales. Al respecto, Visacovsky (2017) enfatiza en que la resolución de una crisis se encuentra siempre en un campo de conflictos y que la recuperación no implica necesariamente el restablecimiento de las configuraciones culturales iniciales, debido a que algunas de ellas se tornan obsoletas a la hora de dar respuestas en un escenario de crisis. Todo esto daría paso a la transformación de cualquier estado de vulnerabilidad anterior.

En la actualidad, la gestión estatal direccionada a la reconstrucción después de un desastre, parece no considerar importante el incluir en sus presupuestos y cronogramas, espacios para indagar en esta discusión acerca de la forma en que los grupos sociales afrontan e intentan gobernar las contingencias que amenazan la continuidad de la vida, lo cual tiene repercusiones en la sostenibilidad de las soluciones implementadas para salir de la crisis, con el consiguiente desperdicio de recursos públicos y de esfuerzos de todos quienes observan con desesperanza lo ineficiente que resulta cualquier acción. Las comunidades afectadas por un desastre que no logran hacer inteligibles las situaciones generadas por él, definidas por Turner (2017) como dramáticas, no logran dar sentido a la situación actual ya que se torna difícil establecer como se produjeron los hechos que decantaron en la crisis y cómo se pueden superar direccionando sus esfuerzos colaborativos y su accionar cotidiano.

Para llevar a cabo esta investigación, visité varias veces el Mercado en Nuevo Tarqui, en diferentes momentos a lo largo de la realización de esta tesis, como parte de mi trabajo de campo. En un principio la deriva, como técnica de investigación exploratoria, me ayudó a recorrer el espacio del antiguo mercado de Tarqui, sus ruinas, sus silencios llenos de nostalgia, reconociendo mientras caminaba, mis propios prejuicios con respecto a lo que este era antes del terremoto, a la vez que me impregnaba de mis propias nostalgias de su dinámica y significados para la ciudad.

Así mismo, recorrí el mercado en Nuevo Tarqui, pero esta vez, recolectando datos visuales, sensaciones, percepciones, además de captar la dinámica del espacio con mi propio movimiento.

Sabía desde ya que me enfrentaría a cuestiones éticas complejas durante mi trabajo de investigación, ya que al observar lo hacemos desde nuestras propias conceptualizaciones, prejuicios y emotividad. Para salvar esto, me centré en lo que persigue el trabajo etnográfico como método, que es principalmente tratar de adoptar el punto de vista del otro a través de tres principios básicos: ser flexibles frente a lo que escuchemos o veamos, estar abiertos a observar con todos los sentidos y mantener la curiosidad real por el mundo que estamos tocando.

Con la finalidad de acercarme a mis informantes, tomé en cuenta lo que Blanca Muratorio (2005) plantea acerca del campo como una presencia compartida y desde aquí construí con ellos un consentimiento informado, que les permitió sentirse parte de mi investigación; y a mí, parte de su sentir. El poder transmitir a la comunidad afectada qué hago y para qué lo hago, desde mi punto de vista, significó que ellos pudieran encontrar en este espacio de trabajo una manera de procesar sus emociones, sus memorias del terremoto y su percepción acerca del devenir. Esto último fue clave para lograr priorizar su agenda frente a la mía.

Para la recolección de datos etnográficos, hice uso de la observación participante, que en palabras de Díaz-Bravo et. al. (2013), “garantiza el acceso privilegiado a los significados que los actores construyen y asignan a su mundo, por medio de un acercamiento a las prácticas que se realizan” haciéndonos como investigadores, partícipes directos de las vivencias de nuestros informantes y de cómo se usa y se practica el espacio. Las notas de campo y el registro fotográfico, se constituyeron en herramientas vitales a la hora de recopilar información en diferentes momentos de mis recorridos, realizados entre diciembre de 2019 y febrero de 2020, tanto por la llamada zona cero, donde se encontraba el Mercado en Tarqui, previo al terremoto de abril de 2016, como en las visitas que realicé a la comunidad sobreviviente de comerciantes del Mercado situada actualmente en Nuevo Tarqui.

Ambas herramientas, me permitieron volver una y otra vez a aquellos momentos que registré como sensibles, que me conmovieron y en donde también yo como investigadora me dejé transformar.

También realicé entrevistas semi-estructuradas, a fin de recoger ciertos hechos puntuales, pero sobre todo los significados que los informantes le atribuían al tema. Me apoyé en las grabaciones de estas, para registrar durante los años 2018, 2019 y 2020, las diferentes experiencias de mis informantes, y esto me permitió recrear luego sus memorias acerca del antiguo Tarqui y entender un poco más cómo estaban conformados los vínculos y las jerarquías; así como también con el afán de reconstruir los recuerdos no sólo cognitivos, sino también sensoriales ligados al día en que sobrevino para ellos el desastre. Gracias al lazo formado con los entrevistados, era posible retornar la conversación en distintos momentos, para aclarar criterios y profundizar en el conocimiento de las circunstancias que envolvieron cada uno de los intentos de los comerciantes por retomar la normalidad, desde que salieron de los refugios temporales hasta que se instalaron en Nuevo Tarqui.

Igualmente realicé entrevistas semidirigidas a conocedores de la ciudad y su historia, con la finalidad de recopilar información acerca del contexto en el cual se dio la aparición del Mercado en la ciudad, y como se fueron tejiendo sus lazos con el entorno.

Por último, recopilé información sobre la experiencia de autoridades municipales y gubernamentales, ligadas al proceso de reubicación del Mercado. En este caso realicé entrevistas que proveyeron de la información relacionada con el diseño de la reubicación, sus objetivos, su implementación y la visión acerca de su continuidad. En todos los casos, las entrevistas partieron de preguntas planeadas que, al ser aplicadas, pudieron ajustarse a los entrevistados y a lo que fuimos co-creando con sensibilidad durante las entrevistas.

Para el presente estudio de caso apliqué la observación participante principalmente desde el enfoque de Tim Ingold (2005), que asume que esta no es un mero proceso de recolección de datos, que luego serán recopilados y sistematizados en una etnografía; sino una forma de aprender desde y con el otro, transformando inevitablemente mi propia percepción del mundo.

Este documento se encuentra dividido en cuatro capítulos. El primero recoge el debate teórico entre los postulados que se articulan en torno a los procesos de recuperación de una comunidad post desastre, indagando los ritos de paso que son requeridos para que se completen las fases, y cómo, la inobservancia de estos ritos, aunados a condiciones de

desencuentro de la comunidad en las estructuras que la definen, pueden llevar a la no concreción de la recuperación deseada.

El segundo capítulo ahondará en la configuración de las estructuras y dinámicas de los comerciantes del Mercado en un contexto pre terremoto; partiendo desde la creación histórica del Mercado, las dinámicas de sus primeros ocupantes, las relaciones con las autoridades locales y la vecindad; para progresivamente ir profundizando en la conformación de la identidad a partir de normas, preceptos, jerarquías y códigos que se fueron consolidando en las casi nueve décadas de su funcionamiento. Esto permitirá reconstruir el estado liminal que siguió al terremoto, a través de las memorias de los comerciantes del Mercado en Tarqui.

Y tras el shock y la habitación de ese espacio liminal carente de referencias; el tercer capítulo describirá el proceso de recuperación de la cotidianidad de los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui que siguió al terremoto del 2016; revisando con sus protagonistas cómo la instauración del nuevo modo de estar en el presente ayudó a disminuir o superar la sensación de incertidumbre, posibilitando el apareamiento de una nueva estructura que permitiera la salida de la liminalidad.

En el capítulo final, se conjugarán los presupuestos de esta investigación al confrontar el nuevo estado, de ser conformado por los habitantes del Nuevo Tarqui, una vez que la liminalidad fuera superada, para explorar cuánto de la visión de futuro efectivamente se materializó y cuánto bienestar experimentan en la actualidad<sup>1</sup> los antes damnificados, en este nuevo contexto. Se indagará si el anhelo por reconstruir lo perdido ha cedido espacio a la novedad y actualización de necesidades y capacidades, o, si sigue presente impidiendo el avance a una realidad con incremento de bienestar respecto a la etapa pre terremoto.

---

<sup>1</sup> A febrero de 2020, fecha de culminación del trabajo de campo.

## Capítulo 1

### ¿Son los desastres oportunidades para el cambio?

La vivencia de un desastre, confronta a los individuos involucrados a una serie de desafíos que sacuden sus estructuras personales y comunitarias.<sup>2</sup> Los momentos que suceden a una situación de esta índole suelen ser de altísima importancia para dirigir los caminos por los que se plantearán los procesos de recuperación. Y es esta recuperación la que aparece como una constante innegable de lo anhelado por los sobrevivientes, como si las comunidades aquejadas por la experiencia de un desastre devinieran de manera natural en la búsqueda de la restitución de un orden que les permita explicar su presente, con miras a un futuro en que las múltiples pérdidas asociadas a la catástrofe hayan sido superadas y sus consecuencias reparadas.

Sin embargo, lo que no queda claro es si esta imagen de futuro se construye a partir de la memoria de lo perdido, en un intento de reproducirlo en un futuro cercano, lo más cercano posible, o, si por el contrario, es precisamente este estado de crisis el catalizador de nuevas imágenes de organización comunitaria a todo nivel, desde el relacional hasta el político y el material, para procurar lo que antes hubiese sido imposible por la limitación de lo establecido y, que ahora, a causa del desastre se ha perturbado.

Cuando una comunidad se encuentra en el momento posterior a la ocurrencia de un desastre, se constituye en todas sus dimensiones por damnificados que buscan establecer una estructura temporal de cooperación y de sentido para la acción, sin jerarquías ni visión de futuro, creando la *communitas* que les ayuda a transitar el estado de incertidumbre que se genera al carecer de la previsibilidad de la vida y, luego de la cual, el grupo social afectado busca restaurar la vida cotidiana dentro de un orden que tenga sentido para sus miembros, regido por un marco normativo que garantice la restitución de sus instituciones, una visión de futuro y la pertenencia a un grupo social más amplio que los contenga.

Por tal motivo, este capítulo detalla algunas propuestas teóricas de estudiosos de la antropología del desastre que nos conducen a indagar cómo, una vez sobrepasado ese

---

<sup>2</sup> La Oficina de las Naciones Unidas para la Reducción del Riesgo de Desastres define a los desastres como: “una seria interrupción en el funcionamiento de una comunidad o sociedad que ocasiona una gran cantidad de muertes al igual que pérdidas e impactos materiales, económicos y ambientales que exceden la capacidad de la comunidad o la sociedad afectada para hacer frente a la situación mediante el uso de sus propios recursos” (UNISDR 2009, 13)



momento liminal de *communitas*, los afectados restauran la vida cotidiana, es decir una normalidad en la cual sea inteligible el futuro a corto, mediano y largo plazo. Es importante establecer si este movimiento natural hacia un estado de equilibrio luego de un desastre, es un paso que el grupo social da hacia un momento diferente del estado de cosas anterior al desastre o hacia el regreso a los patrones culturales, económicos y políticos, previos al mismo.

Hay autores como Wallace (1957), Ortega (2008) citando a Veena Das y Sergio Visacovsky (2017), que defienden la idea de que la crisis no implica una recaída en una situación inicial ya que incluye también “momentos de creatividad limitados solamente por las relaciones de poder y por la necesidad de reafirmar el significado de los símbolos disponibles” (Visacovsky 2017, 9).

Por otro lado, Oliver-Smith (1994) plantea desde hace mucho tiempo que, las personas agobiadas por las catástrofes tratan, en su mayoría, de “reestablecerse en formas similares a los patrones previos al desastre” (Oliver-Smith 1994, 27); ya que estos, les permiten un orden conocido que hace que sean previsibles las acciones propias y las de los demás. Visacovsky (2017, 7) dice que, según esta visión, la comunidad considera una amenaza para su supervivencia el abandonar lo que conocen como normalidad.

Es importante tener presente entonces, la relevancia de la dimensión cultural en el análisis de la situación, en la medida en que es la cultura la que organiza el presente; sin referencias socialmente disponibles, no sería posible para los actores el identificar y categorizar la gravedad del desastre alterando la capacidad de la comunidad para considerar si, el establecimiento de la normalidad supone nuevas soluciones para la crisis o, si con aquellas ya conocidas basta para reestablecerla. De acuerdo con esto, los marcos interpretativos practicados hasta entonces para el establecimiento del orden social pueden ya no ser funcionales en circunstancias de crisis y sea necesario establecer un nuevo orden pasado el momento liminal. No estar atento a esto, podría significar perder de vista la influencia que ejercen aquellos que tienen autoridad y legitimidad como intérpretes de la crisis, dentro de la sociedad afectada, para poder organizar la experiencia con las repercusiones que esto tiene en la vida material. De la capacidad de la comunidad afectada para organizar la experiencia, interpretar la crisis, darle sentido y establecer una visión de futuro depende no solo el rumbo que tome la reconstrucción de la materialidad perdida, sino también la apropiación y el apego que las personas afectadas entrelacen con su realidad luego del desastre.

Finalmente, a través del análisis de las distintas categorías y conceptos implicados en este tema, se busca desarrollar las ideas de unos y otros autores que nos permita dilucidar si los desastres son oportunidades para el cambio y la innovación o, si, por el contrario, sirven para afianzar esquemas tradicionales que contienen los problemas endémicos y las vulnerabilidades del sistema original.

### **1.1 Liminalidad y *Communitas***

Al traer consigo daños y pérdidas de los principales elementos organizacionales de la sociedad y de las instalaciones físicas de la comunidad, al grado de interrumpir sus funciones esenciales, es fundamental pensar en los momentos posteriores a la ocurrencia de un desastre como un periodo fuera de la estructura normal conocida, en donde surge otra estructura temporal con arreglos e interacciones de las personas, grupos y organizaciones que se relacionan dentro de un contexto de tensión, de advertencia, impacto y consecuencias inmediatas de los desastres.

Los estudiosos de los desastres coinciden en que un momento liminal, es un momento de umbral, carente de estatus, de jerarquías, en donde se pierden las referencias materiales y se evidencia, aunque sea brevemente, un vínculo social generalizado que ha dejado de existir para dar paso a una “sociedad en cuanto comunidad, rudimentariamente estructurada, y relativamente indiferenciada, de individuos iguales” (Turner 1988, 103) cuya forma de relación social corresponde a lo que Víctor Turner (1988), en su libro *Los ritos de paso*, denominó *communitas*. Este autor estudia la *communitas* como parte de lo que Van Gennep (1960) denominó fase liminal de los ritos de pasaje, de paso o de transición. El mismo Van Gennep (1960) caracteriza a los ritos de paso en tres fases: la de separación, en donde el individuo o grupo se aparta simbólicamente de un punto anterior de la estructura social; el periodo liminal, en donde se presenta el sujeto ritual que atraviesa un entorno cultural con pocas referencias del pasado o del futuro; y, finalmente, la agregación, en donde el paso llega a su fin y el individuo se reincorpora a la sociedad, pero ya desde otro lugar. El sujeto, adquiere nuevamente derechos y obligaciones y se espera de él el comportamiento adecuado a su nuevo estado.

Turner (1988) plantea que todos los individuos adheridos a una cultura deben cumplir con el paso de todos estos estados para cambiar de lugar, estatus, posición social y edad dentro de la comunidad, y de esa manera resguardar las posiciones asignadas y dispuestas por la ley, la

costumbre y las convenciones. Es importante resaltar que es la ceremonia la que marca el comienzo y el final de cada fase y el rito es la puerta de entrada al nuevo estado y el que ayuda al individuo a que transite por él, a dar orden y significado a la experiencia. En la fase liminal, es el rito de paso el que se encarga de anticipar tanto al individuo como a la comunidad lo que sucederá, desapareciendo la incertidumbre y asegurando que, una vez cumplido el ritual, se alcanza el futuro establecido.

Es en la fase liminal donde se favorece de una manera muy particular la relación social y se establece la *communitas* “que marca un momento dentro y fuera del tiempo, dentro y fuera de la estructura social secular ... con una forma de relación entre individuos concretos, históricos y con una idiosincrasia determinada” (Turner 1988, 103). Los individuos “liminales” tienen características que le son dadas solo cuando habitan ese momento fuera del espacio cultural habitual y, por lo tanto, sus atributos se expresan por medio de símbolos. Son seres desposeídos, en su presentación no tienen nada que los distinga de los demás desposeídos, permiten ser llevados a una condición uniforme para ser formados nuevamente y desarrollan entre ellos camaradería e igualitarismo, propiciando que las condiciones de posición o estatus desaparezcan.

Inevitablemente las relaciones libres entre individuos que se establecen en la *communitas*, acaban por convertirse en relaciones regidas por normas sociales, de modo que Turner (1988, 104) sostiene que “durante su experiencia vital cada individuo se ve expuesto alternativamente a la estructura y a la *communitas*, a los estados y a las transiciones”; esto último es más notorio cuando se presenta un desastre que abre la puerta a un momento donde el tiempo se congela.

## **1.2 La resolución de la crisis en el momento liminal del desastre**

En el caso de un desastre como el terremoto, donde se desarma la vida cotidiana y las normas, el estado liminal que comprende a la *communitas* no prevé la llegada a un nuevo estado, trayendo consigo un alto grado de incertidumbre, difícil de manejar para la comunidad afectada, y que no ayuda a visibilizar si lo que viene comprende cambios para esta o si, por el contrario, resulta en una reafirmación de la estructura previa con todo lo que esto incluye y que dio lugar al desastre ocurrido.

Frente a este escenario de incertidumbre, hay autores que manifiestan que los cambios sociales se dan, pero no son significativos. En este contexto el estudio de los desastres de Oliver-Smith (1994) rescata que, en la etapa de desorganización posterior al desastre, la población se moviliza “en esfuerzos de autoayuda, creando algo denominado “utopía pos desastre” o “comunidad terapéutica” (Oliver-Smith 1994, 32). Este autor afirma en su artículo sobre el terremoto de 1970 acontecido en Yungay (Perú) que a las personas que pasaron por esa tragedia las unió su dolor inmediatamente después de la catástrofe, reconociéndose entonces la noción de *communitas* en un momento de suspensión de las estructuras conocidas, en donde los afectados establecen una comunidad de iguales como adaptación a las circunstancias de cambios catastróficos. El espíritu comunitario aparece cuando la supervivencia está en juego, pero luego existe un reconocimiento tácito de la seguridad cultural y los valores tradicionales que mueven a los afectados hacia la búsqueda de continuidad y como dice Oliver-Smith (1986), resurgen las estructuras de vulnerabilidad que empujaron a la comunidad a la crisis luego del desastre.

Oliver-Smith (1994), sostiene que ese momento de respuesta de los afectados como una *communitas*, no es más que un ajuste de soluciones puestas a prueba por la comunidad, para responder a la experiencia catastrófica desde lo previamente aprendido; encontrando una lógica cierta dentro del propio conjunto de categorías de la comunidad afectada, ya que desde la perspectiva del autor, es la cultura la que encierra el potencial humano para adaptarse a las circunstancias y dar respuestas creativas ante las crisis basadas siempre en el marco de referencia conocido. Por lo tanto, no se trata de una transición hacia otro estado de cosas distinto al que existía previo al desastre, ya que cualquier cambio presentado luego del momento de *communitas*, toma una forma basada en el patrón conocido y repetitivo de eventos de las instituciones sociales básicas que se encuentran instaladas en el conocimiento común del grupo social que establece una respuesta, “cuando las personas se ven afectadas por un desastre, sus respuestas se basan en la comprensión del pasado no exclusivamente en las condiciones nuevas y únicas de un presente afligido” Oliver-Smith (1986, 16).

Al respecto, Wallace (1957) coincide con Oliver-Smith (1986) en el sentido de que el grupo social responde a los cambios con patrones de comportamiento aprendidos con el objetivo de “preservar su integridad manteniendo una matriz de soporte de vida con fluctuaciones mínimas para sus miembros individuales” (Oliver-Smith 1986, 265). Desde este punto de vista, una sociedad funciona mediante acciones coordinadas y es la regularidad del

comportamiento modelado, la cultura, la que da capacidad a sus miembros para percibir autónomamente el sistema al que pertenecen y así recibir y transmitir información, funcionando como una red interconectada. De acuerdo con Wallace (1957), los mapas mentales constituyen la forma en que los individuos pertenecientes a una cultura logran mantener una imagen mental de la sociedad a la que pertenecen, de la cultura y de sí mismos. Son estos los que funcionan como la matriz de los cambios sociales, y constituyen la base para la creación de futuro de la comunidad en términos cognitivos y simbólicos, lo cual es fundamental para enfrentar el momento liminal de una crisis, atravesada por la incertidumbre tal como se presenta en un desastre. La teoría de Wallace se distancia de la de Oliver-Smith en este punto ya que el primero, sostiene que los miembros pertenecientes a un mismo entorno “pueden emprender esfuerzos para construir una cultura más satisfactoria cuando hay frustración debido a condiciones excepcionales resultantes de un proceso de desintegración” (Visacovsky 2017, 11).

A este movimiento del grupo social hacia la superación de las adversidades comunes y excepcionales de la vida, Wallace lo denominó “revitalización cultural” y es la forma en que el autor explica que los esquemas cognitivos, los rituales y las narrativas que definen identidades y destinos colectivos, es decir, la cultura; sean de vital importancia al momento de transmitir entre los miembros de la comunidad un significado de las situaciones de crisis para hacerlas comprensibles y poder elaborar soluciones innovadoras, resignificar las crisis, crear una visión de futuro y actuar sobre el presente. Por lo tanto, “los desastres y las crisis resultantes de procesos de desintegración, son base para la innovación” (Wallace 1957, 270) y los líderes sociales desempeñan un papel importante en la revitalización de la cultura, por lo tanto, esta es consciente y deliberada.

### **1.3 La saturación del presente y la resolución de la crisis**

Mirar las crisis como circunstancias severas de la vida que se repiten para todos los individuos, nos ayuda a entender que todo grupo social debe desarrollar dispositivos especiales que logren hacer inteligibles estas situaciones de crisis que envuelven cambios perturbadores para la vida social e individual de un grupo afectado. Sean estas situaciones perturbadoras socialmente previsibles o se trate de eventos inesperados, implican que todos los individuos pertenecientes a una comunidad experimentan por igual un momento liminal que constituye tanto una interrupción del orden conocido como la vivencia de una

discontinuidad temporal, donde “algo ya no es lo que solía ser, pero aún no se ha convertido en lo que debía ser” (Visacovsky 2017, 7).

Tomando esto como punto de partida, es pertinente preguntarse: ¿Cómo logra un grupo de individuos afectados por un desastre verse en esos momentos de continuidad interrumpida, carente de consensos de convivencia preexistentes, como una comunidad, para atravesar la crisis e inaugurar una nueva continuidad? Visacovsky (2017) toma el concepto de “saturación del presente” de Lomnitz-Adler (2003) para argumentar cómo los ritos de paso permiten comprender que cualquier crisis en donde existe interrupción temporal y el futuro no aparece como resultado previsible de la continuidad entre el pasado y el presente, es decir, en donde existe un momento de saturación, se puede resolver formulando transiciones a nuevos estados.

Como ya hemos dicho, en las crisis de transición de los ciclos de vida, los ritos de paso cumplen la función de solventar la estructura cotidiana ausente, y forman parte de un orden socialmente reconocido, haciendo que aquellos que atraviesan dicha transición experimenten lo que otros han experimentado antes que ellos, como parte de ser miembros de una comunidad. El futuro y la manera de resolver la crisis está anunciado por las convenciones culturales. En los momentos de crisis, como en los que se presentan en los desastres, el momento liminal es inesperado, trae consigo incertidumbre, el tiempo se percibe como estancado, el futuro no es inteligible y no hay convenciones preexistentes al respecto, “aquellos que atraviesan el momento de crisis no pueden saber cómo terminará, pero aún pueden imaginar posibles resultados y al hacerlo forjan sus posibles escenarios de acción y soluciones” (Visakovsky 2017, 7).

Desde esta mirada, Visakovsky (2017) toma los ritos de paso para entender que, como sucede en las transiciones de los ciclos de vida, en cualquier crisis donde se presenta la sensación de discontinuidad temporal, en la que exista saturación del presente e incertidumbre, como en el caso de los desastres, estas pueden resolverse formulando transiciones a nuevos estados e inaugurando una nueva continuidad. El rito que actúa en esta transición como proceso de duelo, es entendido por Peter Marris (1996) como la expresión social del luto. Este mecanismo simbólico se torna en el más apropiado para ayudar a las víctimas de un desastre a traspasar el conflicto entre la necesidad de conservar todo lo valioso e importante del pasado y al mismo tiempo desear una vida nueva, aceptando la pérdida repentina sufrida.

Los rituales de duelo se dan dentro del momento liminal de la crisis originada por un desastre y, por tanto, se entiende que ese es el momento en donde la relación de *communitas* se materializa en el sentimiento de unión y confianza con los demás, en donde prima la cohesión social y se da más importancia a los lazos familiares y comunitarios. Este proceso conlleva mecanismos simbólicos o ritos que constituyen actos individuales o colectivos, en los que las personas participan para realzar el sentido de solidaridad del grupo, “funcionan como una conexión para los afectados al constituirse en actos sociales y son fuente de información cultural por la comunicación de valores” (Torres 2006, 352).

A través de la participación de los símbolos implicados en el duelo, se puede dar significación a la experiencia compartida de dolor, inherente a lo que los afectados de un desastre consideran pérdidas difíciles de reemplazar. Los ritos funcionan aquí como complejos sistemas de comportamiento mediante los cuales las comunidades actualizan sus creencias y valores. El duelo en este caso constituye para el grupo social involucrado "prácticas sociales simbólicas que tienen por objeto recrear a la comunidad, reuniéndola en la celebración de un acontecimiento. El rito revive la cohesión del grupo y por lo tanto también contribuye a la construcción de su identidad" (Torres 2006, 116), a la vez que se constituye en la forma idónea para experimentar cambios y en un espacio propicio para redefinir las representaciones y reestructurar las formas de interacción de los afectados por el desastre. Este es el caso en que la superación de la crisis ante un momento de saturación del presente ocurre en respuesta a una pérdida crucial en donde “las nuevas instituciones son provocadas por el duelo, innovadoras por defecto, mientras luchan por recuperar un hilo de continuidad” (Marris 1996, 104).

Si bien esto es posible, hay que pensar que la visión de una nueva continuidad a partir del replanteamiento de las interacciones conocidas para poder superar la pérdida, encierra muchas visiones, en la medida en que se trata de la conjugación de maneras diferentes y opuestas de mirar el futuro. Esto último representa el caso en que las costumbres y creencias tradicionales y las nuevas entran en conflicto. En este sentido surge la pregunta de si ¿es posible realmente la renovación o el abandono de los presupuestos culturales que sostienen la organización de la experiencia en el caso de la crisis? Es importante para reflexionar sobre esta pregunta, considerar que no necesariamente en ellos están contenidas todas las respuestas para dar significado a la situación de desorganización e incertidumbre.

Al respecto Ortega (2008), citando a Veena Das, señala que es precisamente en casos de crisis cuando los acontecimientos desbordan la capacidad de las prácticas culturales para lidiar con experiencias de trauma social, que quedan al descubierto sus limitaciones. El sufrimiento social trastorna las redes simbólicas e imaginarias que le dan sustento a la vida. El autor propone designar como acontecimientos o eventos críticos a aquellos desastres, cambios sociopolíticos, prácticas o discursos violentos, que instituyen una nueva modalidad de acción histórica, que no estaba inscrita en las prácticas culturales del grupo social afectado por el evento crítico y que, por lo tanto, “son experiencias que desestabilizan categorías socialmente establecidas y generan contextos fluidos en los que el reforzamiento del sentido juega un papel fundamental en la lógica de cambio, es decir, en los mecanismos que gobiernan la sucesión de un evento por otro” (Ortega 2008, 20).

De acuerdo con Ortega (2008), en estos eventos críticos la comunidad se cuestiona su viabilidad porque el mundo del día a día fue arrasado y el acontecimiento traumático queda definido por la desaparición de criterios de referencia para estructurar el presente; en este escenario, cuando los recuerdos emergen, son incorporados en la estructura de las relaciones actuales, de manera de transmitir orden y sentido a la nueva realidad.

Los eventos críticos desestabilizan categorías sociales, previamente establecidas, donde el mundo está devastado no solo en términos de vidas y sentido de comunidad, sino también en relación con los criterios sobre los cuales se han concebido hasta ahora dando lugar a procesos de metamorfosis y creación social (Das 2008, citado en Visakovsky 2017, 12).

No hay que perder de vista la importancia de las narrativas que crean cohesión social en la recuperación de la comunidad después de la crisis “la comunicación de las experiencias de sufrimiento permite crear una comunidad emocional que alienta la recuperación del sujeto y se convierte en un vehículo de recomposición cultural y política” (Kleinman, Das y Lock 1996, 262).

De esta forma se entiende que, al ser el lenguaje la corporificación de las palabras, este da cuenta hacia el exterior, de en qué parte de mí reside el dolor, que reconozco a través de las palabras, habita al otro también en alguna parte de su corporeidad, haciendo que nos reconozcamos como unidos por la misma experiencia. Es algo más que un comportamiento subjetivo ya que está inmerso en redes de significados. Cuando se rememora el



acontecimiento o evento crítico y se relata a otros, se empieza a reconstruir el sentido subjetivo de la vida y si todos los sujetos comparten la experiencia con el narrador, se acciona la cohesión social ya que en la narración de la experiencia se crea un terreno en común en donde se comparte un contenido simbólico y se tiende un lazo emocional.

El relato de la experiencia compartida permite comprender el evento crítico como un proceso histórico-cultural donde se anclan puntos de encuentro cognitivos y emocionales que dan sentido a la experiencia, alimenta un sentido común que posibilita empezar a crear la imagen de futuro conectada al momento presente. Kleinman, Das y Lock (1996) apelan a los procesos sociales y a los mecanismos culturales para dar respuesta a la crisis; ellos sugieren que cuando el sentido común es alimentado a través de conectar la propia experiencia subjetiva con otros, esta se convierte en experiencia intersubjetiva, viabilizando una apropiación colectiva de la experiencia dramática y se hace posible resignificarla. Desde esta perspectiva, es posible pensar que los eventos críticos en donde la vida cotidiana se congela y los marcos interpretativos se ven limitados para ofrecer respuestas, podrían generar escenarios favorables para la transformación social; ya que, de alguna manera, en medio de la crisis, los individuos buscan cohesionarse nuevamente y generar lazos que les permitan encontrar formas innovadoras de abordar la relación entre lo antiguo y lo nuevo.

Es importante tomar en cuenta, que es la aparición de una comunidad emocional, es decir, la experiencia del evento crítico compartido, la que da a los afectados, la oportunidad de resignificar las instituciones y las prácticas sociales conocidas hasta ese momento.

#### **1.4 El drama social: la narrativa de futuro como estrategia de recuperación**

Visacovsky (2017), desde la mirada de Turner, propone concebir a la sociedad como un devenir inestable de eventos, lleno de momentos inesperados y conflictivos, que llevan a que los grupos sociales vivan inmersos en una dinámica que transita sucesivamente entre la estructura y la *communitas*, no siendo ninguno de los dos modos de relación social sostenibles de manera fija en el tiempo. “Su concepción de estructura va de la mano con la de antiestructura” (Cruz 2017, 357).

Tomando esta idea, podemos argumentar que la *communitas* representa una estructura, aunque sea fugaz, que se da en momentos liminales característicos de las crisis, en instantes donde se

revelan conflictos en los procesos culturales. En esos momentos se pierde la idea de operar con las ideas, símbolos y significados conocidos y los rituales dejan de funcionar como una agencia de reflexividad colectiva. Es aquí donde se establece que el grupo se reconoce así mismo como una comunidad de iguales, una *communitas*, que comparten un nosotros colectivo que les permite reconocerse como parte de una experiencia común. La *communitas*, como la llama Turner (1988), tiene el potencial de cambiar las cosas al conformar un “conglomerado liminal” (Cruz 2017, 364), que logra unidad a pesar de los conflictos internos del momento, y llega a transformarse en un actor colectivo capaz de reponer la estructura y propiciar su desaparición necesaria.

El aporte del análisis de Visakovsky (2017), al retomar los ritos de paso de Turner (1988) para explicar la crisis, radica en sostener que la salida a una crisis como la que se presenta en un desastre, no es necesariamente la búsqueda de un balance perdido, pues en la fase liminal es posible imaginar otras formas de existencia social que desafíen los aspectos estructurales que caracterizan el estatus social conocido que condujo hacia la crisis, convirtiéndose este momento en una instancia creativa donde los miembros de la comunidad pueden innovar su visión de futuro.

Es importante comprender que Turner (1988) establece que toda sociedad<sup>3</sup> funciona dentro de la dialéctica que va desde la *communitas* que provoca la inmediatez de la crisis hasta la mediatez de la estructura a la que la propia *communitas* da paso. Esto implica que pueden presentarse conflictos de mayor inestabilidad. De acuerdo con esto, los procesos sociales implican un ir y venir de crisis que pueden ir escalando hasta generar interrupción del orden social y la experiencia de una discontinuidad temporal que constituyen la base para lo que Turner (1974) describió como un proceso dramático o “drama social” (Turner 1974, 37), el cual “se manifiesta en episodios públicos de irrupción tensional, que tienen lugar en fases inarmónicas de los procesos sociales en curso, cuando los intereses y actitudes de grupos e individuos quedan en obvia oposición” (Turner 1974, 10).

Visacovsky (2017) describe las cuatro fases de los dramas sociales concebidas por Turner (1974) como siguen: la primera fase que implica la interrupción de las relaciones sociales, “es un disparador simbólico de confrontación o encuentro” (Turner 1974, 38); la segunda fase que

---

<sup>3</sup> Víctor Turner reemplaza el término sociedad por el de proceso social debido a que, según su criterio, representa mejor la naturaleza dinámica de la estructura.

constituye la crisis como tal y, que suele ir en expansión con características liminales, es un momento decisivo en el que se revela la existencia de un problema y es un umbral entre dos fases del proceso social; la tercera fase es la de reparación, en donde se ponen en marcha mecanismos de ajustes con la finalidad de restaurar el equilibrio previo o por lo menos conseguir la conciliación; y, la cuarta y última fase, donde el conflicto debe resolverse a pesar de quedar explícito y consiste en la reintegración del grupo social en desacuerdo a la sociedad:

Habrà cambiado la naturaleza y la intensidad de las relaciones entre las partes, y la estructura del campo. Se hallarán oposiciones que devinieron en alianzas, y viceversa. Las relaciones asimétricas se habrán vuelto igualitarias, el estatus elevado se habrá vuelto bajo y viceversa. Surgirá un nuevo poder a través de una nueva autoridad, y destituirá a la vieja. Partes antes integradas se habrán segmentado; las antes separadas, se fusionarán. La cercanía devendrá en distancia, y viceversa (Turner 1974, 41).

Es necesario tener en cuenta que existe una afinidad entre el proceso social y su interpretación, que genera el sistema de valores unitario necesario para cohesionar al grupo, de manera que este organice las experiencias generadas en los procesos sociales para darles significado y a su vez pueda generar las respuestas necesarias ante cualquier drama social que se presente y de esta manera poner en marcha nuevamente el proceso social. Visto de esta forma, el drama social puede ser una producción narrativa o performática y en este sentido toma mucha importancia la voz de quienes tienen autoridad o legitimidad como intérpretes, los intelectuales, los políticos, los medios de comunicación, la Iglesia, entre otros: son ellos quienes cumplen el papel de narrador o dirigen el performance que trae al presente la experiencia generada en el proceso social, saturada de imágenes y que es resignificada por los oyentes (receptores).

La resignificación a nivel de grupo social tiene la función de afianzar y renovar la pertenencia al grupo. Esto queda expuesto especialmente en la fase de reparación del drama social, eminentemente liminal, en donde se utiliza ya sea la representación dramática o bien la narrativa para reconstruir la identidad grupal dañada, para lo cual, se crean símbolos y metáforas y el hombre, como animal performático, reflexiona y recrea los símbolos en rituales de aflicción, en donde existe un fuerte elemento de reflexividad que hace que el grupo vea sobre sí mismo con el propósito de generar una memoria colectiva y fortalecer las relaciones

básicas de los imperativos morales que pudiesen desorganizarse por un conflicto interno. La memoria colectiva es clave para interpretar las crisis.

Dichas interpretaciones funcionan como paradigmas para visualizar un futuro esperanzador del cual depende la entrada a la fase de reintegración de los afectados en el caso de las crisis causadas por desastre, es decir, el regreso a la sensación de normalidad o de continuidad “a la que los miembros de un grupo social específico recurren para definir el mundo en el que viven y el curso de sus propias acciones y las de los otros” (Visacovsky 2017, 10).

Finalmente se entiende que todo proceso social implica situaciones de crisis y la resolución de ellas no necesariamente pasa por volver a una situación inicial, es también la posibilidad de constituirse en momentos creativos propicios para innovar la forma de concebir el futuro a través de la reinterpretación del presente, condicionados únicamente por las relaciones de poder y las posibilidades de reafirmar los símbolos disponibles. Si existe la posibilidad de innovación del futuro, está asociada a la creación de nuevas prácticas, hábitos y costumbres.

### **1.5 Reflexiones finales**

Es interesante reflexionar acerca de cómo la vida cotidiana, al darse por sentada, fluye de tal forma que no nos damos cuenta que en ella se materializan sentidos y convenciones que aceptamos como necesarias para la convivencia social, atemporales en su origen y aplicación, e inmutables.

La cohesión del grupo social se da por hecho a través de las normas difundidas y conocidas por todos, sean estas oficiales o no; y se encuentra previamente, más allá del cuestionamiento, la forma de resolver cualquier conflicto.

Pero ¿qué pasa cuando algo interrumpe este devenir normal de los días?, ¿qué sucede cuando esta interrupción es causada por un evento crítico a tal punto que las referencias materiales se disuelven y las estructuras sociales se congelan, dando la sensación a la comunidad afectada, de pérdida de continuidad y disgregación? ¿Cómo entender que individuos dispersos que ya no tienen una visión de futuro en común, resultado de una continuidad del pasado y del presente, logren reagruparse en una *communitas* y posteriormente alejarse de ella, para entrar en otro tipo de relacionamiento?

Para responder a estas interrogantes es necesario relacionar las categorías de desastre y de crisis con la cultura, con el fin de entender cómo los grupos sociales hacen frente a situaciones críticas donde se genera un espacio de incertidumbre en el que es visible en un momento determinado, la activación de la naturaleza de los individuos, que los conduce hacia la reagrupación y la superación del sentimiento de dolor a través del encuentro con el significado que tiene el acontecimiento en sus vidas.

Comprender que estamos inmersos en una cultura a la cual pertenecemos y que esta necesariamente se manifiesta a través de los rituales, nos ayuda a entender que aún los momentos liminales de las crisis se pueden mirar como momentos con una estructura propia, fuera de la que determina la cotidianidad y que, al incluir ritos propios, ayuda a resolver la crisis y reestablecer la sensación de normalidad.

Los ritos, al constituir una práctica social colectiva, repetitiva y estereotipada orientan las relaciones entre las personas, funcionan conectando al grupo y constituyen procesos de comunicación mediante los cuales atribuimos significado a la experiencia por la intermediación de los símbolos. Su función en el momento liminal de la crisis puede ser la de facilitar la comunicación entre los individuos y la sociedad en momentos en que se requiere promover la integración del grupo y actualizar sus creencias y valores.

Por otra parte, todos los autores nombrados coinciden en reconocer la liminalidad con su relación social más característica la *communitas*; la diferencia entre ellos se da a la hora de plantearse si el grupo social sale de este estado temporal para reestablecer la cotidianidad tal cual estaba planteada antes de la crisis o si, por el contrario, se establece un replanteo de las formas de interrelación conocidas.

Frente al escenario de la incertidumbre, Oliver-Smith (1994), manifiesta que los cambios sociales se dan pero no son significativos, el espíritu comunitario aparece cuando la supervivencia está en juego, pero luego existe un reconocimiento tácito de la seguridad cultural y los valores tradicionales, haciendo que las soluciones a la crisis no sean más que ajustes de lo previamente aprendido, lo cual no implicaría innovación alguna de las estructuras sociales y, por lo tanto, tampoco de las formas de abordar la crisis.

Lo anterior tiene sentido si se piensa que el instinto de supervivencia del ser humano lo empuja a proteger su identidad y el entorno que lo ha moldeado. En la rutinización de la cotidianidad se encuentran los mecanismos psicológicos que sustentan un sentimiento de confianza o de seguridad durante las actividades diarias de la vida social; sin embargo, si se piensa en la crisis como una situación dada por un evento crítico, un momento en que las costumbres y creencias no alcanzan para satisfacer las necesidades materiales y relacionales del grupo social inmerso en ella, de alta incertidumbre y dolor frente a la pérdida de lo que se consideraba inmutable y contenedor del sentido de la vida, entonces es poco probable que el momento liminal del desastre no implique la búsqueda de formas innovadoras para dar respuesta a la crisis, la génesis de algo nuevo.

Sería erróneo suponer que la tradición es por completo renuente al cambio o a una diversificación de conductas, es interesante la posibilidad de observar lo atípico como un medio para vislumbrar las normas y el ritual cumple con esa condición. Los rituales se impregnan tanto en la vida social y política como en la doméstica.

Visto de esta forma, los rituales están presentes tanto en los juegos como en el trabajo; tanto en el hogar, como en la oficina; y por su puesto en el Mercado, no como nexos económicos nada más, sino también como nexos sociales y lugares de recopilación de noticias y rumores; marcando los diferentes ritmos de trabajo y ocio. Por lo tanto, se presentan como mecanismos simbólicos imprescindibles para el establecimiento de la vida cotidiana.

Sobre la base de lo anterior, pienso que la revitalización cultural es clave para transmitir entre los miembros de la comunidad afectada el significado de la situación, tornándola comprensible, de tal forma que el grupo social pueda crear una visión de futuro, alrededor de la cual logre cohesionarse nuevamente como comunidad, viabilizando la posibilidad de poder actuar individual o grupalmente, sobre el presente. Visto así, los desastres y las crisis que de ellos devienen, juegan un papel clave en la innovación y el cambio necesarios para que pueda reestablecerse la comunidad y que esta pueda replantearse aquellos marcos referenciales que ya no son funcionales para su reconstrucción y convivencia.

Cabe también reflexionar que las respuestas a este momento de saturación del presente, que no es cualquier crisis, serían una mezcla entre encontrar en los presupuestos culturales la

forma para organizar la experiencia dramática y la habilidad de usar estos eventos críticos para desarmar categorías culturales que ya no funcionan para estructurar el presente, lo cual nos lleva necesariamente a nuevos modelos de acción.

Para que lo anterior se dé, se necesita la intermediación de un ritual como el duelo que sería la representación social del luto, el cual permitiría a la comunidad tomarse su tiempo para aceptar la pérdida tanto de familiares, amigos y vecinos como de contextos sociales y lugares culturalmente importantes, mientras luchan por reestablecer la continuidad perdida. La aflicción por lo que ya no está es similar a la que se siente por la desaparición de un ser querido e implica una negociación entre lealtad al pasado y compromiso con el presente que se facilita con los rituales de luto.

La reconstrucción de la cotidianidad debe tomar en cuenta los elementos simbólicos que constituyen la cultura, que dotan de referencias tanto espaciales como temporales y éticas a la comunidad, de tal forma que el procesamiento del dolor sea fluido y constituya la base para superar la crisis y restablecer la visión de futuro de las víctimas de un desastre.

Según mi criterio, el paso del duelo es necesario para que la comunidad pueda resignificar el acontecimiento y encontrar la vía para crear cohesión social nuevamente. Desde esta perspectiva, es importante entender cómo funcionan las narrativas, ya que la comunicación de las experiencias de sufrimiento, permite crear comunidad emocional.

Dicho de otra forma, comprender que identificarse como grupo de afectados alienta la recuperación del sujeto y se convierte en vehículo de recomposición cultural, significa encontrar la fuente del sentido común que permite a la comunidad empezar a crear la imagen de futuro conectada al momento presente.

Los recuerdos colectivos de las experiencias pasadas juegan un papel clave en la interpretación de la crisis. También es posible que los desastres constituyan la situación propicia para acelerar cambios que ya estaban en proceso, razón por la cual hay que considerar el papel que juegan los sujetos a quienes el grupo social de afectados por un desastre, concede autoridad y legitimidad como intérpretes de los acontecimientos.

Finalmente, es importante tener en cuenta que es en la fase liminal donde es posible imaginar otras formas de existencia social, que desafíen los aspectos estructurales que caracterizan a la sociedad. Por lo tanto, los desastres y las crisis, resultantes de procesos de desintegración social, pueden constituir la base para el cambio social.



## Capítulo 2

### Terremoto de Manta, la liminalidad en el Mercado en Tarqui

Este capítulo reconstruye el momento vivido en el Mercado en Tarqui, inmediatamente después del terremoto de abril de 2016. Conceptualizado por Van Genneep (1960) como liminal, este lapso de tiempo se caracteriza por la alta incertidumbre de los afectados; debido a la falta de estructuras y referencias culturales para poder enfrentar un futuro incierto en medio de un lugar destrozado. Siguiendo lo que Víctor Turner (1988) dice con respecto a la estructura de *communitas* que se establece como forma de relación social para sobrepasar el momento de incertidumbre; es importante reconocer como este grupo social afectado por el terremoto dio paso a esta *communitas*, donde primó la relación social entre individuos igualmente despojados de su cotidianeidad.

Es preciso entonces para poder describir cómo vivieron los comerciantes del Mercado en Tarqui, la desestructuración de lo que ellos conocían como normalidad; establecer primero cuál era la estructura que constituía su cotidianidad, antes del terremoto y de esta forma, marcar a partir de aquí un antes y un después del desastre para esta comunidad.

En un primer momento, reconstruiré como estaba organizado el Mercado en Tarqui, en cuanto a jerarquías y vínculos. Para ello, empezaré describiendo su ubicación dentro de la ciudad, como parte de los elementos que determinaron su estructura social. Continuaré abordando su historia, para entender cómo se constituyeron su infraestructura, sus dinámicas de funcionamiento, sus hábitos y su conformación poblacional; y finalmente, establezco como era la organización de los comerciantes, que pone de manifiesto los roles y jerarquías que se desplegaban al interior del Mercado.

En un segundo momento, reconstruiré el estado liminal que siguió al terremoto, a través de las memorias de los comerciantes del Mercado en Tarqui. Este espacio de tiempo, a diferencia del anterior al terremoto, se desarrolla en un lugar que se torna desconocido para ellos. Todo tipo de orden conocido, ya no era posible en un lugar en donde sus actividades cotidianas ya no tenían cabida y era el recordatorio vivo de que algo sin sentido había acontecido, dejándolos desorientados. Bajo el supuesto de que luego de toda crisis el movimiento natural del grupo social afectado, es hacia la recuperación de la normalidad; resulta imprescindible establecer en esta parte, como logran los comerciantes del Mercado, dejar atrás un vínculo social

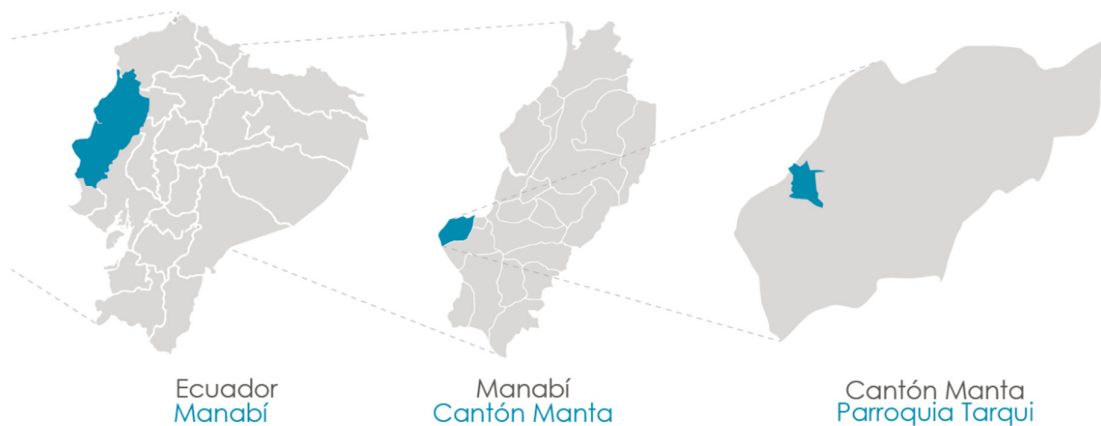
generalizado que los definía y adquirir una estructura temporal, a la que Víctor Turner (1988) denomina *communitas* para restablecer las funciones esenciales. Reconstruiré los acontecimientos del día mismo del terremoto y los días que le sucedieron, a partir de la evocación de los recuerdos de los ocupantes del Mercado en Tarqui. Es necesario recrear ese momento liminal en que se congelaron, su vida cotidiana, sus referencias culturales para resolver los conflictos y se estableció un orden temporal en donde la comunidad favoreció la relación social entre individuos igualmente desposeídos; para definir cuánto tiempo permanecieron en esa situación y cómo fueron saliendo.

La información que se presenta a continuación se basa en entrevistas hechas a historiadores de la ciudad; habitantes tradicionales de Manta que han sido testigos de su transformación tanto social como económica; dueños de puestos en el antiguo Mercado en Tarqui y funcionarios tanto de la Municipalidad de Manta como del programa de reconstrucción que intervinieron en el proceso de reubicación del Mercado.

## 2.1 El Mercado en Tarqui

### 2.1.1 Ubicación geográfica

Figura 2.1 Mapa del Ecuador con la ubicación del cantón Manta y la parroquia Tarqui



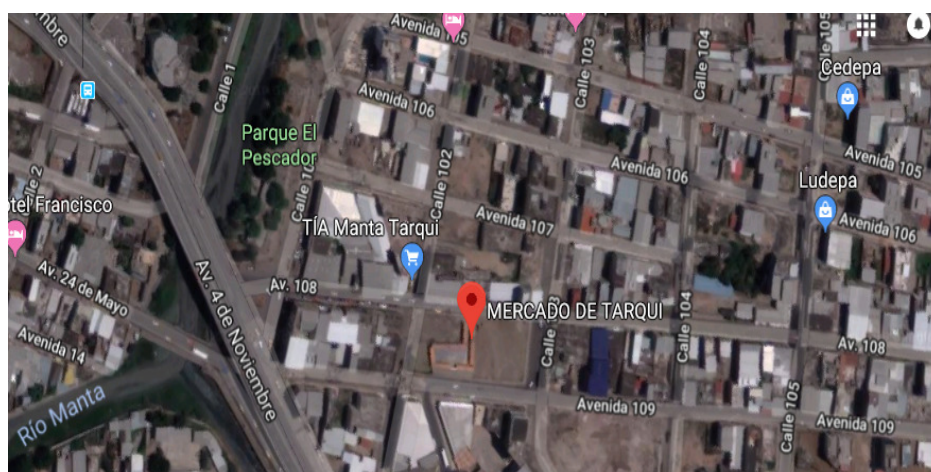
Fuente: (Uribe 2017, 34)

El cantón Manta, ubicado en la costa del océano Pacífico del Ecuador, constituye el punto más saliente de la costa del Pacífico sur y más cercano a los puertos de Asia. Alberga a la

parroquia urbana de Tarqui, que se encuentra al noroeste de la cabecera cantonal (fig. 2.1), a partir de la confluencia entre los ríos Manta y Burro. La parroquia Tarqui, antiguo barrio de “La Ensenada”, se extiende desde el malecón de Manta hasta el límite con los cantones Montecristi y Jaramijó; por lo que se constituyó en la puerta de entrada a la ciudad hasta antes de la construcción de la vía perimetral. Esto definió la alta concentración de población que se dio en este lugar antes del terremoto y su ambiente popular, caracterizado por el movimiento comercial formal e informal. La construcción del puerto de Manta, del aeropuerto y el fortalecimiento de varias arterias viales importantes en los límites de Tarqui, provocaron un crecimiento acelerado y no planificado de esta parroquia urbana. De aquí que poco a poco, la gente fuese ubicando su residencia lejos de la bulla, el caos y la aglomeración de este lugar. Tarqui, hasta antes del terremoto, lucía descuidada y desde hace mucho tiempo no era el blanco de las obras de modernización de la ciudad. Los reclamos de sus moradores por el desorden vehicular y peatonal, inseguridad e insalubridad, provocados por la falta de atención de las autoridades, fueron tomando mayor fuerza a partir de los años noventa.

La zona comercial, el centro de la vida de Tarqui y de los reclamos de los pocos residentes que aún quedaban aquí, se encontraba entre las avenidas 108 y 109 y las calles 102 y 103. En este perímetro se ubicaba el edificio del Mercado (fig. 2.2), en cuyas inmediaciones se encontraba la playa de Tarqui, la vía puerto-aeropuerto, el Mercado de mariscos, el astillero, La Poza y la desembocadura del río Manta. Esta última constituye la división natural entre las parroquias urbanas Manta y Tarqui.

Figura 2.2 Ubicación del Mercado en Tarqui



Fuente: Google Maps, última modificación febrero de 2015, acceso el 14 de febrero de 2019

La forma en que las inmediaciones del Mercado en Tarqui antes del terremoto fueron ocupadas, no respondió a una planificación con criterios de habitabilidad con la finalidad de lograr la convivencia entre la vida comercial y residencial del espacio; dando como resultado, una concentración de personas por metro cuadrado más allá de lo que el lugar estaba preparado para sostener. Esto devino en su paulatino abandono como lugar de residencia. Lo anterior, tuvo repercusiones en la falta de concreción de la modernización del edificio del Mercado, que ya no era capaz de albergar a los muchos comerciantes que se habían sumado producto del crecimiento de la zona comercial y el turismo a su alrededor.

Hasta el año 2016, año del terremoto, en el Mercado en Tarqui laboraban cerca de dos mil comerciantes formales, que se agrupaban en dieciocho organizaciones de vendedores. A ellos se sumaban otros 1.500 vendedores informales que trabajaban en las esquinas y recorrían el entorno. Estos últimos decidieron organizarse por su cuenta en vista de que las organizaciones de vendedores formales, que laboraban dentro del edificio, no veían por ellos y sus necesidades.

### **2.1.2 Historia del Mercado en Tarqui: conformación de su estructura, jerarquías y vínculos**

A raíz de la llegada del ferrocarril Santa Ana - Portoviejo - Montecristi - Manta que se terminó de construir en 1914, se comenzó a dinamizar el comercio minorista en el hasta entonces barrio “La Ensenadita”. En la bajada del ferrocarril situada desde las avenidas 109 hasta la 114, se encontraba la parada tanto de pasajeros, como para descargar lo que traía el ferrocarril. A este terminal se fueron acercando los toldos y los mesones improvisados de madera cuyos dueños eran los encargados de abastecer de comida y bebida a los viajeros; de esta forma, se fue concentrando el comercio minorista en esta zona de Tarqui.

El historiador manabita José Elías Sánchez, originario de Tarqui, en entrevista con la autora comenta que:

Del interior de Santa Ana llegaron especialmente los montubios a asentarse a La Ensenada a vender sus productos junto con el “cholo pescador”, el habitante primigenio, el que viene de Montecristi y Portoviejo. La Ensenadita que era sector de pescadores, llegaba justo hasta el cauce del río Manta; del otro lado, se asentaban los exportadores de sombrero que venían de

Montecristi, los migrantes extranjeros que venían a comprar la tagua; “la cholada”, que venía de San Lorenzo, El Aromo, la gente de Montecristi que trabaja en la tagua<sup>4</sup>

Para 1929, ya existía un volumen importante de campesinos comerciando sus productos en el perímetro que rodeaba al ferrocarril, llegando a establecerse en la avenida 109, bajo un techo que los resguardaba a casi todos en ese lugar que se conocería en adelante como “La Placita”. Desde entonces, La Placita se constituyó en el espacio en el que, además de comprar y vender víveres y artículos de primera necesidad, se daba el encuentro con los conocidos. Este espacio, llegó a constituirse en el centro del intercambio comercial del cantón y además de difusión de la cultura y las costumbres de la comunidad; “había cines, salones de baile, billares, boticas, todos íbamos a La Placita”.<sup>5</sup>

En este mismo año, el barrio La Ensenadita pasa a la categoría de parroquia del cantón Manta con el nombre de Tarqui, en conmemoración a la batalla de Tarqui. Dicha categoría se le otorgó por “su numerosa población, su importancia comercial y su notable desarrollo”.<sup>6</sup>

La Placita se convirtió en el punto de conexión entre los habitantes del centro, como se conocía al espacio que se extendía más allá del río Manta y la población de los cantones Montecristi, Portoviejo y, principalmente, con aquellos provenientes de Santa Ana que emigraron masivamente desde la segunda década del siglo XX hasta la década del sesenta, a raíz de una grave sequía que sacudió sus economías y obligó a estas personas a tomarse las tierras hasta entonces sin dueño de las periferias de Tarqui y establecer sus negocios en La Placita. José Elías Sánchez dice que este espacio fue el origen del habitante característico de Tarqui y de Manta, cuyo sistema de valores se asienta en la familia y el trabajo duro; el cual está vinculado principalmente al intercambio comercial y a la pesca; conectados al abastecimiento de alimentos provenientes del campo de Manabí. Todas las relaciones que se tejen en el Mercado en Tarqui, hasta antes del terremoto, se empiezan a definir alrededor de la identidad y sentido de pertenencia, que se vuelven importantes de manera más acentuada, a partir de la migración y consecuente mezcla de las diferentes culturas y etnias que se conjugaron en La Placita en Tarqui.

---

<sup>4</sup> José Elías Sánchez (historiador manabita), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>5</sup> José Elías Sánchez (historiador manabita), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>6</sup> Ordenanza Municipal de 1929. Registro histórico del GAD de Manta.

El campesino se cruza con el cholo pescador y es lo que identifica a Tarqui como población de pescadores y comerciantes, esa es la identidad de su compadrazgo; su economía se asienta en el comercio y el campo. Esto es lo que configura lo que se escuchaba en los salones, cantinas, en las esquinas, en La Placita.<sup>7</sup>

En 1964, La Placita ya es reconocida oficialmente como el lugar de expendio de víveres de Tarqui, asentada sobre lo que actualmente es la calle 108 y 109 y avenidas 105 y 106 de la ciudad de Manta (fig. 2.2), con edificaciones de caña guadua, rodeada de tiendas de abarrotes, plataneras y venta de carne, pescado, legumbres y carbón. Los comerciantes que empezaron en La Placita y aquellos que llegaron con el ferrocarril y el crecimiento industrial a Tarqui, se fueron organizando en pequeños grupos que luego conformaron la Asociación de Comerciantes Minoristas “Floresmilo Mendoza Catagua”. Los informales, que migraron del interior de la provincia, se instalaron tiempo después en las afueras del edificio del Mercado una vez que este ya fue instalado por la Municipalidad de Manta en el año 1970. En este año, se reemplazó a La Placita por un edificio moderno que albergó el Mercado hasta abril de 2016. La ciudad ya pasaba de ser un punto de intercambio de productos y servicios a una ciudad industrial, y como lo deja ver el historiador manabita, el Mercado pasó a ser un actor secundario, subordinado a la nueva dinámica de la ciudad: “Ya teníamos un puerto, Manta era un poder económico por su puerto, entonces era importante cambiar el Mercado”.<sup>8</sup>

El edificio que la Municipalidad de Manta entregó a la parroquia Tarqui contaba con dos pisos, en la parte alta se encontraban nueve restaurantes de las asociaciones de comerciantes, las oficinas administrativas, la sede de la Asociación de Comerciantes Minoristas “Floresmilo Mendoza Catagua” y, las baterías sanitarias; el primer piso, estaba destinado a vendedores de legumbres, frutas, verduras carnes y lácteos, que sumaban a alrededor de cuarenta puestos.

En el exterior del Mercado, había más actividad comercial que al interior de él; sin embargo, los comerciantes no lo recuerdan como un sitio de competencia desleal, ya que, a pesar de existir los comerciantes informales en la vía pública, la alta demanda hacía que todos pudiesen obtener ventas satisfactorias. En palabras de los comerciantes, el Mercado en Tarqui antes del terremoto, era un lugar de camaradería, donde “alcanzaba para todos”.<sup>9</sup>

---

<sup>7</sup> José Elías Sánchez (historiador manabita), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>8</sup> José Elías Sánchez (historiador manabita), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>9</sup> Darío Chóez (comerciante en Tarqui), en entrevista con la autora, diciembre de 2018

Darío Chóez<sup>10</sup>, comerciante informal de verduras durante diez años, prefirió siempre trabajar al aire libre. Sus hermanos y su padre, catorce años antes que ellos, siempre trabajaron de esa forma, simplemente porque resultaba más rentable, dicen ellos. Se nota en sus palabras, como en la de muchos otros vendedores, que extraña el ambiente de trabajo del antiguo Mercado en Tarqui, pues se refiere a él, como un lugar de competencia sana, de confianza, pequeño y acogedor, de gente cooperadora que se apoyaba “cuando a alguien de algún puesto le faltaba algo, alguna verdura que no tenía, el que tenía se la daba para que la venda”<sup>11</sup>. Sin embargo, la mayoría de los comerciantes más antiguos, estratégicamente optaban por conservar sus puestos dentro del edificio del Mercado, a la par que sus familiares trabajaban en las inmediaciones del mismo. Esto porque la jerarquía en esta comunidad hasta antes del terremoto era determinada por la antigüedad y todo comerciante antiguo del Mercado era dueño de un puesto dentro del edificio y era parte de la Asociación de Comerciantes Formales “Floresmilo Mendoza”. Aquellos que no tenían la suerte de pertenecer a este selecto grupo de comerciantes minoristas, se ubicaban fuera del edificio y eran considerados como la parte del Mercado responsable del desorden y la inseguridad, por vender informalmente en la vía pública.

Debido a la numerosa y variada oferta existente a lo largo de la avenida 109, que incluía productos perecibles y no perecibles, comidas preparadas, artículos de vestir y de bazar, electrodomésticos, farmacia, papelería, entre otros; en la calle se aglomeraba la gente y la dinámica entre los comerciantes ubicados al interior del edificio y los ubicados en el exterior, se volvía compleja. Las aceras que bordeaban el edificio del Mercado en Tarqui, estaban tomadas por puestos de madera, pallets, bancas de plásticos y parasoles que constituían la división entre el propietario de un pedazo de acera y otro; los puestos estaban pegados unos con otros y eran fijos. Al terminar la jornada se desarmaban parcialmente y se tapaban con lonas negras hasta el siguiente día. Los comerciantes, con excepción del pequeño núcleo que laboraba en los puestos dentro del edificio del Mercado, en su mayoría, no vivían en Tarqui, venían muy temprano en la mañana desde los barrios periféricos de la ciudad y se iban por la tarde. Muchos de ellos, eran vecinos en sus barrios, compartían miradas o palabras en el transporte o en el camino, hasta llegar a sus puestos de trabajo. Es decir, el ambiente familiar se trasladaba al Mercado, donde las prácticas de cuidado y de solidaridad se mantenían entre vecinos. Recuerdan algunos comerciantes que en el Mercado antes del terremoto, si alguien

---

<sup>10</sup> Darío Chóez (comerciante en Tarqui), en entrevista con la autora, diciembre de 2018

<sup>11</sup> Darío Chóez (comerciante en Tarqui), en entrevista con la autora, diciembre de 2018

tenía necesidad de moverse a algún lado, el vecino le cuidaba el puesto o le hacía la venta o muchas veces le cuidaba al hijo o la hija. A formales e informales, los conectaba su identidad de comerciantes minoristas de Tarqui, ser parte de la cadena de abastecimiento de alimentos de la ciudad por décadas y la noción histórica de haberlo conseguido con su trabajo diario. La percepción de ir creciendo junto con la ciudad hasta antes del terremoto, les daba un sentido de pertenencia al lugar que habitaban y los unía entre ellos. Esto queda expuesto cuando se refieren a su oficio de vendedores como su motivo de vida. Ramón Bailón, por ejemplo, es un comerciante que se dedicaba a la venta de cárnicos en el Mercado en Tarqui antes del terremoto. Llegó a trabajar a La Placita a los doce años junto a sus hermanos y ahora lo hace junto a sus hijos, a sus setenta y un años. Ramón hace de su oficio de comerciante del Mercado de años algo inherente a él, tan suyo que lo puede heredar a sus hijos: “si me retiro me enfermo, este oficio es mi motivo de vida cada día y ahora el de mis hijos”.<sup>12</sup>

La concesión de la administración del Mercado a la Unión de Asociaciones “Floresmilo Mendoza Catagua” no fue dada sino hasta el año 2010; estos últimos, al tener a su cargo la gestión del lugar, tenían poder sobre la organización del espacio tanto de formales como de informales. Sin embargo, debido a la cantidad de reclamos existentes, el Concejo Cantonal en el año 2009 resolvió no renovar la concesión, debido a los informes desfavorables emitidos por el Departamento Legal y la Dirección de Higiene del Municipio de Manta. Entre otras novedades se informó que el Mercado en Tarqui tenía serios problemas relacionados con la falta de salubridad, los alimentos colgaban de ganchos oxidados, no había una adecuada evacuación de los residuos en la planta baja en el área de los cárnicos, en donde, hasta el año 2009 trabajaban cerca de cuarenta comerciantes. El edificio de cuarenta años de antigüedad, sobrepasó su capacidad de carga por el flujo de personas que iba en aumento año tras año. Para José Elías Sánchez, este caos lo propiciaban las propias autoridades municipales y los poderes políticos de la ciudad, cuyos intereses participaban en la planificación de la urbe y eran los llamados a cumplir con la dotación regular de servicios básicos a la comunidad de comerciantes del Mercado.

El Mercado llegó a ser en la primera década del siglo XXI el centro de expansión comercial de la ciudad. El poder político nos empezó a identificar como el sector más desorganizado, más sucio, más mal oliente. El poder político fomentaba el desorden<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> Ramón Bailón (comerciante en Tarqui), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>13</sup> José Elías Sánchez (historiador manabita), en entrevista con la autora, octubre de 2018



El espacio del Mercado fuera del edificio tras su imagen caótica, tenía un orden, establecido por los vendedores formales organizados, cuyos líderes se encargaban de llevar a la mesa de negociación con el cabildo de la ciudad, las prioridades de intervención en el Mercado. El grupo de los comerciantes formales, estaba constituido por aquellos vendedores que conformaron La Placita desde sus orígenes la mayoría de ellos. Esto marcó su lugar en lo alto de la jerarquía de la organización social, por sobre los comerciantes informales, asentados en el exterior del edificio del Mercado, muchos de ellos incorporados en los años posteriores a su funcionamiento. En 1980, la Asociación de Comerciantes Minoristas “Floresmilto Mendoza Catagua”, junto con la Municipalidad, acordaron sacar de las calles aledañas al edificio del Mercado, a los vendedores informales de artículos de bazar y ropa, y los organizaron para instalarlos en el Centro Comercial “La Bahía”; en donde permanecieron cerca de un año, decidiendo después volver a las afueras del Mercado y ser parte del movimiento comercial que ciertamente alcanzaba para todos.

Desde La Placita hasta más o menos la década de los ochenta, en el Mercado laboraban los hombres, situación que cambió alrededor de 1984, ya que, debido a la inestabilidad económica que vivió el país, se incorporaron a la actividad del comercio minorista las mujeres y, con ellas sus hijos y sus hijas, convirtiendo la actividad comercial en un trabajo familiar. Llegó un momento en donde era notoria la presencia tanto dentro como fuera del Mercado, de un entramado familiar, donde participaba tanto la familia nuclear como la extendida, que en la costa ecuatoriana incluye a la familia política y a los compadrazgos. Unos años antes del terremoto, se incorporaron muchas parejas jóvenes al movimiento informal del Mercado en Tarqui.

Figura 2. 3 Comercio en las afueras del antiguo Mercado, Av. 109



Fuente: Google Maps, última modificación febrero de 2015, acceso el 17 de febrero de 2019

### **2.1.3 Organización de los comerciantes**

En sus comienzos, el Mercado en Tarqui era administrado por el gobierno local. A medida que fue aumentando la población de comerciantes y se fue tornando más caótica su logística y relaciones, los vendedores decidieron recurrir a la figura de asociaciones para poder organizarse. Al principio eran unas pocas y abarcaban a los comerciantes formales, viéndose los informales en la necesidad de conformar una propia, para poder defender sus espacios y derechos. Después de un tiempo, empezaron a demandar servicios básicos, seguridad, ampliaciones e innovaciones, razón por la cual, encontraron de gran utilidad unirse formales e informales, bajo una sola fuerza que les dé la voz necesaria para negociar con la autoridad local y conseguir recursos.

En agosto de 1998, nace la Unión de Asociaciones de Comerciantes Minoristas General y Servicios “Floresmilo Mendoza Catagua” de la parroquia Tarqui del cantón Manta, como una institución social, sin fines de lucro, que en sus inicios albergó dieciocho asociaciones de comerciantes, abarcando alrededor de mil doscientas personas que laboraban en el Mercado en Tarqui hasta abril de 2016. Luego del terremoto, se incluyeron en la Asociación aquellos vendedores no agremiados, trabajadores vinculados a micro negocios registrados que operaban sin un local, en pequeños talleres o locales; comerciantes y vendedores ambulantes; para conseguir ser beneficiarios de los proyectos de reubicación y fortalecer su actividad, llegando a formar un gremio de más o menos mil quinientos comerciantes hasta el año 2017. Previo al terremoto, se contaban entre los beneficios recibidos, los pagos de servicios básicos para los que tenían puesto dentro del edificio, seguridad para todas las calles en donde se encontraban asentados los comerciantes asociados, baterías sanitarias, limpieza tanto del edificio como de las calles que ocupaban, microcréditos, servicio de guardería, servicio exequial que cubría la totalidad de los gastos funerarios para el asociado que pagaba cierta cantidad mensual a la Asociación; un salón para la realización de diversos eventos que fueran requeridos por los asociados y, la garantía que les otorgaba la Asociación en caso de que el asociado requiriera un préstamo en una entidad bancaria.

Esta unión de asociaciones estaba dirigida por un directorio conformado por catorce personas afiliadas a las diferentes asociaciones reconocidas y tenía su oficina en el segundo piso del antiguo Mercado en Tarqui. Fue a esta Asociación a la que la Municipalidad le dio en un principio la administración del Mercado en Tarqui y tras un informe de salubridad e higiene, finalizó el contrato de concesión de la administración unos seis años antes del terremoto.

Dentro de la Unión de Asociaciones se daba una dinámica compleja entre las asociaciones que nacieron con la ocupación del edificio del Mercado, más antiguas, más grandes y fuertes y las que se iban añadiendo con el paso del tiempo, conformadas por personas que se incorporaron después al Mercado. La estrategia de las asociaciones más pequeñas que abarcaban comerciantes formales e informales, era unirse en una sola asociación para poder hacer frente a quienes ya estaban establecidos hace mucho tiempo en el Mercado y negociaban directamente con el poder político. Estar fuera de una asociación era una muy mala estrategia, pues dejaba al comerciante en una situación vulnerable. Iván Cantos, joven que tuvo su primer negocio de ropa en el antiguo Mercado en Tarqui, junto a su esposa, que en ese entonces era su novia, me decía que estar solo en el Mercado, no era una opción. El problema no surgía en la interacción cotidiana, Iván recuerda el ambiente de confianza que se vivía, “el ser parte o no de una asociación no afectaba la relación entre vecinos, todo mundo se llevaba bien, compartíamos el espacio con los de diferentes asociaciones y éramos todos vecinos de por ahí”.<sup>14</sup> El problema, enfatizó Iván, se daba cuando a ellos, los informales, los dejaban fuera de los beneficios conseguidos por la unión de asociaciones en las negociaciones con el Municipio. Más allá de los beneficios económicos y legales de pertenecer a una asociación, Iván recuerda que era importante sentirse respaldado por alguien y tener proyectos en conjunto, estar al tanto de lo que se estaba pensando hacer; por ejemplo “nosotros éramos inquilinos, no éramos dueños, entonces entre formales e informales teníamos la expectativa de hacer un centro comercial para estar todos, eso también nos motivó a meternos a una asociación”<sup>15</sup>. En cuanto a la recaudación de fondos, el aporte de los asociados fue siempre obligatorio. Según Miguel García, Presidente de la Unión de Asociaciones, la administración recaudaba un promedio de USD. 5 800,00 mensuales hasta antes del terremoto.

Diariamente cada minorista paga USD. 0,25, entre ellos los ambulantes y los puestos adyacentes a las calles 102 y 105; este pago se extiende a los ubicados en las avenidas 109 y 108, contabilizando hasta cuarenta y ocho puestos por cuadra. También se les cobra a los vendedores de comida, los veinte comerciantes de carne cancelan USD. 2,65. Los restaurantes que están en la parte alta del Mercado pagaban USD. 3,00. Los dueños de tiendas cancelaban USD. 30,00 mensualmente. Se pagan los sueldos a veintidós guardias de seguridad y a tres personas que hacen el servicio de aseo y fumigación. Además, hay que incluir que mensualmente se facturaba USD. 100,00 por agua potable y USD. 200,00 de luz eléctrica.<sup>16</sup>

---

<sup>14</sup> Iván Cantos (comerciante de ropa), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>15</sup> Iván Cantos (comerciante de ropa), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>16</sup> Miguel García (Presidente de la Unión de Asociaciones), en entrevista con la autora, octubre de 2018

Los relatos de un grupo de comerciantes, evidencian una organización dinámica del Mercado; sin embargo, existe otro grupo que laboraba en el Mercado en Tarqui antes del terremoto, tanto adentro como afuera del edificio, que tienen otra perspectiva. Iván, Darío y Vanessa, jóvenes comerciantes, están conscientes de lo difícil que era transitar por las calles, lo insalubre que era el primer piso del Mercado y también la inseguridad que estaba presente en el día a día. Coinciden en recordar que no contaban con una provisión de servicios básicos de manera regular, entre otras cosas. Los tres, usan la misma frase cuando recuerdan cómo era su vida cotidiana en el Mercado; dicen que no funcionaban tan bien “a pesar de cumplir con el aporte a cambio de la garantía de conseguir como mínimo organización”<sup>17</sup>. Estos jóvenes reconocen a su vez que lo anterior, al afectar a todos los usuarios del Mercado por igual, propiciaba el tener que unirse como vecinos, relación por la que se identifican entre ellos hasta el día de hoy, para solventar estos inconvenientes. El día a día era resuelto a través de las relaciones familiares que los comerciantes forjaban en su cotidianidad.

Tanto dentro, como fuera del edificio del Mercado en Tarqui, antes del terremoto, los comerciantes se organizaban en vecindades de confianza, que se constituían como círculos pequeños, de relaciones más íntimas, que las que se daban en aquellos círculos más grandes que se conformaban entre los compañeros de asociación, e incluso, como lo refirió el mismo Iván<sup>18</sup>, en esos círculos de confianza podían estar personas de diferentes asociaciones, lo que primaba era la cercanía para poder ayudarse con rapidez en caso de un percance. Cuando alguien ingresaba al Mercado era mejor ingresar a cualquiera de estos círculos de confianza, a través de familiares o amistades, para asegurarse poder recibir apoyo, guía y cuidado; era importante además para lograr obtener un puesto en la calle bien ubicado o, por lo menos cerca de los que en adelante serían sus vecinos y vecinas.

Será esta capacidad de organización formal e informal, sumada a los vínculos fuertes creados a través de una ética basada en la ayuda y el trabajo, base de su identidad como comerciantes del Mercado de Tarqui; algo fundamental a la hora de tener que superar la incertidumbre.

---

<sup>17</sup> Iván Cantos y Vanesa Montes (comerciantes en Tarqui), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>18</sup> Iván Cantos (comerciante de ropa), en entrevista con la autora, octubre de 2018

## 2.2 Memorias del terremoto

Figura 2. 4 El Mercado después del terremoto



Fuente: El Diario EC, última modificación abril de 2017, acceso el 22 de febrero de 2019

Es bien conocido por todos los que vivenciamos ese fatal acontecimiento aquel sábado 16 de abril de 2016, que de todos los lugares de Manta que se vieron afectados por el terremoto de 7.8 en la escala de Richter, Tarqui fue el lugar que más sufrimiento y devastación vivió. Es imposible que a alguien que haya caminado por Tarqui, con sus colores, con sus aromas, con sus ruidos característicos, con su muy particular forma de tomarse las calles, no le haya conmovido profundamente ese silencio ensordecedor que abrazó el paisaje desolador en el que se había convertido Tarqui.

El día del terremoto, el ruido se acalló, el paisaje se tornó gris y blanco, y la visión de futuro, abundancia y prosperidad se derrumbaba junto con los edificios icónicos del lugar, las escuelas, los parques, las iglesias, el Mercado. Conversando con la gente del Mercado, me di cuenta que las memorias de ese día y de los días siguientes al terremoto, aún determinan las palabras que algunos de ellos eligen para describir lo que sintieron en medio del desastre. Todavía a muchos, se les llenan los ojos de lágrimas recordando la confusión y el temor que vivieron y mueven sus ojos hacia arriba o los dirigen fija y perdidamente a la distancia, a la nada, cuando contactan con ese lugar en la memoria donde ellos están allá abriendo su puesto y conversando con sus vecinos. La sensación que transmiten al hablar de ese momento, es la

de estar viviendo en dos mundos a la vez, aunque sea por un instante fugaz mientras recuerdan. Son comunes los silencios largos mientras converso con algunos de los que fueron comerciantes en Tarqui, que no están precisamente ansiosos por hablar de ese día en particular, ese día en que la vida como la conocían cambió para siempre, pues lo recuerdan como un día en que hacían su vida normal y un desastre los sorprendió de repente y, en sus palabras, desbarató todo.

La nostalgia de lo que ya no está parece omnipresente, y en este escenario es inevitable preguntarse si ¿es así como funciona la memoria después de la vivencia de un acontecimiento inesperado que irrumpe en un día normal y rompe de repente la cotidianeidad?, ¿Acaso la sensación de haber caído en un tiempo sin tiempo, en donde ya no hay seguridad de nada y la imagen de futuro de un momento a otro se apaga, se congela para siempre o, es reemplazada?

Al ahondar en el recuerdo que la gente del Mercado tiene de ese día, se van dilucidando estas interrogantes, por ejemplo, se puede ver que era un día normal para ellos, en el que al término de la jornada esperaban cerrar e irse a casa para volver al día siguiente. El edificio del Mercado solía cerrar sus puestos máximo a las 19:00, por ser sábado solo unos cuantos puestos estaban abiertos hasta tan tarde, no obstante, aún deambulaban personas adentro. Vanessa Montes<sup>19</sup>, quien tenía puestos dentro y fuera del edificio del Mercado, me cuenta que quedó gente atrapada entre los escombros del edificio, pero no tanta como hubiese pasado si el terremoto no ocurría a esa hora y ese día. Ella, comerciante en Tarqui de alrededor de setenta años de edad, describe el día del terremoto desde que se despertó como lo que notoriamente sigue siendo en su imaginario un día normal:

Mire yo ahorita niña, ya son dos años y medio que el Señor nos mandó sacando de ahí, yo hacía muy poco camino de ahí hasta mi casa, hasta que se cayó el edificio, se derrumbó. Justamente ese día yo trabajaba y me retiré como a las 16:30 de la tarde porque me sentí muy acalorada, la presión se me había subido, salí del lugar como para bañarme; yo nunca me salía a esa hora yo me quedaba hasta más tarde para ver las cosas, sacar las cosas de mi negocio; ese día fue muy caluroso, mucho sol, había mucha gente, se vendió bastante.<sup>20</sup>

---

<sup>19</sup> Vanesa Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>20</sup> Vanesa Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018

Vanessa<sup>21</sup>, enfatiza en este hecho que recuerda aún con sorpresa, porque ella todos los sábados se quedaba hasta tarde en su puesto del Mercado en Tarqui, limpiando y cerrando. Ese día en particular, se fue temprano, y desde entonces ya no se queda hasta tarde los sábados en su actual puesto en Nuevo Tarqui, ya que vive temerosa de que otro terremoto ocurra. Al final, toda la familia de Vanessa, por cosas fortuitas que pasaron ese día en particular, salió ilesa y eso ella lo recuerda con un suspiro de alivio que manifiesta tocando su corazón.

Mis hijos los que quedaron ahí, vieron cómo se cayó todo, el Felipe Navarrete a las 18:30 o 19:00 ya se derrumbó y no se alcanzó a sacar las cositas y la plata que estaba ahí también se quedó, un hijo mío quiso regresar a coger su bolso que tenía de plata ahí y no pudo tuvo que salir corriendo, todo se quedó aplastado, no quedó nada.<sup>22</sup>

En el antiguo Mercado en Tarqui, solo unos pocos comerciantes tenían sus puestos dentro del edificio del Mercado, gran parte de los comerciantes estaban ubicados en la parte de afuera, “igual si no hubieran salido se les derrumbaba encima el edificio; unos quedaron tapados, mucha gente desconocida que no conocía el lugar quedó atrapada”<sup>23</sup> Vanessa dice que, gracias a que el terremoto los sorprendió a la hora y el día que lo hizo, aseguró que quienes se encontraban en el edificio del Mercado, afuera y adentro, fuesen personas familiarizadas con la organización del lugar y eso fue de ayuda a la hora de la emergencia del desastre. David<sup>24</sup>, comerciante de verduras y frutas en el Mercado en Tarqui antes del terremoto, tenía su puesto en las afueras del que era el edificio principal del Mercado. Este comerciante recuerda que en ese tiempo vivía muy cerca de su lugar de trabajo, llegaba a las seis de la mañana en bicicleta y se iba a las siete de la noche. Sin preguntarle, empezó a hablar del día del terremoto, lo tenía aún a flor de piel. Cuenta que estaba solo en el puesto, haciendo lo que solía hacer.

Con mi señora nos acostumbramos a que de las 18:00 en adelante nos tenían puesta una raya amarilla, hasta ahí podíamos salir (hacia la vereda); pero de las 18:00 en adelante, ya no había control y nos salíamos hasta más afuera, y estábamos hasta las 19:00 o 19:30, y como ese día estaba solo me fui no más. Un compa me llamó, por mi compa estoy vivo, porque yo acostumbraba a quedarme.<sup>25</sup>

---

<sup>21</sup> Vanesa Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>22</sup> Vanesa Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>23</sup> Vanesa Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>24</sup> David Loor (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, marzo de 2019

<sup>25</sup> David Loor (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, marzo de 2019

Sus vidas se detuvieron desde entonces. La mayoría de comerciantes del Mercado, llegaron al día siguiente a verificar si era cierto que se habían quedado sin nada. Todos cuentan que les fue difícil llegar, pues en general, las calles por las que solían transitar para arribar a sus puestos temprano en la mañana, estaban llenas de escombros y de gente caminando sin entender que había pasado, el barrio era irreconocible y las personas vecinas del Mercado daban vueltas tratando de reconocer la calle en donde estaba su puesto. Iván Cantos<sup>26</sup> cuenta que él cerró el día del terremoto a las 17:30 porque las personas de la comunidad religiosa de “Testigos de Jehová” que laboraban en el Mercado, iban a una Asamblea del Reino que sucede tres veces al año,

Gracias a esto no vimos todo lo que pasó en Tarqui. Nosotros estábamos en el Salón del Reino, en ese momento no pensamos en el negocio, salimos a un parqueadero y lo que hicimos fue abrazarnos entre nosotros con mi esposa y mi hijo hasta que pasara. Después de que pasó, no pensamos que había tenido tanta magnitud, sabíamos que había sido fuerte pero no sabíamos qué había pasado, no vimos casas destruidas, pero después pasaron unas horas y ahí empezamos a ver.<sup>27</sup>

Iván me cuenta que fue el domingo en la mañana cuando se enteró de lo que había pasado en Tarqui, ya que, por falta de luz eléctrica, estaba desinformado. Pasado el shock, el lunes fueron a ver su local al aviso de los saqueos en Tarqui, “queríamos saber si era cierto o no, pero los militares ya estaban ahí y no dejaban pasar a nadie”<sup>28</sup>. El Mercado en Tarqui se acordonó con cintas amarillas y resguardo militar; los dueños de locales debían tramitar un permiso que les concedía una hora para circular dentro de la zona del Mercado, el tiempo justo para sacar sus cosas.

Sacamos rápido las cosas a los carros que tenían que estar cerca como a una cuadra más adelante teníamos que de ahí ir a ver las cosas, ... mi negocio estaba a una cuadrada de Navarrete era mucha incertidumbre no sabíamos qué había sido del negocio, si íbamos a recuperar nuestras cosas o no, pero no teníamos idea de dónde íbamos a poner o qué íbamos a hacer, igual nos afectó, sí nos afectó bastante. No recuerdo después de cuánto tiempo nos

---

<sup>26</sup> Iván Cantos (comerciante de ropa), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>27</sup> Iván Cantos (comerciante de ropa), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>28</sup> Iván Cantos (comerciante de ropa), en entrevista con la autora, octubre de 2018



instalamos, no sé si fueron tres o cuatro meses, pero si era terrible la espera eso de ir a ver las cosas a la zona cero<sup>29</sup>.

Todos los comerciantes que conversaron conmigo, tenían el recuerdo en común de la primera impresión del Mercado en Tarqui después del terremoto. Lo primero que saltaba a la mente para ellos era el cerro de escombros a la entrada y lo difícil que era sortear los que estaban desparramados en el camino para llegar al lugar donde hasta antes del terremoto, acudían día tras día a trabajar, sin imaginarse jamás que algo así les pasaría y ya no podrían volver. El círculo de confianza de la vecindad, fue reemplazado por el silencio; en esos breves momentos en que se encontraban en la zona cero, apenas cruzaban palabras en su intento de ganar tiempo para ubicarse en el espacio, pues debido al peligro, tenían tan solo una hora para pasar el cordón militar y salir con lo que lograsen rescatar.

Sí nos vimos con alguna gente en el corre, corre, porque eso era rápido y no hablamos solo nos vimos en aquel momento, ya después sí, nos contamos las cosas que se habían perdido, nosotros no perdimos mucho, pero otros sí perdieron<sup>30</sup>.

En medio de la devastación, mucha gente emprendió la dolorosa tarea de remover escombros, al principio movilizados por la búsqueda de sus seres queridos y luego ya como parte de la organización de la comunidad para apoyar el trabajo que realizaban los miembros del Cuerpo de Bomberos, el personal de la Cruz Roja Ecuatoriana y el personal de rescate y evacuación. La comunidad apoyó como pudo a rescatistas y voluntarios que llegaron de todo el mundo desde la misma madrugada del desastre.

El edificio del Mercado quedó inhabilitado y poco tiempo después fue derrumbado. Vanessa Montes se refiere tristemente al Mercado en Tarqui como si fuese un familiar que perdió:

Fue muy bueno ese Mercado no había quejas de ninguno porque todos hacían su platita, todos los días había movimiento porque acá en cambio veo que está muy extendido es demasiado grande ahí se veía todo reducido, nos veíamos todos<sup>31</sup>

---

<sup>29</sup> Iván Cantos (comerciante de ropa), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>30</sup> Anita Cantos (comerciante en Tarqui), en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>31</sup> Vanesa Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018

Pasado un mes, la gente del Mercado se organizó con la motivación de salir adelante, solo querían iniciar de nuevo y empezar a trabajar en un esfuerzo subjetivo por recuperar algo de orden y sentido para sus vidas. Esto se reflejó en la consigna Tarqui Vive, que usaron para tomarse la avenida 4 de noviembre, donde replicaron la dinámica del desaparecido Mercado. Ahí se quedaron por un tiempo, mientras la Asociación negociaba con las autoridades municipales a dónde se irían ya que el ofrecimiento era trasladarlos a un sector en la periferia de Manta, propuesta que fue rechazada aún en medio de la situación que se estaba viviendo. Las demoliciones y arreglos que se iniciaron en Tarqui, alentaron a los comerciantes a buscar otro lugar en donde poder instalarse para trabajar debido a que el tráfico de la avenida 4 de noviembre, una de las arterias principales de la ciudad, no permitía que los clientes transiten sin preocupaciones ni obstáculos. Así llegaron al sector de La Poza, sin un permiso municipal al principio, este fue legitimado por el alcalde de la ciudad días después. En este lugar los comerciantes improvisaron un Mercado con sus propias manos; levantaron infraestructuras de caña guadua, zinc y hasta con bolsas de plástico, con la finalidad de seguir trabajando, aunque sea en condiciones precarias, comprando agua en tanques y conectándose al suministro de luz de forma clandestina, es decir, directamente desde los postes de la vía pública.

Además de estar golpeados social y emocionalmente, sus ventas cayeron ya que el público tenía la sensación de que este era un espacio insalubre, en ese momento todos los comerciantes pasaron a ser ´informales`. El efecto fue tal, que, al momento de diseñar y construir el proyecto de reubicación para los comerciantes del Mercado afectados por el terremoto, los informales, que hasta antes de la catástrofe deambulaban por la avenida 109 y eran vistos como los culpables del caos del lugar; también fueron considerados para tener su puesto en la nueva infraestructura del Mercado en Nuevo Tarqui.

### **2.3 Reflexiones finales**

El Mercado en Tarqui, recordado por todos los comerciantes con entrañable cariño, era para ellos más que un edificio en un territorio fijo; lo constituían las relaciones que ahí se tejían y el paisaje por el que día tras día transitaban, para abrir sus puestos y sentirse comerciantes del Mercado.

Las referencias que subsisten en la memoria de los que fueron vendedores del Mercado en Tarqui, consisten en lugares que están ligados a su identidad. Sitios como el Colegio “San José”, la Iglesia “Del Rosario”, la Tienda “El Bigote”, se traen a la memoria constantemente,

para recordar que eran una comunidad preocupada por sus miembros, personas de esfuerzo y fieles devotos.

Reconstruyendo el Mercado en Tarqui desde sus comienzos a través de la memoria de quienes lo vivieron antes del terremoto, se puede establecer claramente un antes de este evento catastrófico. Reviviendo sus hábitos, su cotidianeidad, sus relaciones comunitarias, su organización social y comercial, junto con su vulnerabilidad estructural, su desorden e inseguridad; podemos ver que el Mercado en Tarqui, vive en el recuerdo de los comerciantes como un ideal de comunidad de confianza, en donde queda asumida una dinámica familiar o en su defecto, de acogimiento y solidaridad con quienes llegaban de lejos buscando establecer su negocio en el Mercado. Sin embargo, había jerarquías que quedaban establecidas al momento de exigir derechos o cumplir deberes con la colectividad de los comerciantes. La antigüedad marcaba la primera jerarquía en el Mercado, permitiendo a sus beneficiarios comerciar tanto adentro como afuera del edificio. Las personas con mayor antigüedad en el Mercado formaron asociaciones que se unieron con el tiempo entre ellas, marcando el ritmo a toda la comunidad de formales e informales del Mercado en Tarqui, antes del terremoto.

Es interesante observar cómo, a medida que Tarqui se iba constituyendo como una zona de alto tráfico comercial minorista, empezó a producirse un abandono sistemático de los espacios públicos, de la infraestructura del Mercado, de la dotación de los servicios básicos y de la planificación en general. Sin embargo, todos estos inconvenientes fueron sorteados día a día, por los comerciantes de maneras creativas para no dejar morir la vida de su lugar de trabajo. El caos del tránsito, las veredas ocupadas, el ruido de los diferentes tonos musicales compitiendo por ser oídos en la vía pública, los diferentes olores y hasta la inseguridad, pasaron a formar parte del paisaje cotidiano de Tarqui. Todo esto fue configurando poco a poco la forma de relacionarse, de cuidarse, de responder a las autoridades, de comerciar y de hablar, de aquellos que consideran que Tarqui, sin el Mercado, así como era, perdió su corazón.

El terremoto dejó a los comerciantes formales e informales, en un estado de igualdad entre ellos y frente a la sociedad que no era parte del Mercado ya que, sin puesto de venta determinado, todos tenían la calidad de personas damnificadas. La primera tendencia fue la de reagruparse y tomarse una vía de alto tráfico de la ciudad, junto a Tarqui, replicando no solo la dinámica comercial sino también los problemas estructurales que tenían antes del

terremoto. Lo interesante de aquello es la llamada a organizarse como comunidad de comerciantes, la necesidad de, a través del trabajo, olvidar lo ocurrido o sobrellevarlo. La urgencia de ya no vivir sólo de la asistencia humanitaria, para dejar de ser personas damnificadas sin recursos y pasar a ser nuevamente personas útiles, afán que los identifica e impulsa a actuar organizadamente.

Es visible así mismo la necesidad de volver a tomar el control de sus vidas, de establecer una cotidianeidad a través de empezar a conformar rutinas parecidas a las que conocían.

Queda establecido el terremoto como un momento liminal de alta vulnerabilidad para quienes sufren la desaparición de sus referencias no solo materiales sino también sociales.

Finalmente, en este capítulo quiero resaltar la memoria compartida entre los habitantes del Mercado como lo que ahora los une en una comunidad de recuerdos y añoranzas con un lazo social fortalecido.

### **Capítulo 3**

#### **El Mercado en Tarqui: retomando la cotidianidad**

Partiendo de la presunción de que para toda comunidad afectada por un desastre o crisis es vital sobrepasar el estado de incertidumbre y restaurar una normalidad, es importante observar cómo los comerciantes del antiguo Mercado en Tarqui reestablecieron su vida cotidiana luego del terremoto. Siguiendo a Turner (1988), considero que la normalidad va acompañada con la recuperación de una visión de futuro y una percepción de pertenencia.

Según Turner (1988), una crisis para la comunidad afectada por ella, conlleva discontinuidad de sus rutinas. Dicha discontinuidad tiene como efecto la percepción de caer abruptamente en un tiempo fuera del tiempo, debido a que no es posible dilucidar qué se debe hacer, cuándo se debe hacer y en dónde se debe hacer; tampoco es posible definir quién debe tomar las decisiones, qué es permitido y qué no, qué es legal y qué no, qué acciones llevarán a la comunidad a estar mejor y cuáles no, etc. Este tiempo congelado se caracteriza entonces por un vacío de referencias, que trae consigo la sensación de no poder visualizar el futuro como un devenir natural del pasado y del presente como producto de una continuidad de lo vivido hasta entonces, como fue para abuelos y padres. Como consecuencia, con la crisis se instala la incertidumbre debido a que existe una saturación del presente de la que solo se puede salir “formulando transiciones a nuevos estados” (Visacovsky 2017,7); esto es, encontrando nuevamente un orden que haga previsible nuestras y otras acciones. Ese orden puede responder a las estructuras que previo al desastre o crisis, encuadraban el accionar de la comunidad o también puede darse que la comunidad encuentre nuevas formas de existencia social, que no reproduzcan las limitaciones de las estructuras antiguas. De cualquier forma, lo importante en casos de desastres o crisis es reponer una normalidad ya que, en la vida social, esta puede verse como una condición estable y adecuada, y su pérdida o abandono constituye una amenaza para la supervivencia de los individuos y del sistema social en sí (Visacovsky 2017,10).

Por otra parte, según Oliver-Smith (1994), los individuos afectados experimentan también una falta de confianza en la cultura y la sociedad, encargada de garantizar que la vida sea previsible y tenga sentido. Es así que identificarse como comunidad se torna importante para los afectados por un desastre o crisis al momento de recuperar la sensación de normalidad. Dicho de otra manera, es necesario que los afectados se identifiquen como una comunidad

emocional que comparte una experiencia común entre ellos, que necesita ser interpretada, organizada y normalizada; es decir incluida en su cotidianeidad, de manera que se pueda reconstituir la red de sentido que dote de lógica al cambio y les permita salir de la incertidumbre recobrando la percepción de continuidad. Siguiendo esta idea, sería lógico pensar qué si la comunidad se apropia de la experiencia dramática, esto opera en favor de que la misma pueda ser comprendida y resignificada a través de la construcción de una narrativa del desastre que propicie la cohesión social de los sujetos que la comparten, la reorganización del discurso individual y social en torno de una identidad reactiva y la pertenencia a un espacio y a un tejido social. El recuperar los mecanismos de predicción y la sensación de pertenencia genera un nuevo orden, un nuevo marco de seguridad ontológica; todo esto como parte de un proceso que conduce a la asimilación de una nueva realidad.

Este capítulo está dedicado a describir el proceso de recuperación de la cotidianidad de los comerciantes del Mercado en Tarqui tras el terremoto del 2016, con la finalidad de visibilizar si la normalidad instalada se vive como una condición estable de la superación de la incertidumbre con respecto al devenir de su futuro, y la recuperación del tejido social asociado a la sensación de pertenencia. A través de la observación participante busco reconocer en sus actividades rutinarias las estrategias de reactivación empleadas por la comunidad, y establecer si se reprodujo en el Mercado en Nuevo Tarqui, estructuras sociales y materiales anteriores al terremoto; o si en lugar de eso, los afectados instauraron nuevas prácticas sociales que les permitieran dejar atrás esquemas culturales y económicos que repitan el contexto de vulnerabilidad que llevó a este fenómeno natural a convertirse en el desastre que fue. Exploraré a través de las entrevistas, el lenguaje empleado para referirse al Mercado en Nuevo Tarqui y su relación con el antiguo Mercado en Tarqui; las interacciones que mantienen los comerciantes del Mercado entre ellos y con los compradores, el grado de confianza en la autoridad local, entre otros factores que ayudarán a establecer la aceptación o rechazo mantenida por los afectados del desastre hacia su nueva realidad.

Observar lo anterior es determinante para identificar si la comunidad de comerciantes del Mercado en Tarqui afectados por el desastre, pudo superar la crisis y construir su cotidianidad en el espacio sin referencias en Nuevo Tarqui, pasando por el duelo y la nostalgia de lo perdido; o si precisaron deshacerse del apego al lugar y dinámicas ausentes, para

fortalecer su capacidad de resiliencia, repensar su interacción con el territorio y generar sentido de pertenencia y comunidad.

### 3.1 El proceso de recuperación de la cotidianidad del Mercado en Nuevo Tarqui

Figura 3. 1 Ubicación de la Plaza Comercial Nuevo Tarqui



Fuente: Google Maps, última modificación 2019, acceso el 13 de enero de 2019

La plaza comercial Nuevo Tarqui es una propuesta que surge a raíz del terremoto, promovida por el Municipio de Manta y financiada por la Presidencia de la República; brindaba a los afectados de la zona comercial de Tarqui, la oportunidad de aprovechar sus circunstancias para dejar atrás las condiciones de trabajo inadecuadas a las que estaban expuestos antes del terremoto como la inclemencia del clima, la inseguridad, el desorden y la poca salubridad.

El proyecto en su origen incluía puestos comerciales, áreas verdes, parqueaderos, baterías sanitarias y la promesa de que la reubicación fuera de Tarqui sería temporal, hasta que pudiesen regresar a un renovado Mercado en Tarqui. A mediados del año 2016, el Alcalde presentó el proyecto para la relocalización temporal del área comercial de Tarqui, hacia la zona denominada La Ensenadita (fig. 3.1), ubicada a no más de un kilómetro de distancia de la zona cero donde se encontraba el Mercado en Tarqui. Dicho lugar se escogió por ser un terreno con las dimensiones necesarias para acoger a todos los afectados, formales e

informales. Cuatro meses después, en diciembre de 2016, se inauguró la que sería la zona comercial más grande de Manabí, en un espacio de convivencia entre autoridades locales, nacionales, público y comerciantes agradecidos y esperanzados. En adelante, este lugar será conocido como Nuevo Tarqui.

El Nuevo Tarqui está ubicado al otro lado del río Manta (fig.3.1), entre la avenida de la Cultura, la calle 24 de mayo y la calle 1; siendo la primera una vía rápida que conecta la vía perimetral con la vía del puerto al aeropuerto. Las otras dos calles resultan de alto tráfico por las veredas cerradas debido a los trabajos que se llevan a cabo en este sector después del terremoto y que continúan hasta la actualidad.<sup>32</sup> El río Manta es un límite natural que históricamente separa a la ciudad en dos: hacia la orilla Sur se ubica la zona considerada moderna, turística y residencial de Manta; y hacia la orilla Norte, la zona más tradicional y productiva de la ciudad, que aglomera las principales fábricas y asentamientos con alta densidad poblacional. La avenida de la Cultura constituye la conexión entre ambos sectores de la ciudad, a lo largo de esta vía se trasladan por transporte público las personas que viven en las zonas periféricas y trabajan tanto en urbanizaciones ubicadas al Sur, como en el sector comercial en el Centro y en el sector fabril hacia el Norte.

La plaza comercial Nuevo Tarqui se organiza en dos grandes áreas (fig.3.1): la de los contenedores, de inversión privada, que corresponde a los comerciantes mayoristas y la de inversión pública, donde fueron reubicados los comerciantes minoristas que antes se encontraban en el Mercado en Tarqui. En el antiguo sector comercial de Tarqui, estos se ubicaban en los edificios que rodeaban el Mercado. La otra sección, corresponde al área del Mercado propiamente tal, construida con fondos de la Ley de Solidaridad y Corresponsabilidad Ciudadana. Aquí se ubicaron mil ochocientos comerciantes minoristas formales e informales, la mayor parte proveniente del antiguo Mercado en Tarqui y otro tanto, comerciantes recién llegados. El área del Mercado está dividida en pabellones codificados alfanuméricamente desde el A1-A3 hasta la W1-W3. Se encuentran distribuidos en secciones asentadas en una superficie de tres niveles. Los pabellones asignados al expendio de legumbres, verduras y frutas que son aproximadamente cinco están en el nivel bajo del

---

<sup>32</sup> Las observaciones participantes se realizaron entre diciembre del 2019 y febrero del 2020. La realidad del Mercado después de la declaratoria de emergencia sanitaria por COVID-19, dada el 12 de marzo de 2020 y posterior Declaratoria de Estado de Excepción mediante Decreto Ejecutivo 1017 del 17 de marzo de 2020, que supusieron períodos de confinamiento y restricciones en la movilidad, no ha sido verificada.



Mercado y comparten su espacio con el expendio de abarrotes, el comercio de ropa y un patio de comidas. Rosita Arteaga, vicepresidenta de la Asociación “Floresmilo Mendoza Catagua” y comerciante de ropa, repara en esto mientras trata de explicarse la mezcla de productos y servicios de distinta naturaleza en esta zona del mercado, ella dice que “los pisos altos en los mercados parece que nunca funcionan”.<sup>33</sup> Efectivamente, es notorio el contraste entre la ocupación del nivel bajo del Mercado y el nivel alto, el cual luce desolado y la gran mayoría de sus locales abandonados. En la zona alta del Mercado se ubican peluquerías, bazares y uno que otro local de legumbres y víveres, cuya atención es intermitente según lo expresan los mismos comerciantes. Gran parte de los vendedores se trasladan a la calle, para situarse más cerca de los compradores, dicen ellos, y de esta manera lograr vender algo. Es común en esta zona que los comerciantes de víveres, verduras o artículos de vestir, pidan el traslado a la zona baja del Mercado, o abandonen Nuevo Tarqui, para ubicarse en los barrios periféricos donde los vendedores minoristas de la antigua zona comercial de Tarqui, han formado réplicas del antiguo Mercado.<sup>34</sup>

Los dos pabellones asignados para el expendio de carnes y mariscos se encuentran en una zona del Mercado de elevación intermedia y están separados por una escalera de los pabellones de legumbres, verduras, frutas y el comercio de ropa. Estos pabellones (fig.3.2) están conformados por techos altos de zinc entreabiertos, que cubren puestos de cemento, separados por divisiones medias; cada uno dotado de agua potable, lavabo y mesón de aluminio. Las luminarias cuelgan de los techos y prestan una iluminación indirecta.

---

<sup>33</sup> Rosita Arteaga (Vicepresidenta de la Asociación Floresmilo Mendoza Catagua), en entrevista con la autora, marzo de 2019

<sup>34</sup> A partir del terremoto, las personas que tenían sus puestos en el Mercado en Tarqui y residían en barrios periféricos de la ciudad como Eloy Alfaro, Santa Clara, Los esterros, Las Cumbres, etc. improvisaron en sus casas un lugar para vender no solo productos, sino también servicios como peluquerías y arreglos en general. Los habitantes de esas zonas, que antes debían pasar por Tarqui para abastecerse, se acostumbraron a tener todo más cerca de sus casas; por tanto, la oferta en cada barrio se volvió más variada y accesible a cualquier hora, como era en el Mercado en Tarqui antes del terremoto y la demanda de productos y servicios en los barrios aumentó. La gente ya compra cerca de casa.



Figura 3. 2 Pabellón de carnes, Mercado en Nuevo Tarqui  
Fuente: Trabajo de campo, Vanessa Vera, febrero de 2020

Bajando las escalinatas, antes de llegar a las verduras y frutas, aparece un pasillo amplio y abierto, a manera de calle peatonal (fig.3.3), cubierta por lonas y techos de zinc que protegen a los vendedores que se asientan a un lado y al otro de la misma. En esta parte del Mercado se concentra la mayoría de compradores. En el diseño original, este lugar era una vía despejada con arreglos de plantas, sin techar, que conectaba la zona de los contenedores con la zona alta del Mercado en donde se encontraba el patio de comidas, los juegos infantiles y las baterías sanitarias.



Figura 3. 3 Pasillo principal, Mercado en Nuevo Tarqui  
Fuente: Trabajo de campo, Vanessa Vera, diciembre de 2019

El resto de pasillos de la zona baja del Mercado se encuentra cubierto por techos altos de zinc que cubren varios cubículos contiguos de cemento (fig. 3.4), que son usados como bodegas por los comerciantes; ellos también organizaron su espacio de venta en los pasillos. La infraestructura del lugar no favorece el paso de la luz y la disposición de las ventas, fuera del cubículo, da la sensación de estrechez tornando incómodo el espacio. Muchos de estos

cubículos permanecen cerrados, ya sea porque sus ocupantes renunciaron a ellos o decidieron improvisar sus puestos de venta en los pasillos transversales o en aquellos sitios con mayor afluencia de gente.



Figura 3. 4 Pasillo principal, Mercado en Nuevo Tarqui  
Fuente: Trabajo de campo, Vanessa Vera, diciembre de 2019

### **3.2 Sentidos encontrados: adaptaciones con rechazos**

En todas las conversaciones con los comerciantes del Mercado, es notorio que su actividad no solo ha representado desde siempre su subsistencia, sino también es una forma de vida, a la que se aferraron para poder salir adelante luego de haber perdido todo. En general, dicen ellos, el espacio que les dieron en Nuevo Tarqui representó la ilusión de volver a ser lo que eran, el corazón comercial de la ciudad. Gran parte de los comerciantes consultados, coinciden en que estaban muy agradecidos por la oportunidad de reconstruir el Mercado junto a los vecinos y amigos de siempre; y no pusieron objeciones al espacio concedido en Nuevo Tarqui, ya que cualquier lugar era mejor que la calle o explanada donde ya llevaban algunos meses tratando de reactivar el Mercado en Tarqui, después del terremoto.

Al ver la infraestructura en la que se realiza la actividad de los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, se podría pensar que esta sería suficiente para lograr su reactivación en mejores condiciones que antes del terremoto, en cuanto a disposición del espacio y cobertura de servicios de seguridad y limpieza. Sin embargo, es notorio al caminar por el Mercado que ellos han recreado en gran medida, el antiguo Mercado en Tarqui reproduciendo hábitos de interacción entre ellos, disposición de los espacios y organización social. Comenzaron trabajando dentro de los cubículos asignados por el Municipio, pero poco a poco se fueron

percatando que se sentían separados unos de otros, “sin poder echar una broma, ni compartir una risa, ni intercambiar una conversación mientras se espera que pase alguien”.<sup>35</sup>

A lo anterior se suma, que el comprador mientras caminaba al interior del Mercado, ya no podía curiosear fácilmente el producto, debido a que en la organización que tenían al principio en Nuevo Tarqui, este se encontraba dentro de los cubículos de cemento y para acceder a él, el comprador estaba obligado a acercarse al vendedor e interactuar con él directamente, sin haber decidido aún qué comprar; perdiéndose aquello de mirar los productos sin compromiso, algo tan característico de este tipo de espacios. Los comerciantes se dieron cuenta que, al no estar expuesto el producto, la gente no se atrevía a preguntar, a tantear, a tocar, a empezar la negociación. La ocupación de los pasillos con cajones llenos de frutas, verduras y legumbres, arreglados ordenadamente, fue dándose de forma gradual. Con esta modalidad, aparecieron las lonas que desde entonces cubren el pasillo grande y los corredores transversales pequeños, constituyéndose estos en extensiones naturales de los cubículos. Cuando se les pregunta a los comerciantes por la razón de haberse tomado un espacio considerado como público, son enfáticos al decir que no hay otra forma que ellos conozcan de que un mercado funcione. Hugo García, comerciante de legumbres, dice que la infraestructura de los módulos, tanto en tamaño como en forma, no es apta para la actividad que realizan y que “esto no es para legumbres, es para una tienda de abarrotes, nosotros tendríamos que hacer descubierto esto”<sup>36</sup>. Poco a poco, en aquellos pasillos se fue recreando la dinámica del antiguo Mercado en Tarqui, en donde la calle era la prolongación del interior del edificio del Mercado. De esta forma, dicen los comerciantes, el Mercado en Nuevo Tarqui, se siente familiar, como un mercado y no como un centro comercial.

Una vez acomodados en los pasillos, llegó el primer invierno y con él se dieron a notar los problemas con la infraestructura no apta para salvaguardar ni a la gente ni a los productos en su interior. “Llueve más adentro, en los pasillos del Mercado, que afuera”, dicen algunos comerciantes cuando me ven pasar, mientras ellos se adaptan a la situación evacuando con baldes el agua que los inunda, al tiempo que la lluvia sigue cayendo por las canaletas que dan a los pasillos transversales por donde se hace imposible caminar sin hundirse hasta las rodillas (fig.3.5).

---

<sup>35</sup> Gilma Suárez (comerciante en Tarqui), en entrevista con la autora, marzo de 2019

<sup>36</sup> Hugo García (comerciante de legumbres), en entrevista con la autora, marzo de 2019.

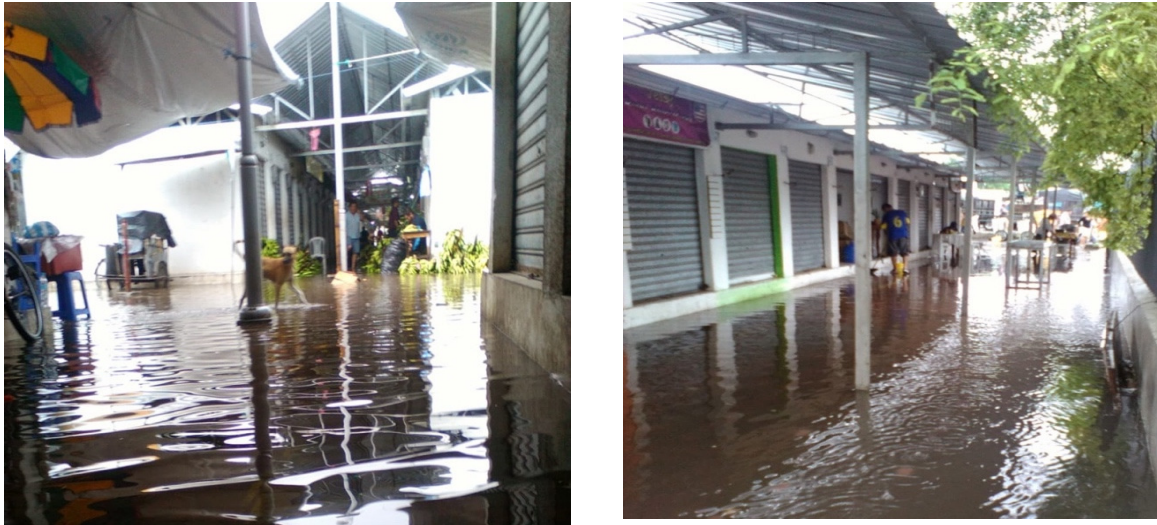


Figura 3. 5 El Mercado inundado tras la primera lluvia del año 2019  
Fuente: Trabajo de campo, Vanessa vera, marzo de 2019

Cuando les pregunto por la situación, manifiestan conocer que la ubicación del Mercado dentro de una especie de socavón, es decir a un nivel más bajo que el resto de sectores en la Plaza Comercial Nuevo Tarqui, hace que en época de lluvia se acumule el agua debido a un incorrecto sistema de drenaje. Frente a esto, no ven más solución que arreglárselas como lo han hecho, pues ya no hay nada más que hacer. Tal como lo hicieron para ocupar los pasillos, los comerciantes se organizaron por su cuenta para realizar actividades de limpieza y seguridad adicionales al trabajo de recolección de basura que realiza el Municipio. Según expresan, se cansaron de pedir que este servicio mejore y recuperaron la organización que ya tenían en el antiguo Mercado en Tarqui, para cubrir estas actividades.

Cada día, el paisaje en el Mercado incluye el ver a todos con escobas limpiando a primera hora del día no solo su puesto, sino también la parte del pasillo o corredor que les corresponde. Pese a todos estos esfuerzos, los olores desagradables están siempre presentes, rondan las moscas y se acumula el lodo y la basura; situación que claramente es frustrante, pero a la cual están resignados. Lo que llama la atención al conversar con los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, es que tienen presente qué, a partir de la aplicación de estas estrategias de adaptación, ya conocidas por ellos para solucionar sus carencias de servicios básicos, se activaron como comunidad; reconociéndose como un grupo que ya había superado escenarios adversos antes y después del terremoto. Recuerdan que, en el año 2017, a pocos meses de haberseles entregado los cubículos en Nuevo Tarqui, muchos de ellos lo perdieron

todo nuevamente en un incendio que se inició en uno de los locales y se extendió a los locales vecinos. La situación que ellos vivieron, puso de manifiesto que seguían siendo una comunidad vulnerable y sin certezas a pesar de haber cambiado de lugar. A partir de ese momento, decidieron poner en marcha todos los cambios que ellos consideraban necesarios para realizar su actividad, con la finalidad de solventar la falta de soluciones por parte del Municipio. Entre otras cosas, implementaron en los galpones de carnes y mariscos adaptaciones eléctricas que llevaran iluminación directamente a cada puesto, pues las lámparas fluorescentes que cuelgan de los techos altos de los galpones, no permiten realizar bien el tipo de trabajo de limpieza de mariscos que ellos deben hacer. Al respecto, los comerciantes dejan en claro que su intervención es una forma de adaptarse a las falencias de la infraestructura y sienten que trabajan sin las condiciones mínimas de salubridad y seguridad, ya que existen inconvenientes que no han logrado superar. En su discurso está presente la sensación de impotencia, pues son conscientes de que la inversión para mejorar las cosas es muy alta y con solo su creatividad y trabajo en conjunto, no se solucionarían de manera definitiva. La acumulación del agua en las lonas que funcionan de techo en los espacios abiertos, el desborde del colector de aguas servidas que se ubica justo a la entrada del Mercado y junto a los alimentos, la falta de frigoríficos y desagües adecuados en la zona de mariscos y cárnicos son reclamos constantes de los comerciantes, que siguen perdiendo clientes, mercadería y esperanza en que el Mercado mejore. Hoy en día, es esta desesperanza la que los une. Me cuentan que, en las mañanas, luego de realizar labores de limpieza y acomodar sus puestos, algunos comerciantes atienden los pocos clientes que entran al Mercado los días de semana, pero la mayoría de ellos salen a las calles principales a vender o envían a sus familiares, transgrediendo los acuerdos de convivencia que hicieron antes de llegar a ocupar sus lugares en Nuevo Tarqui.

La falta de ventas dentro del Mercado es la causa de la competencia desleal que se ha transformado en una práctica normal del día a día para conseguir clientes. Los comerciantes que optan por quedarse en sus puestos o que no tienen familiares en quienes apoyarse para desplegar sus ventas en las calles aledañas, se quejan de los que hacen esto, y los responsabilizan del mal funcionamiento del Mercado. Por su parte, aquellos comerciantes que han optado por la estrategia de venta fuera del Mercado, justifican su accionar por las bajas ventas dentro de él y recienten el trato que reciben por parte de sus compañeros. Verónica, por ejemplo, era comerciante informal en el Mercado en Tarqui, vendía en la calle. En el Mercado en Nuevo Tarqui fue beneficiada con uno de los cubículos para trabajar, ella lo reconocía

como una bendición. Sin embargo, al no vender nada, optó por retomar lo que sabe hacer, salir a la calle y acercar sus productos al cliente y, por este hecho, ella no tiene buenas relaciones con sus vecinos del Mercado como era antes: “aquí nadie se lleva conmigo, si yo vendo más ellos me insultan me dicen groserías”.<sup>37</sup>

Las autoridades por su parte, responsabilizan a los comerciantes de la falta de compradores en el Mercado; dicen que ellos, al no ser constantes en los horarios de apertura y cierre de los puestos, generan incertidumbre en la gente. Rosita Arteaga me cuenta que muchos de sus compañeros de la Asociación “Floresmilo Mendoza Catagua”, instalados en estos pasillos más angostos y oscuros lejos del pasillo central, abren a sus horas y van a trabajar regularmente, realizan ofertas y promueven beneficios, aun así, sus ventas son bajas. Entre semana, hay días que trabajan hasta las 02:00 p.m. y otros hasta las 04:00 p.m. luego de lo cual cierran sus puestos y se reúnen a jugar juegos de azar o a practicar algún deporte en los lugares abiertos y vacíos de Nuevo Tarqui. Los comerciantes dicen que esta es su forma de aprovechar el tiempo y que también les ayuda en ocasiones a olvidar que no ganaron nada en el día. Agrava la situación, el que actualmente ya no se sienten una comunidad bien identificada y cohesionada que enfrente a las autoridades para exigir su derecho a trabajar en mejores condiciones. El ver que sus esfuerzos por desplegar estrategias de ventas y poner en marcha mejoras para activar el Mercado no surten los resultados esperados, al punto de que vivir de su actividad les parezca incierto, aleja la posibilidad de encontrar un sentido a estar ahí, haciendo lo que hacen. Esto se pone de manifiesto con frases como la de David cuando dice: “no sé qué pasará después, aquí a veces hago para la comida a veces no hago, pero aquí estoy no tengo más que hacer”<sup>38</sup>.

El recorrido por el Mercado en Nuevo Tarqui, me recuerda en varios de sus pasajes al anterior Mercado en Tarqui. La organización de las ventas en los pasillos, los colores y olores tan característicos y el paisaje sonoro reproducen en mucho la experiencia de lo que era caminar por el Mercado en Tarqui. Sin embargo, es cosa de hablar con los comerciantes para entender que sienten que un día es igual al otro, el presente se sucede sin que nada lo interrumpa y nada les ofrece asidero. El futuro no existe para ellos como comerciantes del Mercado, en la medida en que no tienen ni la menor idea de qué pasará con ese lugar que a toda luz, no es funcional a su actividad. Es común oírles decir que están bien ahí, pero que ojalá alcance lo

---

<sup>37</sup> Verónica Gálvez (comerciante informal), en entrevista con la autora, marzo de 2019

<sup>38</sup> David Zambrano (vendedor de cigarrillos y lotería), en entrevista con la autora, marzo 2019

que hacen para comer y saben que por más que pudiesen volver al antiguo Tarqui ya las cosas no serían lo mismo, el Mercado ya no sería el mismo.

### **3.3 Cotidianidad con nostalgias**

Si bien los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui reconocen que están en un lugar más ordenado y concebido para que ellos pudiesen desarrollar su actividad dejando atrás las condiciones precarias en las que laboraban en Tarqui antes del terremoto, también admiten que preferirían regresar a Tarqui si tuviesen la oportunidad. Lo anterior se debe a que, en el desarrollo de su actividad cotidiana, se dan cuenta de que ya nada será igual para ellos; que ya el Mercado cambió y no para bien, en la medida en que la afluencia de gente no es la misma y ellos ven cada vez más lejano el tiempo en que eran el corazón del comercio popular de la ciudad. Recuerdan los comerciantes que, en Tarqui, el Mercado se despertaba a las tres de la mañana con los vendedores que empezaban a abastecerse de los mayoristas para luego abrir su comercio a los compradores que desde las cinco de la mañana ya empezaban a llegar. El movimiento, según lo describen, no paraba hasta las seis o siete de la noche y para algunos que comenzaban por la tarde a despachar comida preparada, se extendía la jornada hasta la madrugada.

A diferencia de lo que ocurría antes, el Mercado en Nuevo Tarqui comienza su jornada a las 05:00 a.m., pero el movimiento se inicia a las 06:00 con unos pocos compradores, especialmente de lunes a viernes, días donde con suerte aumenta un poco la afluencia de personas a medida que avanza la mañana, para acabar como a las dos de la tarde. El Mercado cobra vida realmente los sábados y domingos, donde la concentración de compradores se da en los dos pasillos principales y en la zona de cárnicos. Los otros pasillos quedan aún más desolados esos días, debido a que los dueños de los módulos aprovechan este momento para precipitarse a ofertar sus productos en los corredores o en la vía pública hasta máximo las cuatro de la tarde, hora en que los fines de semana ya no se encuentran muchos puestos abiertos. David, que tenía un puesto de frutas y verduras en el Mercado en Tarqui y ahora vende cigarrillos y lotería en Nuevo Tarqui, expresa su nostalgia por su antiguo lugar de trabajo cuando dice que “de antes ahora hemos retrocedido mucho, aquí no hay ventas; esto es un centro comercial, peor aún, esto es un cementerio general, aquí solo hay gente los fines de semana”.<sup>39</sup> La falta de ventas configura el paisaje. Los días de semana, después de limpiar el

---

<sup>39</sup> David Zambrano (vendedor de cigarrillos y lotería) en entrevista con la autora, marzo de 2019



sitio en el pasillo donde instalan el puesto, abren la cortina de metal que resguarda las mesas, pallets, tablas y telas y proceden a acomodar sus productos en improvisados soportes que todos los días desarmen y vuelven a guardar antes de irse, rutina que los vendedores reconocen como familiar y necesaria para realizar su actividad. Todo se hace lentamente en este Mercado, pues los comerciantes sienten que aquí ya no hay prisa. En tiempos del Mercado en Tarqui, dicen ellos, que todo esto se hacía rápidamente por la mañana; ya que, a partir de ahí, era imposible sacar tiempo para otra actividad que no fuera atender a los clientes, ofrecer sus productos, cerrar un momento para ir hacer el almuerzo, dar de comer a la familia y volver para continuar hasta entrada la noche.

En Nuevo Tarqui, el panorama es diferente. Al caminar por los pasillos se visibiliza en el rostro de los vendedores desesperanza, casi indiferencia hacia el día, lo que se confirma al conversar con ellos y preguntarles por su rutina en el actual Mercado. Sus respuestas siempre hacen alusión a algún elemento del anterior Mercado en Tarqui, que por suerte está presente aún, para que la cotidianeidad se torne más llevadera:

Aquí a veces uno se siente solo, nosotros nos ponemos a jugar cartas de diez centavos la mesa, para pasar el tiempo, porque después de medio día no entra nadie. Si tengo amigos, gracias a Dios me tocó con los mismos compañeros que estaba allá en la calle.<sup>40</sup>

Algunos comerciantes sumaron a su rutina el cerrar después del medio día sus puestos o encargarlos, ya sea para salir del Mercado a vender en la vía pública o también para regresar a sus barrios a vender desde sus casas y encargarse de sus familias. Al principio era esporádico, luego poco a poco empezaron a abrir intermitentemente los locales, sin tener un horario y días de trabajo regulares. Cuando esta práctica inició, el Municipio aplicó sin éxito sanciones basadas en el código de convivencia reglamentado, esperando que esto no se normalizara. Los comerciantes recuerdan la expulsión que aplicaron las autoridades a tres compañeros por este motivo en el año 2017, a poco tiempo del terremoto, como un momento en el que no fueron capaces de alzar la voz por sus vecinos, cosa que no les hubiese pasado en el Mercado en Tarqui. Tanto Rosita Arteaga como Elizabeth Díaz, dos comerciantes amigas de los tres que fueron desalojados de sus puestos en el Mercado en Nuevo Tarqui, relatan este acontecimiento con mucho malestar y cierta rabia, manifestando que, a su criterio, “a los

---

<sup>40</sup> David Zambrano (vendedor de cigarrillos y lotería) en entrevista con la autora, marzo de 2019

compañeros que se fueron no les quedó otra opción que no abrir, pues al no tener ventas les salía más costoso trasladarse desde sus casas para abrir y luego no tener con qué regresar o comer”<sup>41</sup>. Vanessa Montes, comerciante desde hace muchos años del Mercado, se refiere a este acontecimiento como una muestra de que el acuerdo de convivencia del Mercado en Nuevo Tarqui no es funcional para las actividades que realizan, pues se pasan por alto sus realidades cuando el Municipio toma este tipo de decisiones, sin involucrarse en su día a día. Me cuenta que es muy duro para ellos “a veces nos vamos como venimos, prestando plata; tiene sus días buenos, pero no es todos los días”<sup>42</sup>.

En este sentido, los comerciantes en general añoran el Mercado en Tarqui, debido a que ese era un tiempo en que ellos tomaban las decisiones acerca de sus horarios y la organización de sus espacios de venta, sin que nadie por fuera de la dinámica del Mercado les impusiera horarios o sanciones que ellos no consideran adecuadas. Los que fueron comerciantes informales antes del terremoto en el Mercado en Tarqui, y que ahora laboran dentro del Mercado en Nuevo Tarqui, están conscientes de que ellos no pertenecían a este grupo que tomaba decisiones, pero al recordar que ganaban lo suficiente para encontrar en esta actividad estabilidad para sus vidas, se sorprenden deseando que todo fuese como antes.

Las autoridades municipales en el día a día hacen esfuerzos para mantener la continuidad en los horarios, pues su premisa es que la falta de un horario regular y continuado es lo que afecta a las ventas; pero a la larga, la informalidad tanto en esto como en las ventas fuera del sitio asignado dentro del Mercado, han sido actividades imposibles de regular, replicando la relación que existía entre autoridades y comerciantes en el anterior Mercado en Tarqui. Los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, por su parte, aseguran que lo que el Municipio llama irregularidad en el horario, es la consecuencia y no la causa de las bajas ventas. Con el paso de los días, ellos comprobaron que la atención desde muy temprano en la mañana hasta altas horas en la madrugada tenía sentido en respuesta a la dinámica comercial de los mercados en Manta antes del terremoto, pero que ahora ya no funciona para ellos. Deben salir todos los días a la calle a conseguir clientes con sus cosas auestas y con suerte regresar sin nada a cerrar sus puestos. Todos coinciden cuando se les pregunta acerca de esto, que en Tarqui lo que les proporcionaba la cantidad de compradores que tenían en el anterior Mercado, era su ubicación estratégica en medio del tráfico; consideran que, en Nuevo Tarqui,

---

<sup>41</sup> Rosita Arteaga y Elizabeth Díaz (comerciantes en Tarqui) en entrevista con la autora, marzo de 2019

<sup>42</sup> Vanesa Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018

al estar lejos de las vías de circulación vehicular, se aíslan de la vida cotidiana de la gente. Sienten que la ciudad se olvida de que están ahí. En palabras de Rosita Arteaga “la mayoría (de los compradores) son gente que vive en el barrio La Ensenadita, (en los alrededores del Mercado en Nuevo Tarqui), la gente que viene en los buses y autos privados, muy poco se baja y camina hasta acá”<sup>43</sup>.

Para iniciar desde cero con un servicio moderno y renovado, los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, comenzaron atendiendo al público en los horarios establecidos por el Municipio, pero inmediatamente se dieron cuenta que la rutina debía cambiar, ya que después del terremoto, ellos eran parte de un mercado más entre tantos que se habían conformado en los barrios periféricos de la ciudad. Las personas que antes se desplazaban hasta Tarqui para abastecerse a cualquier hora, hoy cuentan con pequeñas réplicas del Mercado en Tarqui en cada barrio que rodea la ciudad. Actualmente, el Mercado en Nuevo Tarqui tiene un horario establecido por los propios comerciantes, que de manera individual determinan cuando abren y cuando cierran sus establecimientos. Las personas circulan muy poco por los pasillos, a excepción de los sábados por la mañana y hay muchos locales cerrados. Don Manuel, vendedor de mariscos, expresa que hay días que no pasa nadie “es diferente al Mercado antiguo, (este) no le llega ni a una primera parte en todo sentido”<sup>44</sup>. Los comerciantes reconocen que el Mercado en Nuevo Tarqui, es más ordenado y limpio, pero que a pesar de todo esto, la gente no entra, no hay ventas y que si bien, al inicio fueron atendidos, ahora se sienten abandonados. Rosita Arteaga era informal en el antiguo Mercado en Tarqui, vendía en la calle a la intemperie, sin las condiciones mínimas de seguridad, ahora tiene un módulo. Ella manifiesta estar mejor en su puesto en Nuevo Tarqui y hasta vende más. Aun así, caminando por los pasillos del Mercado, a ella le brillan sus ojos cuando conversa sobre cómo eran las cosas antes del terremoto, en el antiguo Mercado, y manifiesta entre suspiros que quisiera volver a esos tiempos, pero con las comodidades que tiene ahora para realizar su actividad comercial. Los comerciantes añoran el antiguo Mercado en Tarqui, tenía su propio orden, dicen, a pesar de aceptar que era insalubre e inseguro. Elizabeth Díaz, por ejemplo, indica: “ya nada es igual; extraño tanto mi Tarqui bullicioso que me compré una radio para poner mi música chichera”<sup>45</sup>.

---

<sup>43</sup> Rosita Arteaga (Vicepresidenta de la Asociación Floresmilto Mendoza Catagua), en entrevista con la autora, marzo de 2019

<sup>44</sup> Manuel Delgado (vendedor de mariscos) en entrevista con la autora, marzo de 2019

<sup>45</sup> Elizabeth Díaz (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, marzo de 2019

### **3.4 Reflexiones finales**

Los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, parecen haber superado la emergencia, pero no la crisis. han llegado a establecer una rutina en un lugar que sienten que no fue pensado para desarrollar sus actividades cotidianas como ellos saben hacerlas y de lo cual se sienten orgullosos, pues a través de su conocimiento de un negocio que han practicado por años, han sacado adelante a sus familias con éxito. No encuentran el sentido a lo que hacen todos los días, pues se transformó en una actividad que realizan para sobrevivir, despojada de una visión de futuro. Da la impresión que los comerciantes recobraron una cotidianeidad envuelta en nostalgias por un pasado idealizado.

Considero que la normalidad adquirida por ellos luego del terremoto, no significa necesariamente una superación de la crisis a la que los llevó el desastre, pues han superado su condición de desposeídos, pero no la incertidumbre de qué pasará con el Mercado; aún se preguntan por ejemplo ¿en qué se transformará?, ¿será lo que saben útil en otro modelo de mercado?, ¿Qué pasará con los amigos y con lo que hacíamos todos los días?, y lo más importante ¿de qué voy a vivir si he hecho lo mismo durante veinte años, si no más en algunos casos?

Los marcos de referencia que trasladaron los comerciantes desde el antiguo Mercado en Tarqui, al Nuevo Tarqui, han servido para sobrevivir, y es importante recobrarlos para poder actualizar la comunidad, en función de cómo cambió la dinámica de abastecimiento de víveres en los barrios de la ciudad a partir del terremoto.

El paisaje del Mercado en Nuevo Tarqui, da signos del valor que aún tiene para los comerciantes el contacto con el entorno, para activar la comunidad y sentirse en casa; sin embargo, debido a la incertidumbre que no les deja visualizar el futuro, no se desarrolla la pertenencia al lugar.

Al caminar entre los pasillos del Mercado en Nuevo Tarqui, son notorios los cambios que ha sufrido el diseño original. Los comerciantes, lejos de haber adaptado sus actividades al espacio, más amplio y ordenado, lo modificaron tomándose las áreas de circulación y ornamentales para ubicar sus productos, tal como lo hacían en el antiguo Mercado en Tarqui.

En un primer momento, los comerciantes aceptaron reactivar el Mercado en el espacio asignado en Nuevo Tarqui tal como estaba. Especialmente aquellos que comercializaban en condición de informales en el antiguo Mercado en Tarqui, se vieron motivados por la expectativa de progreso y mejora de condiciones que Nuevo Tarqui representaba. Formales e informales coincidían en que la prioridad era recobrar sus rutinas y eso, a decir de los propios comerciantes, comenzaba por poder trabajar en un sitio que supieran que era de ellos, del que nadie los despojaría.

Es válido pensar que, después de haberlo perdido todo, era necesario para superar el momento de crisis y entrar a una fase de recuperación, tener un lugar seguro donde reagruparse, reencontrarse, contarse unos a otros sus historias, apoyarse y volver a hacer aquello que habían hecho durante más de veinte años, comerciar en el Mercado. Trataron de adaptarse a los módulos cerrados, pero pronto se dieron cuenta de que esto los aislaba de lo que pasaba a su alrededor, no les permitía cruzar miradas con los vecinos, encontrarse con los amigos e intercambiar apodos o encargar a alguien cercano vigilar el puesto un momento, sin que esto implicara cerrarlo. No se sentían cómodos en estas cajas de cemento, como las llaman, y decidieron ocuparlas como espacios de bodega, encontrando de esta forma un uso creativo para aquello que, a su criterio, no resultaba funcional para su rutina, la cual necesita fundamentalmente del contacto entre ellos y con el cliente. Sacaron sus productos a los pasillos, replicando en Nuevo Tarqui, el paisaje de lo que fue el Mercado en Tarqui. Cuando traen a la memoria estas adaptaciones que hicieron al espacio, esbozan una sonrisa al reconocer que el lugar les parecía extraño, sin vida y que resultó un poquito más familiar cuando llegó la algarabía, el ruido y el color.

Es claro que rituales como llegar, limpiar y armar sus puestos para ordenar sus productos, son parte de la rutina cotidiana que convierte un espacio abierto que puede ser usado para otras actividades, en un mercado. Resulta innegable que es importante la combinación de rutina y paisaje para generar su identidad como comunidad de comerciantes del Mercado. Sin embargo, no parece ser suficiente, pues sin diálogo verbal y no verbal con todos los elementos del entorno, no hay sensación de comunidad y de pertenencia a un espacio que ellos mismos dicen, parece más un centro comercial o un conjunto de tiendas de abarrotes y hasta lo comparan con un cementerio por el hecho de que no entra nadie.

El Mercado al encontrarse en un lugar en Nuevo Tarqui, sin acceso a las vías de circulación, está desconectado de la rutina de la gente. A criterio de los comerciantes, esto es lo que ocasiona las bajas ventas que tienen. En sus palabras, sienten que la ciudad se olvidó de que están ahí. En los pasillos campea la frustración, el desaliento, la percepción verbalizada tímidamente, de que ya no son importantes para la ciudad. Se ríen de las promesas, pero aún manifiestan con un ojalá, su expectativa de que algo los lleve nuevamente a esos momentos que vivieron en el Mercado cuando estaban en Tarqui.

Este sigue siendo entonces un momento de incertidumbre, en el que es visible para los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, que la autoridad saliente tenía unas expectativas irreales de lo que pasaría con el Mercado a partir de su reubicación y que la nueva administración tiene las mejores intenciones, pero tampoco sabe a ciencia cierta qué va a pasar con este lugar. La incertidumbre, unida a la falta de ventas, no facilita que los comerciantes generen una conexión con el lugar que ocupan; en este sentido, es notorio que no les ha sido posible la apropiación del espacio, a diferencia con el antiguo Mercado en Tarqui, en donde los comerciantes sentían que el lugar era de ellos.

En el Mercado en Nuevo Tarqui, el tiempo parece estar congelado mientras esperan que algo más pase, que el lugar sea transformado o que las autoridades decidan trasladarlos, con suerte a un renovado Mercado en Tarqui. Sienten que el espacio es de un tercero que hace las veces de dueño del lugar, que regula y que gana algo si no funciona; por lo tanto, tiene la responsabilidad de mantener el sitio en buenas condiciones y generar ventas; no hay apropiación del lugar, a diferencia de lo que sienten con respecto al Mercado anterior.

Considerando esto último, podemos decir que, al ser seres territorializados, el restablecimiento de la vida cotidiana después de un desastre, abarca no solo la reconstrucción físico-material de la comunidad, sino también la recuperación del tejido social que hace posible la reproducción material, el sostenimiento de los afectados y su reincorporación a la dinámica local.

Al observar la vida cotidiana de los habitantes del Mercado en Nuevo Tarqui, es notorio que, pese a sus esfuerzos, siguen sin superar la incertidumbre que les genera la sensación de estar en un espacio ajeno e inconcluso. Si a esto se suma la desconexión que sienten con la ciudad y su dinámica, aprecian que tampoco tienen conexión con las personas. Esta idea, según lo

expresan ellos, no permite la socialización alegre inherente a la experiencia de comprar en un mercado con tradición costeña, es decir tranquila y despreocupadamente, entre bulla, música y versos populares.

## Capítulo 4

### Miradas de futuro

Basados en el supuesto de que, en contextos de desastre, los afectados quedan desorientados tras el momento de *communitas*, caracterizado como ya hemos dicho por la alta incertidumbre reinante debido a la falta de referencias culturales para afrontarlo y visibilizar las salidas posibles de él; es congruente plantearse que lo más importante posterior a la urgencia del desastre, es la superación de la crisis de incertidumbre para recuperar la noción de normalidad del grupo social y con ella, la direccionalidad de sus esfuerzos; no necesariamente a través de la búsqueda de un balance perdido, sino más bien como la reafirmación de la continuidad de la comunidad.

De esta forma, al estar este momento de crisis ligado a la pérdida tanto de la previsibilidad del futuro, como de la sensación de estar contenido en una cultura que marque los parámetros de actuación; se torna importante preguntarse ¿qué papel juega la visión de futuro en la superación de la crisis de incertidumbre que se presenta tras dejar la *communitas*?, ¿es suficiente una visión de progreso para disolver la tensión innovación-réplica del orden previo y lograr atravesar el duelo por lo perdido?, ¿qué tan importante es para la recuperación de los afectados por un desastre, el invertir tiempo y recursos en la significación de la experiencia?, ¿cuál es la relevancia de los intérpretes autorizados por la comunidad, en la transmisión de marcos interpretativos adecuados para recuperar la sensación de pertenencia y confianza en una cultura más amplia que los contenga?

Para explorar estas interrogantes, me basaré en el concepto de saturación del presente que Visacovsky (2017,7) toma de Claudio Lomnitz-Adler (2003), para explicar cómo la comunidad de comerciantes del Mercado afectados por el desastre, logra resolver la incertidumbre planteándose una visión de futuro y de esta manera forjarse posibles escenarios de acción.

En este capítulo, se conjugarán los presupuestos de esta investigación al confrontar el nuevo estado de los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, de ser conformado una vez superada la liminalidad; para explorar cuánto de la visión de futuro efectivamente se



materializó y cuánto bienestar experimentan en la actualidad<sup>46</sup> los antes damnificados, en este nuevo contexto. Se indagará si el anhelo por reconstruir lo perdido ha cedido espacio a la novedad y actualización de necesidades y capacidades, o si sigue presente impidiendo el avance a una realidad con incremento de bienestar respecto a la etapa pre terremoto.

Empezaré estableciendo cómo en un primer momento jugó un papel importante para los comerciantes afectados por el terremoto, la superación de la incertidumbre y el consecuente establecimiento de la normalidad, mediante la visualización de un futuro representado por el mejoramiento de su ambiente laboral anterior, lo que significaba para ellos la posibilidad de modernizarse y progresar. Me referiré específicamente a cómo este grupo de comerciantes, al sobreponerse a la incertidumbre, recupera la confianza en el futuro, y con ello la direccionalidad hacia un devenir donde su continuidad como comunidad de comerciantes del Mercado estaría asegurada. La certeza de que esa continuidad les traería innovación y progreso, los condujo a aceptar las reglas de convivencia impuestas por la municipalidad<sup>47</sup>, poniendo gran esfuerzo y entusiasmo en dejar atrás las estructuras conocidas<sup>48</sup>.

Continuaré visibilizando cómo los comerciantes caen en una posterior crisis manifiesta a través de la incertidumbre, esta vez conectada a la sensación de que su actividad no tenía sentido, pues a pesar de su compromiso con el cambio, no les era posible superar los obstáculos que presentaba la infraestructura en Nuevo Tarqui para el desarrollo cotidiano de su quehacer. Consecuencia de aquello fue la transformación del espacio en un paisaje conocido como estrategia para salir adelante. Tomaré la idea de Oliver-Smith (1986), para desarrollar cómo los comerciantes de la comunidad del Mercado, respondieron con estrategias ya probadas a este segundo momento de incertidumbre, convirtiendo totalmente el paisaje en algo familiar y usando patrones de comportamientos aprendidos, pese a lo cual el grupo no logra volverse a cohesionar, perdiendo nuevamente la confianza en el futuro y la direccionalidad de sus esfuerzos.

---

<sup>46</sup> A febrero de 2020, fecha de culminación del trabajo de campo.

<sup>47</sup> Se hizo referencia en el capítulo 3 al imaginario de modernidad en el cual Municipio y Gobierno Central, se basaron para el diseño arquitectónico del Mercado en Nuevo Tarqui, mismo que fue socializado a los comerciantes, quienes lo aprobaron junto con el Reglamento Interno que norma la convivencia; como consta en la investigación de tesis de María Belén Cárdenas (ULEAM, 2017) disponible en: <https://repositorio.uleam.edu.ec/bitstream/123456789/40/1/ULEAM-ADM-0008.pdf>.

<sup>48</sup> Es importante recalcar que se habló ampliamente de las estructuras pre terremoto que enmarcaban el accionar de los comerciantes en el Mercado en el capítulo 2 de esta investigación.

Frente a esta realidad, es válido recordar en este capítulo lo que sostienen Kleinman, Das y Lock (1996) con respecto a la importancia que tiene el reforzamiento del sentido en la lógica del cambio, para lograr entender que siendo los intérpretes autorizados por la comunidad, tales como las autoridades municipales, representantes de los comerciantes, políticos locales y nacionales, los llamados a construir y traspasar sentido a través de la narrativa del desastre y la crisis, los que en primera instancia no han logrado brindar marcos interpretativos efectivos para superar este momento de crisis. Siguiendo esta idea, indago especialmente sobre el papel que las autoridades municipales desempeñan, al ofrecer a los comerciantes del Mercado, un futuro esperanzador que incluye su traslado a una nueva y moderna infraestructura, cuyo funcionamiento estaría basado en un modelo de comercialización distinto al actual; pues ellos creen que un mercado tradicional no tiene cabida dentro de una ciudad que progresa. El asunto se torna cada vez más preocupante a medida que todos los esfuerzos realizados para reactivarlo desde el 2016 hasta hoy, parecen ser infructuosos y va instalándose en el imaginario de los comerciantes la idea de que lo que hacen cotidianamente no tiene sentido y, por lo tanto, no existe un futuro para ellos o por lo menos no alcanzan a vislumbrar cual sería. Producto de esto y tomando la idea de Visakovsky acerca de que “los individuos a través de mapas mentales, mantienen una imagen mental de la sociedad a la que pertenecen, de la cultura y de sí mismos; y esto constituye la matriz básica para la creación de futuro de la comunidad” (Visakovsky 2017, 8), es acertado decir que, en las actuales condiciones, los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui aún están sumidos en estado de crisis.

Finalmente, retomo la idea de que si bien lo que motiva la superación del estado de incertidumbre y la salida de la crisis de los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, es la recuperación de la normalidad, ligada a la previsibilidad de un futuro en donde se asegure su continuidad y la sensación de pertenencia a una comunidad más grande, capaz de proporcionar contención a través de la cultura; el camino para llegar a esto no siempre está dictado sólo por patrones de comportamiento previamente aprendidos, muchas veces contiene momentos de creatividad direccionados a asegurar la continuidad de la comunidad, es decir, la innovación puesta al servicio de la adaptación de un espacio nuevo para ejercer las formas conocidas, como parece ser el caso del Mercado en Nuevo Tarqui.

#### **4.1 Visión de futuro**

El Mercado en Nuevo Tarqui fue entregado a los comerciantes como una solución temporal a su crisis, en un momento en que sus vidas cotidianas se desvanecieron y quedaron a la deriva

luego del terremoto. La instalación en la nueva estructura, puso fin momentáneamente tanto a la incertidumbre, como a la sensación de abandono y de vulnerabilidad frente a un futuro desconocido y un presente caótico. Para todos los comerciantes del Mercado afectados por el terremoto, era primordial empezar a trabajar en un lugar adecuado para el desarrollo de sus actividades de donde no los botaran por resultar incongruentes con el entorno. El establecer un espacio propio y que pudiese ser considerado e identificado por los usuarios como el Mercado, se volvió vital para poder rearmar sus vidas y restablecer la normalidad.

Ciertamente la comunidad de comerciantes del Mercado se instaló con mucha ilusión en Nuevo Tarqui. La ceremonia de inauguración funcionó para ellos, como un rito que marcó la puerta de entrada a un cierto orden que, parafraseando a Visakovsky (2017, 7) dio la sensación a los individuos y a la comunidad de saber lo que vendría: la visión de futuro a corto, mediano y largo plazo, necesaria para restablecer la percepción de normalidad que da sentido a la realidad presente. Los comerciantes del Mercado pasaron de ser una comunidad de víctimas del terremoto, unida por la necesidad imperante de vender lo que sea y donde sea con tal de sobrevivir; a ser un grupo de individuos reunidos con el objetivo de empezar de nuevo en un lugar desconocido. Dejaban atrás su calidad de desposeídos, para reinsertarse en la dinámica de la ciudad. A través de sus relatos, pude percibir que, en un principio, acoplaron su actividad al nuevo espacio, demostrando predisposición para adaptarse al cambio. Abrían y cerraban a las horas estipuladas en el Reglamento Interno que norma la convivencia en Nuevo Tarqui. Mantuvieron por meses las fachadas intactas, tan blancas como cuando se las entregaron y los pasillos amplios y despejados. Atrás quedaba la imagen del mercado popular, cuyos puestos se extendían hasta la calle y que tenían vida en las madrugadas; el de los letreros colgados o pintados que anunciaban la oferta del día, el de la música ensordecedora de diferentes estilos, entremezclada con los gritos de los comerciantes que competían por atraer a los compradores.

El discurso de las autoridades, acerca de la reconstrucción ligada a la mejora de las condiciones precarias en las que laboraban los comerciantes del Mercado antes del terremoto, funcionó para llevar a la comunidad a conectarse con una imagen de futuro a través de la esperanza de superar la crisis y progresar. Tomando la idea de Visacovsky, se puede establecer que el momento de incertidumbre vivido en los meses que siguieron al terremoto, en el que existió una saturación del presente, fue superado con la transición hacia un nuevo estado en donde, como dice este autor, “los individuos no saben cómo terminará la crisis, pero

pueden imaginar posibles resultados y al hacerlo forjan sus posibles escenarios de acción” (Visacovsky 2017, 7). Tanto los comerciantes como el Municipio, hicieron grandes esfuerzos por mantener en el Nuevo Tarqui la imagen de Mercado moderno tal y como se conoce actualmente ligada a los estándares internacionales<sup>49</sup> y cuya infraestructura está diseñada para servir de atractivo gastronómico al turista. Para desplegar su gestión se basaron en Mercados conocidos en América Latina por su éxito en este objetivo, tales como el Mercado Central en Santiago de Chile; La Merced, La Nueva Viga y el de San Juan en Ciudad de México o El Mercado del Puerto en Montevideo, entre otros. La intención visible de las autoridades era insertar el Mercado en Nuevo Tarqui, en el paisaje urbano planificado para la ciudad antes del desastre del 2016; mismo que contemplaba la creación de un circuito turístico que en su diseño original abarcaba el malecón de Tarqui, el Mercado de Mariscos ubicado en el sector Playita Mía, el antiguo Mercado en Tarqui, el sector de La Poza y el antiguo muelle artesanal. La concreción de este circuito turístico implicaba la regeneración urbana de Tarqui y, en consecuencia, la modernización del antiguo Mercado, su traslado o desaparición.

Con el pasar de los meses, los comerciantes notaron que, a pesar de su disposición para adaptarse al cambio, aun cuando este se sentía forzado, las ventas no mejoraban y los clientes no circulaban como antes por los puestos. Muchos de ellos se endeudaron basados en la ilusión de que la infraestructura nueva atraería a la gente al Mercado en Nuevo Tarqui, pero el cambio de imagen estructural no surtió los resultados esperados. Todo empeoró con el incendio que consumió los bienes de un grupo no menor de vendedores, a los pocos meses de inaugurado el Nuevo Tarqui. Las deficiencias de la estructura recién entregada que salieron a la luz con las primeras lluvias, solo lograron alejar a los compradores y puso en evidencia para los vendedores del Mercado que la situación de abandono en la que estaban previo al terremoto, se replicaba en ese nuevo espacio.

En sus conversaciones conmigo, admitieron que se sentían defraudados, desesperanzados y que no veían más salida que buscar soluciones entre ellos para esta situación ya que, en sus propias palabras, ya estaban ahí y no tenían dónde más ir. Comenzaron a modificar sus puestos, a tomarse los pasillos para vender, a organizarse entre ellos para pedir recursos a

---

<sup>49</sup> Los estándares internacionales a los que se hace referencia en esta investigación se establecen en el documento “Una guía para mercados de alimentos saludables” del año 2006, publicada por la Organización Mundial de la Salud (OMS), mismo que ha servido de base para establecer la Norma Técnica de varios mercados alrededor del mundo y se puede consultar en <https://www.paho.org/hq/dmdocuments/2006/2006-cha-guia-mercados-alimentos-saludables.pdf>

diferentes instituciones, incluida la municipalidad de la ciudad, para adecuar el lugar y dejarlo con lo necesario para realizar su actividad y poder desplegar las estrategias de venta que conocen desde siempre.

El paisaje resultante de las acciones que emprendieron, es el que actualmente se puede observar en el Mercado en Nuevo Tarqui; el cual recuerda en gran medida al antiguo Mercado en Tarqui. Tomando la idea de Oliver-Smith (1986) que hace referencia a que los individuos responden a los cambios a través de patrones de comportamiento aprendido, se puede explicar el hecho de que los comerciantes del Mercado buscaron aplicar estrategias conocidas y probadas en un contexto anterior al terremoto, para responder a esta situación angustiante suscitada en Nuevo Tarqui. Hasta la fecha en que se culminó esta investigación, tanto la Municipalidad como los comerciantes desarrollaban esfuerzos conjuntos y por separado, de publicidad, ofertas y eventos, para reactivar las ventas, pese a lo cual, estas no logran aún repuntar y dinamizar la vida del Mercado. En consecuencia, el grupo no consigue volver a cohesionarse como comunidad y, a medida que perciben que su función ha sido reemplazada por los pequeños mercados que se formaron en los barrios después del terremoto o por las cadenas de supermercados, empiezan a verbalizar su sensación de estar próximos a desaparecer.

Dicha sensación es reafirmada por el retiro paulatino de las autoridades de la ciudad de las decisiones cotidianas del Mercado, razón por la cual los comerciantes perdieron de vista aquel futuro prometedor que lograron visualizar cuando les entregaron los puestos en Nuevo Tarqui. En la actualidad, predomina entre ellos la sensación de que ni el camino trazado por el Municipio que apelaba al cambio de imagen, ni su intento de transformar el Mercado en Nuevo Tarqui para que se parezca al antiguo Mercado, pueden lograr transformarlos nuevamente en el corazón comercial de la ciudad. Es así como David, que antes del terremoto era comerciante de víveres en el antiguo Mercado en Tarqui y ahora vende cigarros y lotería en Nuevo Tarqui, se refiere a este último comparándolo con un centro comercial, donde solo hay gente los fines de semana. Dice él que “más bien es un cementerio” refiriéndose a que el orden y la falta de bulla, solo son sinónimos de que ahí no pasa nada, no hay vida, no hay movimiento. Este testimonio resulta fundamental para notar que la infraestructura tal y como estuvo pensada por los encargados del diseño (Empresa Pública Ecuador Estratégico y Gobierno Autónomo Descentralizado de Manta), no respondía a la lógica de la actividad que se realiza en un Mercado popular de abastecimiento, en donde la compra venta es más que una

acción de consumo en un lugar limpio, ordenado y con horarios. A diferencia de lo que acontece en un supermercado cuya dinámica responde a la de un centro comercial; en un Mercado popular, la gente se acerca a sus alimentos a través de quienes están en contacto con su producción; busca comprar en los Mercados porque siente que puede preguntar a quién sabe acerca del alimento que está llevando, además tiene la oportunidad de generar un vínculo casero-comprador que le garantice lograr obtener los alimentos del día para llevarlos frescos a sus hogares; y tiene además, la posibilidad de negociar su precio para sentir que paga lo justo por lo que lleva. Los Mercados también son vistos como espacios donde las urbes se relacionan con las zonas rurales y quienes viven en la ciudad se apropian al transitar por ellos, de la cultura alimentaria de su geografía generando identidad.

Tomando en cuenta lo dicho por David, que relaciona la dinámica del Mercado en Nuevo Tarqui con la de un centro comercial, donde se entiende que la relación vendedor-comprador es distante y ocasional, de fin de semana dice él; y la visión explícita recogida en los medios de comunicación del alcalde en funciones hasta el 2018, acerca de que el Mercado en Nuevo Tarqui era el ejemplo de un moderno centro comercial<sup>50</sup> popular que determinaría el nuevo modelo de comercialización que generaría reactivación económica para los comerciantes de Tarqui afectados por el terremoto; se puede entender qué, si bien comerciantes y autoridades de la ciudad, estuvieron de acuerdo en un primer momento en que la innovación del Mercado era necesaria para su supervivencia, no tenían la misma idea de cómo esta debía aplicarse para responder más un modelo de mercado popular, que a un modelo de gestión cercano a un supermercado; tenían ideas distintas de los sentidos que en un espacio como este, necesitan desplegarse para mantenerlo vivo.

Lo anterior, no tardó en arrastrar a los vendedores del Mercado hacia una nueva crisis, pero esta vez de sentido. Sus criterios de referencia para estructurar el presente, no han servido. Si tomamos en cuenta lo que Kleinman, Das y Lock (1996) dicen acerca de la importancia del reforzamiento del sentido en la lógica del cambio, podemos sostener que, en este caso, los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, al no poder encontrar marcos interpretativos efectivos para salir de los estados de incertidumbre, no han podido resignificar la experiencia dramática. Siguiendo esta idea, al no poder incorporar los recuerdos que emergen en las estructuras de las relaciones actuales, no han logrado dar un orden a su nueva realidad, lo cual

---

<sup>50</sup> Esta visión quedó explícita en todos los medios de comunicación nacionales e internacionales que recogieron la opinión del alcalde Jorge Zambrano acerca del Mercado en Nuevo Tarqui y su nuevo modelo de gestión.

hace que, a esta crisis de sentido, la acompañe la sensación de incertidumbre con respecto a la continuidad del Mercado a corto, mediano y largo plazo; así como también, el conflicto entre la necesidad de conservar lo valioso del pasado y al mismo tiempo desear estar en mejores condiciones. Esto se evidencia cuando Vanessa Montes y su esposo Fernando Montes, ambos comerciantes del Mercado desde los inicios de este en Tarqui; logran con dificultad describir como cambió la realidad para ellos después del terremoto, ya que esta descripción está aún atravesada por mucha emocionalidad. Ambos al hablar evocan el antiguo Mercado en Tarqui con cariño y no pueden evitar referirse al que está en Nuevo Tarqui, con desidia. Tanto los Montes como otros vendedores, continúan refiriéndose al espacio en el que realizan sus actividades en el Nuevo Tarqui, como el puesto en el Mercado, también como donde yo vendo en el Mercado o también como ese puesto donde estoy en el Mercado; no es común escuchar que se refieran a él como mi puesto. Toma importancia el lenguaje empleado, ya que deja la sensación a quien los escucha, de que se refieren a algo lejano a los afectos. El desapego por el espacio donde se encuentran actualmente es aún más evidente, cuando lo nombran como un lugar en el que les tocó estar y al que están conscientes que no pueden dejar porque todo lo que era suyo se perdió y si regresan a Tarqui igual ya no sería lo mismo. El Nuevo Tarqui resulta ser ahora el lugar de la resignación, donde el tiempo se congela por la falta de visión de futuro unida con la desesperanza. Los Montes reflexionan acerca de esto cuando dicen:

Hay gente que dice que van a hacer un centro comercial ahí en Tarqui y yo quisiera seguramente entrar, pero estoy segura que ya no sería como antes, ya sería poco (lo que se vende) porque ya la gente está demasiado extendida y no perdería sus negocios por otros lados para volver a Tarqui. Ya tienen toda su clientela para que van a perder todo y venirse acá (a Tarqui).<sup>51</sup>

Por su parte, Fernando cuando interviene, pone el énfasis en lo importante que son para él en este momento, los lazos comunitarios. Él dice que, si le dieran un puesto para vender en Tarqui, se regresaría aún ganando menos de lo que ganaba antes del terremoto, si eso significa volver a sentirse en casa:

Claro que iría gente, a mí sí me dicen, Fernando Montes véngase acá al Mercado porque le voy a dar un puesto, yo encantado de la vida me voy, yo sí me regreso porque es mi vida, mi

---

<sup>51</sup> Vanesa Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018

juventud la que dejé ahí. Más por cariño, por estar ahí con los amigos, los que siempre fueron, aunque ganemos poco estaríamos en familia.<sup>52</sup>

Si vinculamos el deseo manifiesto de los afectados de volver a Tarqui, a la necesidad de sentir la seguridad de la previsibilidad del futuro y la familiaridad del hogar, entendido este como el lugar donde priman los lazos familiares y comunitarios; podemos intuir que es un momento, aunque sea fugaz, de *communitas* en donde, siguiendo la idea de Visacokvsky (2017), es necesario considerar un mecanismo simbólico de transición hacia otro estado, que le ayude al grupo social a dar significado a lo que constituyen para ellos pérdidas difíciles de reemplazar. Estos mecanismos o ritos que funcionan como complejos sistemas de comportamiento que transmiten simbólicos valores culturales, pueden contribuir a la construcción de identidad que ayude a la cohesión social de un grupo que en este momento no encuentra ni sentido ni valor al saber acumulado por tanto tiempo. Las formas de relación que conocían para vivir, ya no les aseguran la oportunidad de recuperar el sitio social que con su trabajo ocupaban en la ciudad.

Vanessa Montes, al igual que su esposo, durante las conversaciones que mantuvimos, se refirió varias veces al antiguo Mercado como un lugar en donde estaba en familia y nuevamente, al oírla hablar del Mercado en Nuevo Tarqui, se hace presente la referencia a algo ajeno.

Fue muy bueno ese Mercado con nosotros, no había quejas de ninguno porque todos hacían su platita, todos los días había movimiento porque acá en cambio todo está muy extendido es demasiado grande, ... es como estar en otro país.<sup>53</sup>

Citando a Marris (1996), este sería el caso en que la superación de la crisis ante un momento de saturación del presente podría ocurrir a través de la elaboración del duelo por todo aquello que se dejó atrás y que es notorio que aún acompaña a los comerciantes en Nuevo Tarqui, en medio de su lucha cotidiana por recuperar un hilo de continuidad. Según Marris (1996), esta forma de superar el momento de crisis que implica el replanteamiento de las interacciones conocidas, pone en tensión las diferentes y opuestas formas de mirar el futuro. Es decir, confronta las tradicionales creencias y costumbres con aquellas que se consideran innovadoras

---

<sup>52</sup> Fernando Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>53</sup> Vanesa Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018



y modernas. Este escenario, tal cual se presenta en el Mercado en Nuevo Tarqui, sería en términos de Visacovsky, una situación de crisis en donde “algo ya no es lo que solía ser, pero aún no se ha convertido en lo que debería ser” (Visacovsky 2017, 7). Es aquí cuando la angustia aparece de forma recurrente en el discurso de los comerciantes en Nuevo Tarqui. Está presente en las conversaciones conmigo, cuando miran a su alrededor y dicen percibir el lugar como lindo y ordenado, pero muy grande, alejado, encerrado y sin ventas, “Como si estuvieran en otro país”. Es fácil notar que no confían en la seguridad de la infraestructura por todo lo que les ha pasado y se sienten impotentes frente a sus falencias por entender que son de base y arreglarlas implicaría una inversión que ellos notan que el Municipio no está dispuesto a hacer.

En medio de esto, las autoridades municipales que asumieron la dirección de la ciudad en el año 2019, dan señales poco claras acerca de la visión que tienen para el Mercado en Nuevo Tarqui. Entre otras propuestas, plantean la de construir nuevamente el Mercado en Tarqui, a manera de centro comercial popular moderno; es decir, una de las posibilidades de salida que ofrecen a la crisis, es dejar Nuevo Tarqui, enviando el mensaje de que ellos también creen que este, no es el lugar ideal para desarrollar este tipo de actividad comercial, pero aún sin aterrizar en conjunto con los comerciantes del Mercado, una imagen clara de qué es lo que esperan que pase con el cambio. De esta forma, el futuro del Mercado, es decir la continuidad de la comunidad de comerciantes, es ambiguo aún para los intérpretes autorizados de las dinámicas que acontecen en la ciudad y de sus salidas posibles.

Los intérpretes autorizados de la catástrofe vivida y de la de crisis que la sucedió, al no poder evidenciar si el Mercado seguirá cumpliendo con la función de abastecer de frutas, verduras y legumbres a la ciudad o si se convertirá en un conjunto de locales misceláneos, no logran cumplir con la función de cohesionar el grupo, para que este a su vez organice las experiencias suscitadas y las resignifique. Los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, al no haber generado una memoria colectiva con la cual poder interpretar el drama social, como llama Turner (1974) a las crisis, se encuentran atrapados sin poder conectarse nuevamente con la sensación de normalidad e imposibilitados de visualizar el devenir.

La Administración Municipal realiza esfuerzos para mantener el Mercado en Nuevo Tarqui, pero la no inversión en obras de adecuación necesarias para su óptimo funcionamiento, envía el mensaje a los comerciantes de que el rumbo del mismo no está claro. Los rumores que

circulan en las reuniones de las diferentes asociaciones, acerca del futuro del Mercado, sugieren que la administración municipal está de acuerdo en que la infraestructura no es la adecuada. Según me indicaron en el Municipio de Manta, las autoridades ya han empezado las conversaciones con consultores que trabajen junto con el departamento de planificación municipal, para realizar investigaciones sobre el sistema de mercados de Manta, la misma que se requiere como insumo para sustentar las decisiones que se tomen para replantearse totalmente el modelo actual de funcionamiento. En este orden de cosas, los comerciantes temen que la propuesta de cambiarlos a algo más moderno, implique necesariamente la migración al modelo de supermercado; en donde existe un solo dueño y los demás pasan a ser empleados o arrendatarios, con una relación lejana tanto con su producto como con el cliente. Les preocupa también que la dinámica del Mercado cambie, porque el sentir generalizado de los vendedores, es que la forma de relacionarse entre ellos y con los compradores, hace del Mercado lo que la gente espera de él, un ambiente popular donde conseguirán todo a cualquier hora y más barato.

A pesar de su frustración debido a que desde el 2016, los esfuerzos no se materializan en la recuperación de su dinámica laboral y en el incremento de las ventas, el grupo de los comerciantes está dividido en dos visiones distintas, pero con matices en común, acerca del futuro del Mercado. Un grupo que no le ve sentido a emprender ninguna acción pro mejora, porque simplemente el Mercado en Tarqui ya se fue y este ya es otro momento que no los convoca a unirse, y otro que piensa que mientras sigan en Nuevo Tarqui, estarán atentos a lo que se pueda proponer para mejorar como grupo. Los primeros, están conscientes que, a raíz del terremoto, la realidad de Tarqui cambió, que aun regresando a la calle 109 que los acogió por tanto tiempo, no sería lo mismo; ya que tienen muy presente que, cuando el terremoto arrasó con el edificio del Mercado y sus alrededores, se formaron en los barrios periféricos de la ciudad, pequeñas réplicas del desaparecido Mercado en Tarqui y los habitantes que antes se trasladaban desde estos barrios hasta el Mercado, para hacer sus compras a menor costo y aprovechar de socializar en medio de un ambiente colorido y bullicioso, rodeado de un paisaje popular, ya no lo harán porque no lo necesitan.

La gente se queda por los lugares donde viven porque por ejemplo en San Pedro usted encuentra de todo por ahí, va a Cuba y encuentra de todo, antes no era así, antes todo el mundo iba a

Tarqui; como ahora mire esta señora andaba buscando unas fajas y entonces seguramente viene por la necesidad, porque no la ha encontrado por allá y por eso viene acá, así son las cosas.<sup>54</sup>

En este grupo, se cuentan aquellos que como Rosita Arteaga, dicen estar mejor que antes, sin dejar de manifestar su apertura a la posibilidad de regresar a un Mercado en Tarqui mejorado, por eso su decisión, dice ella, “depende de si me darían un lugarcito para no volver a la calle como antes”.<sup>55</sup> Rosita deja claro que no quiere repetir el esquema de trabajo que tenía antes del terremoto. Me asalta la idea de que pasa entonces con el recuerdo de Tarqui como aquel lugar donde vivieron momentos de terror ligados a la inseguridad y donde experimentaron la insalubridad y la falta de un lugar digno donde trabajar y se me ocurre consultar a Manuel<sup>56</sup> acerca de estos recuerdos, donde los deja en su relato y si aún con eso presente él volvería y deja muy clara su perspectiva al respecto: “claro que me vuelvo, para morir se muere donde sea, prefiero morirme allá, porque allá me voy a ganar un pan para llevarle a mi familia aquí tengo pescado, pero no se vende nada”<sup>57</sup>. Una vez más se presenta esta sensación de la pertenencia a un lugar, ligada a un futuro resuelto, donde los marcos interpretativos existentes son suficientes para solventar cualquier incertidumbre relacionada con la supervivencia y la continuidad.

Sin embargo, las personas del segundo grupo no son actores pasivos. En febrero de 2017 los comerciantes del Mercado organizados, consiguieron que el Gobierno Municipal les dotara de una cubierta para guarecerse del sol y de las lluvias, ya que los diseñadores de Nuevo Tarqui no se percataron de que los pequeños módulos metálicos no tenían la sombra de los edificios altos a ambos lados de la calle como era en el viejo Tarqui, demostrando de esta forma que la dinámica de la Asociación de comerciantes sigue vigente constituyendo un eje que los mantiene juntos como comunidad. Rosita, como vicepresidenta de la Asociación, hace notar que, si bien ellos saben que las cosas no están bien, siguen luchando para mejorarlas mientras estén en Nuevo Tarqui. Por ejemplo, me cuenta que, entre otras acciones, gestionan con el municipio que pongan cajeros automáticos en la parte alta “para que los compradores no tengan que ir a los cajeros automáticos a los contenedores y no regresen”<sup>58</sup>. Este grupo de

---

<sup>54</sup> Vanesa Montes (comerciante en Tarqui) en entrevista con la autora, octubre de 2018

<sup>55</sup> Rosita Arteaga (Vicepresidenta de la Asociación Floresmilto Mendoza Catagua) en entrevista con la autora, marzo de 2019

<sup>56</sup> Manuel Delgado (vendedor de mariscos) en entrevista con la autora, marzo de 2019

<sup>57</sup> Manuel Delgado (vendedor de mariscos) en entrevista con la autora, marzo de 2019

<sup>58</sup> Rosita Arteaga (Vicepresidenta de la Asociación Floresmilto Mendoza Catagua) en entrevista con la autora, marzo de 2019

comerciantes, dicen estar dispuestos mientras estén ahí, a hacer escuchar sus demandas en forma pacífica con tal de mejorar su situación. Ejemplo de aquello fue la negociación que llevaron a cabo con la municipalidad para viabilizar que no se ponga la feria del comercio asentada tradicionalmente en octubre en el sector de la poza, teniendo toda la infraestructura de Nuevo Tarqui prácticamente vacía, “no era lógico generar competencia necesitando nosotros que la gente venga a Nuevo Tarqui”<sup>59</sup>.

La reubicación en un área tan extensa y aparentemente bien organizada, parece no ser suficiente para sacar a los comerciantes de su sensación de incertidumbre frente a su futuro y si bien es verdad que esta no es la misma sensación a la que se enfrentaron durante e inmediatamente después del terremoto, no es menos cierto que todo el contexto actual ha bajado su ánimo frente a una visión del porvenir que ahora parece cerrarse nuevamente.

#### **4.2 Reflexiones finales**

En el argumento de este capítulo, planteo que los grupos sociales al vivir inmersos en la dialéctica de la estructura y la antiestructura, transitan constantemente entre un ir y venir de crisis, cuya salida no es necesariamente la búsqueda de un balance perdido, pero si la reafirmación de la continuidad. Siguiendo esta idea, considero que el establecerse en Nuevo Tarqui, con las expectativas altas y la energía para la acción direccionada por la ilusión de progresar desde un momento pre crisis de precariedad a uno de dignidad y renovación, ayudó a los comerciantes del Mercado a salir de la crisis de incertidumbre en cuanto a su supervivencia, inmediatamente después del momento de *communitas*. Sin embargo, al sentir que la dinámica nueva no les proporcionaba el rendimiento económico necesario para sostener sus economías familiares, empezaron a percibir que los grandes esfuerzos de adaptación a las normas de convivencia y mantenimiento del espacio no estaban dando los resultados esperados, y ese “estar mejor que antes” nunca llegó.

Lo anterior, devino en lo que a mi modo de ver sería la siguiente crisis en la que cayeron los comerciantes del Mercado, esta vez de sentido, al no tener claro si su labor es útil o no para una ciudad que parece no necesitarlos a medida que progresa. La idea de los planificadores de la ciudad acerca del papel irrelevante que juega un Mercado popular como centro de abastecimiento de alimentos de una ciudad que no tiene producción agrícola alguna, es un

---

<sup>59</sup> Rosita Arteaga (Vicepresidenta de la Asociación Floresmilto Mendoza Catagua) en entrevista con la autora, marzo de 2019

reflejo a su vez de la idea de modernidad que tiene la parte económicamente influyente de la sociedad mantense desconectada del campo y que ha ido adoptando prácticas cada vez menos saludables y comunitarias de vida; es así como en sus discursos acerca de lo que debe ser una ciudad moderna, salta a la vista que esta debe esconder, sino desaparecer, aquellos paisajes en donde lo popular se exprese, y esto incluye por supuesto los Mercados tradicionales. En este contexto se entiende que siempre esté presente para las autoridades de la ciudad, transformar el Mercado en Nuevo Tarqui en un centro comercial popular. En otras palabras, esta se tornó en una crisis que tiene que ver con la inminencia de su desaparición; los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui han perdido la capacidad de imaginarse a futuro como comunidad y eso coincide con su discurso apático sobre el presente y el devenir.

Visacovsky (2017), haciendo referencia a Anthony Wallace (1957), dice que cuando existe frustración, el grupo es capaz de construir una cultura más satisfactoria; sin embargo, en este caso, la sensación de abandono, impotencia y frustración, manifiesta de forma constatable durante mis recorridos por el Mercado en Nuevo Tarqui y mis conversaciones con los vendedores, solo precipitó nuevamente la vivencia de crisis conectada a la imposibilidad de visualizar el devenir. Tanto los comerciantes como el Municipio, pusieron grandes esfuerzos por mantener presente la imagen del Mercado en Nuevo Tarqui, como aquel espacio donde se inauguraba el nuevo y moderno modelo de comercio popular de la ciudad, emulando los mercados que en Latinoamérica se han transformado en concurridos puntos turísticos, cuyo funcionamiento y presencia siguen estándares internacionales de sanidad y servicio. Sin embargo, la solución del cambio de la ubicación del Mercado como posibilidad de progreso, no cumplió con las expectativas de los comerciantes, mientras que, para la municipalidad, la crisis sí parecía convertirse en una posibilidad para rehacer el Mercado, pero siempre desde su visión.

Tomando la idea de Oliver-Smith (1986) que hace referencia a que los individuos responden a los cambios a través de patrones de comportamiento aprendido, se puede explicar que los comerciantes del Mercado buscaron formas de responder a una situación angustiante suscitada en Nuevo Tarqui al no tener ventas, utilizando soluciones ya puestas a prueba en el contexto que habitaban antes del terremoto. Aunque, por otra parte, se puede mirar este, como un espacio de innovación de los comerciantes direccionado sobre todo a sobrevivir como comunidad, más no a crear un estado de cosas distinto al que tenían pre terremoto. Si tomamos en cuenta lo que Kleinman, Das y Lock (1996) dicen acerca de la importancia del

reforzamiento del sentido en la lógica del cambio, podemos sostener que los comerciantes no han podido resignificar la experiencia dramática, sin importar cuantos cambios en concreto intenten hacer, ya que estos más allá que sean formas nuevas o ya conocidas, no responden a una narrativa del desastre y de la crisis que ayude a resignificarlas e incluirlas en la vida cotidiana y, por lo tanto, no han logrado tampoco otorgar orden a la nueva realidad.

Dada la naturaleza de esta crisis de sentido, que se presenta con incertidumbre y donde el futuro del Mercado nuevamente deja de ser previsible para el grupo, es importante considerar el duelo entendido en términos de Peter Marris (1996), como un mecanismo simbólico para ayudar a las víctimas del terremoto a traspasar el conflicto entre la necesidad de conservar todo lo valioso e importante del pasado y al mismo tiempo desear comenzar una vida nueva. Citando a Marris (1996), este sería el caso en que la superación de la crisis ante un momento de saturación del presente, podría ocurrir por la elaboración del duelo por todo lo que se dejó atrás y que es notorio que aún acompaña a los comerciantes en Nuevo Tarqui, en medio de su lucha cotidiana por recuperar un hilo de continuidad.

Por otra parte, si vinculamos el deseo manifiesto de los afectados de volver a Tarqui, a la necesidad de sentir la seguridad de la previsibilidad y la familiaridad del hogar, entendido este como el lugar donde priman los lazos familiares y comunitarios; podemos intuir que es un momento de *communitas* en donde, siguiendo la idea de Visacokvsky (2017), es necesario considerar un mecanismo simbólico de transición hacia otro estado, que le ayude al grupo social a dar significado a lo que constituye para ellos pérdidas difíciles de reemplazar.

Las autoridades locales por su parte, no crean mensajes claros con respecto al futuro del Mercado en Nuevo Tarqui. Por un lado, hacen grandes esfuerzos por mantenerlo funcionando, mientras por otro, empiezan las gestiones para recabar información que les permita tomar decisiones acerca de qué hacer con él. Lo cierto es que las autoridades coinciden en que es necesario cambiar el modelo tradicional del Mercado y modernizarlo, sin que sepan necesariamente lo que implica. Esto último tiene repercusiones en el día a día de los comerciantes, que manifiestan sentirse abandonados y frustrados, viviendo una situación sin salida. Esta sensación de estar atrapados, se refleja en su discurso desesperanzado y desapegado cuando se refieren a su lugar de trabajo. La visión de futuro es vital en este momento para ellos.

Por otra parte, el estado de temporalidad sin certezas que está presente entre los comerciantes, se descubre en su lenguaje cotidiano, en la manera ambigua en la que en el discurso manifiestan que el lugar está bien, que es más ordenado que el antiguo Mercado, pero que si se construye un mercado en Tarqui ellos volverían. De acuerdo a esto, se podría decir que los comerciantes coinciden en que están en un lugar que les ofrece condiciones más dignas de trabajo que aquellas en las que se encontraban laborando previo al terremoto; entonces ¿por qué si les dieran la oportunidad de volver a Tarqui enfatizan en que si volverían?; en este escenario queda de manifiesto que la visión de un futuro prometedor que los comerciantes del Mercado tuvieron cuando se instalaron en Nuevo Tarqui no se materializó y en la actualidad, no experimentan un estado de bienestar que les permita dejar atrás el anhelo por reconstruir lo perdido. Este escenario sería en términos de Visacovsky, una situación de crisis en donde “algo ya no es lo que solía ser, pero aún no se ha convertido en lo que debería ser” (Visacovsky 2017, 7).

En efecto, los comerciantes del Mercado siguen siendo considerados ciudadanos de segunda clase y eso no cambió con el traslado. La situación de desatención al Mercado solo cambió de lugar; en Nuevo Tarqui se replica la sensación de desencanto de los comerciantes por la exclusión y la falta de protagonismo en la construcción de los planes que hay para ellos por parte de las autoridades municipales, quienes en la actualización del Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial<sup>60</sup> caracterizan a los comerciantes como actores pasivos sobre quienes se actuará, con una serie de medidas de mejoramiento de las condiciones de comercio, pero sin señalar cómo ellos serán parte de estas acciones, ni enunciar las potencialidades de las personas de este sector, que harán posible la consecución de las mejoras. En este sentido, el panorama actual del Mercado en Nuevo Tarqui, no es alentador.

El asunto se torna aún más preocupante en la medida en que todos los esfuerzos realizados para reactivarlo desde el 2016 hasta hoy, parecen ser insuficientes. Lo anterior se refleja en el bajo nivel de ventas que este registra, lo cual no ayuda al ánimo de los comerciantes, quienes van instalando en su imaginario la idea de que lo que hacen cotidianamente no tiene sentido y, por lo tanto, no existe un futuro claro para ellos. Además de llevar a los comerciantes nuevamente al terreno de la incertidumbre, por no estar garantizada la continuidad del Mercado, las autoridades no transmiten una visión clara acerca de la importancia que tiene un

---

<sup>60</sup> Actualización del Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial del GAD de Manta 2014 - 2019, versión posterior al terremoto del 16 de abril de 2020, que pone énfasis en la gestión del riesgo. GAD Manta, 2017

Mercado tradicional en el circuito de abastecimiento de alimentos para una ciudad como Manta que no es agrícola, lo cual vacía de sentido la existencia del Mercado tal y como subsiste hasta ahora. Es notorio que no sienten el apoyo de una comunidad más grande que los contenga y que a través de su marco referencial cultural les ayude a entender qué se espera de ellos, y aun así, los regula y demanda cambios.

Lo anterior evidencia que la narrativa definida por los intérpretes de los procesos sociales suscitados entre crisis y crisis desde el terremoto de 2016, no ha cumplido con cohesionar al grupo de comerciantes, para que puedan volver a generar comunidad a través de la organización de las experiencias atravesadas. Los intérpretes del drama social, como llama Turner (1974) a la crisis, tienen la responsabilidad de generar una memoria colectiva, con la que los afectados puedan resignificar los eventos trágicos y retomar una continuidad.

Empecé esta tesis hablando acerca de lo importante que es para la comunidad afectada por un desastre salir del estado de incertidumbre para poder retomar la sensación de normalidad. Cada vez es más claro para los estudiosos de los desastres que, para que la reconstrucción sea efectiva y se genere apego a la realidad por parte de los afectados, es necesaria la percepción de pertenencia a un grupo social más amplio que los contenga y la posibilidad de visibilizar el futuro como resultado natural de seguir el camino establecido socialmente. Tomando la idea de Visakovsky acerca de que “los individuos a través de mapas mentales, mantienen una imagen mental de la sociedad a la que pertenecen, de la cultura y de sí mismos; y esto constituye la matriz básica para la creación de futuro de la comunidad” (Visakosky 2017, 7), es acertado decir que, en las actuales condiciones, los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarquí aún están sumidos en estado de crisis de identidad y de pertenencia, que los aleja de las condiciones para la creación de un futuro deseable.



## Conclusiones

Esta investigación ha buscado sostener con evidencia, a través de sus capítulos, el argumento principal de que el terremoto, como desastre, instala en la comunidad un estado liminal que trae consigo emergencia y crisis en el grupo social afectado, que de manera orgánica tiende a sobrepasar la incertidumbre, procurando construir nuevamente una normalidad, asociada a la percepción de pertenencia a una cultura que les brinde el marco normativo que los contenga y a una visión de futuro, como forma de imaginar una dirección hacia donde concentrar sus esfuerzos cotidianos. Este constituye para la comunidad sobreviviente, un momento de tensión entre la oportunidad de innovar o replicar el orden previo.

Bajo esta tesis, se pueden encontrar algunos puntos que permiten disgregar conclusiones del estudio: En primer lugar, se ha tratado de delinear cómo los grupos sociales intentan afrontar las contingencias, especialmente aquellas que sacuden sus estructuras personales y comunitarias, poniendo bajo amenaza la continuidad de la vida. En general, las acciones después del impacto están direccionadas a buscar ayuda para la sobrevivencia, luego de lo cual los afectados buscan organizarse como comunidad para empezar a empoderarse de su sustento, lo que despierta la visión de un futuro en el que el desastre haya quedado atrás. En este punto, el día a día va llenándose nuevamente de pequeñas certezas cotidianas. Basados en esta premisa, los planes estatales de ayuda luego de un desastre causado por un terremoto, están direccionados a la reconstrucción de las viviendas y a la reactivación económica como vía para apoyar a la comunidad a conseguir su sobrevivencia y a rehacer su cotidianidad. El problema surge cuando se da por sentado que la recuperación implica restablecer las estructuras preexistentes, con todo lo que esto incluye y que dio lugar al desastre ocurrido. Aceptando el hecho de que la salida del estado liminal de *communitas* de una comunidad que ha sido arrasada por el desastre y la crisis, no prevé necesariamente la llegada a un nuevo estado, pero sí incluye la necesidad de los individuos de buscar cohesionarse nuevamente, para encontrar formas innovadoras de abordar la relación entre lo antiguo y lo nuevo; he intentado esbozar otra manera de percibir la relación de desastre y crisis con la cultura. Es así como se puede establecer la importancia que tiene la revitalización de la cultura, para transmitir entre sus miembros, un significado de las situaciones de desastre y crisis para hacerlas comprensibles y poder elaborar soluciones innovadoras, resignificar las crisis, crear una visión de futuro y actuar sobre el presente.

En segundo lugar, a la luz de lo que Turner (1988) propone acerca de que la sociedad es un devenir inestable de eventos, llenos de momentos liminales de *communitas* característicos de las crisis, he centrado mi atención en establecer los momentos de estructura y antiestructura sucesivas que genera el terremoto como disparador de crisis sociales, culturales y económicas a la vez; para a partir de aquí establecer que son estos los que dejan expuestos los conflictos en los procesos culturales con el consecuente potencial de cambiar las cosas. Esta forma de entender el desastre, incluye el hecho de que, para las personas en medio de las crisis, que desbordan la capacidad de las prácticas culturales para lidiar con la experiencia del trauma, el reforzamiento del sentido es fundamental en la lógica del cambio, para transmitir orden y sentido a la nueva realidad. Es necesario tomar en cuenta que, si bien los elementos culturales necesarios para el reforzamiento del sentido provienen del propio conjunto de categorías de la comunidad afectada, los momentos de crisis son sin duda revitalizadores de la cultura y constituyen momentos en que las víctimas necesitan lidiar con el conflicto entre la necesidad de conservar todo lo valioso del pasado y, al mismo tiempo, desear cambios que los ayuden a superar las vulnerabilidades de la antigua estructura que ayudó a instalar el desastre.

Ritos como el duelo, en este caso funcionan como la materialización del sentimiento de unión, donde importan menos las jerarquías que la cohesión social, contribuyendo a la construcción de identidad, a través de la aparición de una comunidad emocional, a la vez que se constituye en la forma idónea para lidiar con los cambios y el espacio propicio para redefinir las representaciones. “Las nuevas instituciones son provocadas por el duelo, innovadoras por defecto, mientras luchan por recuperar un hilo de continuidad” (Marris 1996, 104).

En tercer lugar, en relación a la situación actual de la comunidad en estudio, sostengo que los comerciantes del Mercado, han pasado de la emergencia que precipitó el desastre y desarmó la estructura previa que definía sus relaciones y su actuar en el antiguo Mercado en Tarqui, a la instalación de la *communitas* como momento de búsqueda de una organización que sea percibida como una estructura de la situación, aunque esta sea temporal; para pasar a través de un rito de inicio en el contexto de una inauguración, a la instalación de la normalidad conformada por la suma de una visión de un futuro prometedor que comenzaba en Nuevo Tarqui y la ratificación de la pertenencia a una comunidad que lejos de desaparecer, se uniría a los planes de modernización de la ciudad. Al no pasar lo que esperaban, el tiempo vuelve a detenerse en un lugar que prometía ser el propicio para un nuevo comienzo y nuevamente los comerciantes del Mercado han perdido previsibilidad, confiabilidad y legibilidad del orden

social, desapareciendo con ello cualquier aspiración acerca del futuro y haciendo presente la amenaza del desvanecimiento de su comunidad. En los comerciantes del Mercado en Nuevo Tarqui, se ha instalado nuevamente una crisis, en este caso, asociada a una incertidumbre que como dice Visacovsky (2019), está lejos de extinguirse o normalizarse, a esto se suma la imposibilidad de constituir imágenes de futuro. Lo previsible, el cambio de lugar del Mercado o su transformación en un centro comercial popular, despierta incertidumbre entre los comerciantes respecto de qué harán cuando llegue el momento. En este caso, la desaparición de la incertidumbre no parece ser una opción para la superación de la crisis, puesto que, aunque el momento de la extinción del Mercado como lo conocían esté ubicado en un futuro incierto, la percepción de este riesgo potencial siempre está presente. Esto indica que la visión de un futuro cercano o lejano, en que las aspiraciones de este grupo social se realicen, no es viable. Es importante entender entonces la conexión entre el proceso social y su interpretación para generar el sistema de valores necesarios para cohesionar el grupo y para que este a su vez, pueda generar las respuestas necesarias ante cualquier crisis y poner en marcha nuevamente el proceso social. De ahí que los intérpretes de los desastres o crisis son actores fundamentales ya que traen al presente las experiencias generadas en estos contextos, logrando que quienes les conceden legitimidad, las resignifiquen y así puedan renovar la pertenencia al grupo. Dichas interpretaciones, dice Visacovsky (2019), funcionan como paradigmas para visualizar un futuro esperanzador. La expectativa de un futuro esperanzador, guía muchas de las prácticas económicas de las personas en su vida cotidiana.

En cuarto lugar, es claro que la interpretación de la crisis del Mercado en el contexto del desastre que ocasionó su traslado, sostiene que este era inminente más allá de lo acontecido, pues existe una amplia convicción de que el modelo de funcionamiento que operaba antes del terremoto en el Mercado, era caótico y mantenía en la insalubridad y el atraso a los comerciantes que ahí laboraban. Visto así, son los comerciantes y sus malas prácticas, replicadas en el actual Mercado en Nuevo Tarqui, los que ocasionan que no puedan salir de la crisis en la que se encuentran, condenando al Mercado a ser reemplazado por un centro comercial popular más acorde con las narrativas de progreso y modernidad que sostienen los intérpretes autorizados de la crisis y el desastre.

La narrativa del progreso y la modernidad, supone una salida de la crisis que incluye acciones determinadas que influyen en las prácticas y en la vida cotidiana de la población, condicionando las formas posibles de imaginar el futuro.

En suma, es importante enfatizar que el principal hallazgo del estudio radica en la observación de que la tensión innovación – réplica del orden previo se diluye, pues en el contexto del Mercado en Nuevo Tarqui, los comerciantes han utilizado su capacidad de innovación para configurar las lógicas de funcionamiento, y por lo tanto de relacionamiento, del antiguo Mercado en Tarqui, al espacio en Nuevo Tarqui, y de esta forma recuperar en algo la sensación de normalidad. La innovación ha servido en este caso para poner en marcha una adaptación en función de la supervivencia, sin visión de futuro y con una sensación siempre presente de que el espacio no es de ellos como comerciantes y de que el Mercado ya no es ni será lo que era antes.

El antiguo Mercado coexiste con el nuevo en Nuevo Tarqui, como consecuencia especialmente de que los comerciantes no tienen claro su futuro como comunidad, ni su lugar dentro de la dinámica de la ciudad, se aferran a sus recuerdos e idealizan el momento de pre crisis.

Finalmente, este trabajo de investigación, resalta la importancia de estudiar desastres incluyendo el trabajo etnográfico, el cual me permitió analizar lo complejo que puede llegar a ser visibilizar en un contexto de desastre, la parte de la vida subjetiva, simbólica, narrativa, de hábitos y costumbres, que se desarman; y lo fácil que puede tornarse el direccionar los esfuerzos tan solo en contrarrestar las consecuencias catastróficas de las pérdidas materiales; olvidándose de que es la cultura, manifiesta en la capacidad de la comunidad de imaginarse a sí misma, a través de su esperanza en el futuro y de su identidad, la que si no se rescata, puede llegar a determinar la desaparición de toda una comunidad.

Es fundamental para la comunidad de afectados por un desastre, resignificar la experiencia e incorporarla a su momento presente, para lo cual es imprescindible darle un sentido que ayude a las personas a transitar la tensión entre querer recuperar lo perdido y querer pasar a un estado de mayor bienestar.

## Lista de referencias

- Cruz Santana, José Jesús. 2017. "El concepto de experiencia en Víctor W. Turner, E. P. Thompson y Anthony Giddens: Un diálogo entre antropología social, historia y sociología". *Sociología Histórica*. 7: 345-375.  
<https://revistas.um.es/sh/article/view/269621>.
- Díaz-Bravo, Laura; Uri Torruco-García, Mildred Martínez-Hernández, y Margarita Varela-Ruíz. 2013. "La entrevista, recurso flexible y dinámico". *Universidad Nacional Autónoma de México*. 7(2): 162-167.  
<https://www.redalyc.org/pdf/3497/349733228009.pdf>
- Kleinman, Arthur, Veena Das y Margaret Lock. 1996. "Social Suffering". *Daedalus*. (Winter, 1996). 125 (1): 47-65. <https://www.jstor.org/stable/i20027347>
- Lomnitz-Adler, Claudio. 2003. "Times of Crisis: Historicity, Sacrifice, and the Spectacle of Debacle in Mexico City". *Public Culture* 15 (1): 127-147.  
[https://www.researchgate.net/publication/31186519\\_Times\\_of\\_Crisis\\_Historicity\\_Sacrifice\\_and\\_the\\_Spectacle\\_of\\_Debacle\\_in\\_Mexico\\_City](https://www.researchgate.net/publication/31186519_Times_of_Crisis_Historicity_Sacrifice_and_the_Spectacle_of_Debacle_in_Mexico_City).
- Marris, Peter. 1996. *Loss and Change*. New York: Anchor Books.
- Oliver-Smith, Anthony. 1986. *The Martyred City: Death and Rebirth in the Andes*. New Mexico: University of New Mexico Press.
- Oliver-Smith, A. 1994. "Peru's Five Hundred Year Earthquake: Vulnerability to Hazard in Historical Context". En *Disasters, Development and Environment*, 31-48. London: John Wiley and Sons.
- Oliver-Smith, Anthony. 1994. "Reconstrucción después de un desastre: una visión general de secuelas y problemas". En *Al norte del Río Grande*, editado por Allan Lavell, 25-40. Panamá: La Red. Edición en PDF.  
<https://www.desenredando.org/public/libros/1994/anrg/>.
- Oliver-Smith, Anthony. 1995. "Perspectivas Antropológicas en la Investigación de Desastres". *Desastres y Sociedad*. 6 (5): 1-21.  
<https://www.desenredando.org/public/revistas/dys/rdys05/dys5-1.0-paeid.pdf>
- Ortega Martínez, Francisco Alberto, ed. 2008. *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Edición en PDF.  
[https://www.academia.edu/206626/Veena\\_Das\\_Sujetos\\_del\\_dolor\\_agentes\\_de\\_dignidad](https://www.academia.edu/206626/Veena_Das_Sujetos_del_dolor_agentes_de_dignidad).

- Pérez Sales, Pau y Raquel Lucena. 2000. "Duelo: Una perspectiva transcultural. Más allá del rito: La construcción social del sentimiento de dolor". *Psiquiatría pública*. 12 (3): 259-271. <http://www.pauperez.cat/wp-content/uploads/2018/04/Perez-Sales-Duelo-Transcultural.pdf>.
- Torres, Delci. 2006. "Ritos de paso: Ritos funerarios (La búsqueda de la vida eterna)". *Paradigma*. 27 (1): 349-363. [http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S101122512006000100013&lng=es&tlng=es](http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S101122512006000100013&lng=es&tlng=es).
- Torres, Delci. 2006. "Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y las culturas". *Paradigma*. 7(2): 107-118. [http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1317-58152006000200008&lng=es&tlng=es](http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1317-58152006000200008&lng=es&tlng=es).
- Turner, Víctor Witter. 1974. *Dramas, fields, and metaphors: symbolic action in human society*. Ithaca, NY y London: Cornell University Press.
- Turner, Víctor Witter. 1988. *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Revisado por Beatriz García Ríos Madrid: Taurus Alfaguara, S.A.
- Van Gennep, Arnold. 1960. *The rites of passage*. Chicago: University of Chicago Press.
- Visakovsky, Sergio Eduardo. 2017. "When Time Freezes: Socio-Anthropological Research on Social Crises". *Iberoamericana – Nordic Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 46 (1): 6–16. DOI: <https://doi.org/10.16993/iberoamericana.103>.
- Visakovsky, Sergio Eduardo. 2019. "Futuros en el Presente. Los Estudios Antropológicos de las Situaciones de Incertidumbre y Esperanza". *PUBLICAR. En Antropología y Ciencias Sociales*, 61 (1): 26 – 40. Edición en PDF. <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/article/download/16512/45454575768737>
- Wallace, Anthony F.C. 1957. "Mazeway Disintegration: The Individual's Perception of Socio-Cultural Disorganization". *Human Organization: Summer 1957*. 16 (2):23-27. <https://www.jstor.org/stable/44124809>.

## **Entrevistas**

Entrevista a José Elías Sánchez. Historiador de Manabí, Manta, octubre de 2018

Entrevista a Vanessa Montes, comerciante del mercado afectada por el terremoto, Mercado en Nuevo Tarqui, octubre 2018.

Entrevista a Iván Cantos, comerciante del mercado afectado por el terremoto, Mercado en Nuevo Tarqui, octubre de 2018.

Entrevista a Darío Chóez, comerciante del mercado afectado por el terremoto, diciembre de 2018.

Entrevista a Ramón Bailón, comerciante del mercado afectado por el terremoto, octubre de 2018.

Entrevista a Miguel García, Presidente de la Unión de Asociaciones del Mercado en Nuevo Tarqui, comerciante del mercado afectado por el terremoto, octubre de 2018.

Entrevista a Anita Cantos, comerciante del mercado afectado por el terremoto, octubre de 2018.

Entrevista a Fernando Montes, comerciante del mercado afectado por el terremoto, octubre de 2018.

Entrevista a Rosita Arteaga, comerciante del mercado afectada por el terremoto, Mercado en Nuevo Tarqui, marzo de 2019.

Entrevista a David Loor, comerciante del mercado afectado por el terremoto, marzo 2019.

Entrevista a Gilma Suárez, comerciante del mercado afectada por el terremoto, marzo de 2019.

Entrevista a Hugo García, comerciante del mercado afectado por el terremoto, marzo de 2019.

Entrevista a Verónica Gálvez, comerciante del mercado afectada por el terremoto, marzo de 2019.

Entrevista a David Zambrano, comerciante del mercado afectado por el terremoto, marzo 2019.

Entrevista a Manuel Delgado, comerciante del mercado afectado por el terremoto, marzo de 2019.

Entrevista a Elizabeth Díaz, comerciante del mercado afectada por el terremoto, marzo 2019.